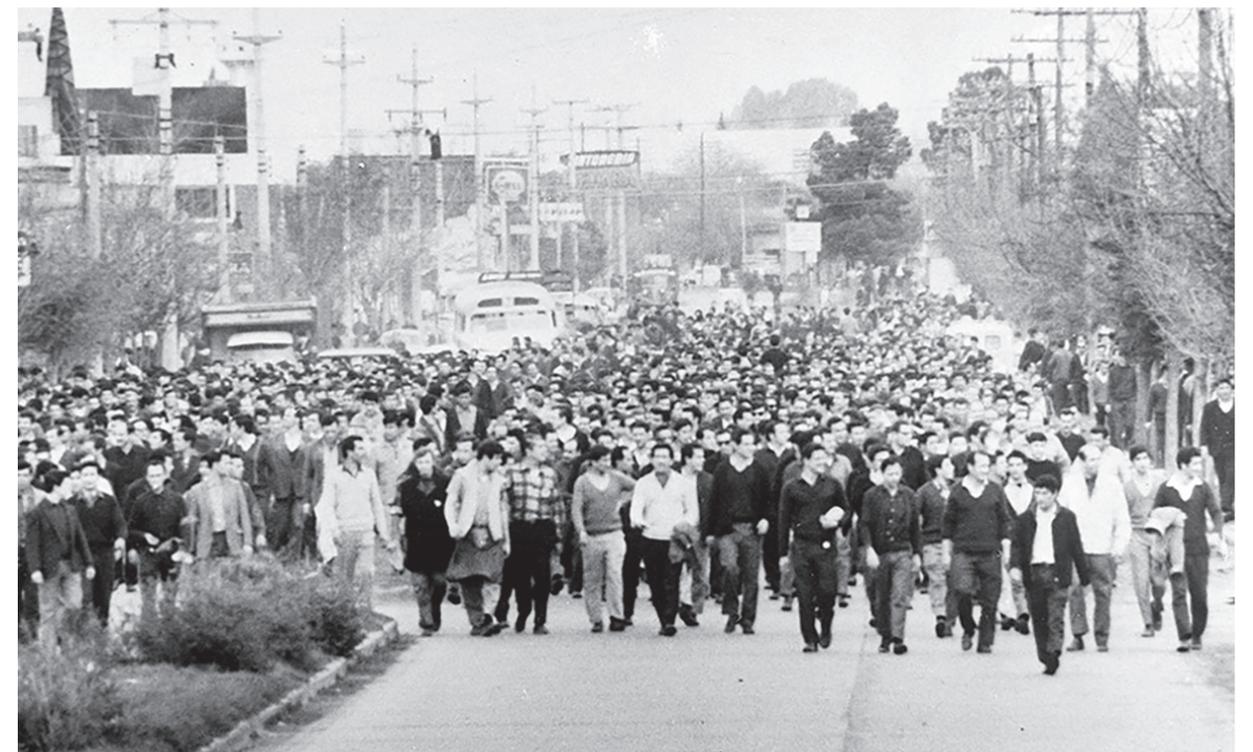


El Cordobazo y el clasismo en Córdoba:

De la insurrección obrera al Navarrazo



El Cordobazo y el clasismo en Córdoba: De la insurrección obrera al Navarrazo (1969-1974)



Marcha SMATA

La radicación de las industrias mecánicas en Córdoba

La fábrica de aviones

En 1927, el gobierno radical de Alvear, respondiendo a presiones militares, concedió fondos nacionales para el establecimiento de una fábrica de aviones en Córdoba. Hacia 1929, la fábrica era uno de los mayores emprendimientos industriales del país, empleando unos 600 trabajadores. Hacia 1932 era un complejo industrial de gran tamaño, con una superficie de 65 hectáreas en las que se levantaban 23 edificios. La fábrica de aviones sentó un precedente para el establecimiento de otras fábricas de armamentos y municiones en la provincia. En la década de 1930 se construyeron otras plantas militares como la Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos en Villa María, la Fábrica de Armas Portátiles en San Francisco y una de municiones para artillería en Río Tercero. La intervención estatal y el apoyo gubernamental acompañaron a la industrialización de Córdoba desde el principio. La fábrica de municiones de Río Tercero debió su establecimiento a la existencia de electricidad barata provista por la cercana represa de Río Tercero, por entonces el mayor emprendimiento hidroeléctrico de Sudamérica. La represa fue sólo uno de los muchos proyectos de obras públicas iniciados por el gobernador Amadeo Sabattini (1934-1940).

El gobernador Amadeo Sabattini (1934-1940) y los emprendimientos hidroeléctricos

Entre las medidas adoptadas durante los años de la gobernación de Sabattini se encontraban una serie de proyectos de obras públicas que permitieron que Córdoba llevara a cabo el sistema más amplio de construcción de caminos, desarrollo hidroeléctrico e industrialización liviana de todo el interior del país. Los proyectos hidroeléctricos de Sabattini, los diques y represas construidos en la sierra cordobesa en la década de 1930, aseguraron que la generación de energía eléctrica, al menos en el futuro inmediato, iría al mismo paso que las necesidades industriales. El establecimiento de tarifas reducidas de electricidad para la industria fue uno de los motivos principales del crecimiento industrial de Córdoba durante los años de Sabattini y ulteriormente. En 1946, la provincia asumiría el control de toda la generación de energía eléctrica y crearía la EPEC (Empresa Pública de Energía de Córdoba), donde Agustín Tosco encontraría trabajo en 1948. La energía eléctrica fue la partera de la industrialización cordobesa en la posguerra. Los proyectos hidroeléctricos de Sabattini en la década de 1930 fueron complementados en 1959 por el Plan Ansaldo del gobierno provincial, que permitió que capitales italianos dos grandes plantas energéticas, Deán Funes y Pilar, y dio a Córdoba lo que indiscutiblemente era la más extensa industria de generación de electricidad del país, al margen de Buenos Aires.

En 1965, Córdoba fue la segunda provincia, después de Buenos Aires, en la generación anual de electricidad. Ese año produjo 865.086 kw de energía, mientras sus competidores más cercanos, Santa Fe y Mendoza, estaban considerablemente rezagados, con 443.865 y 667.918 kw respectivamente.

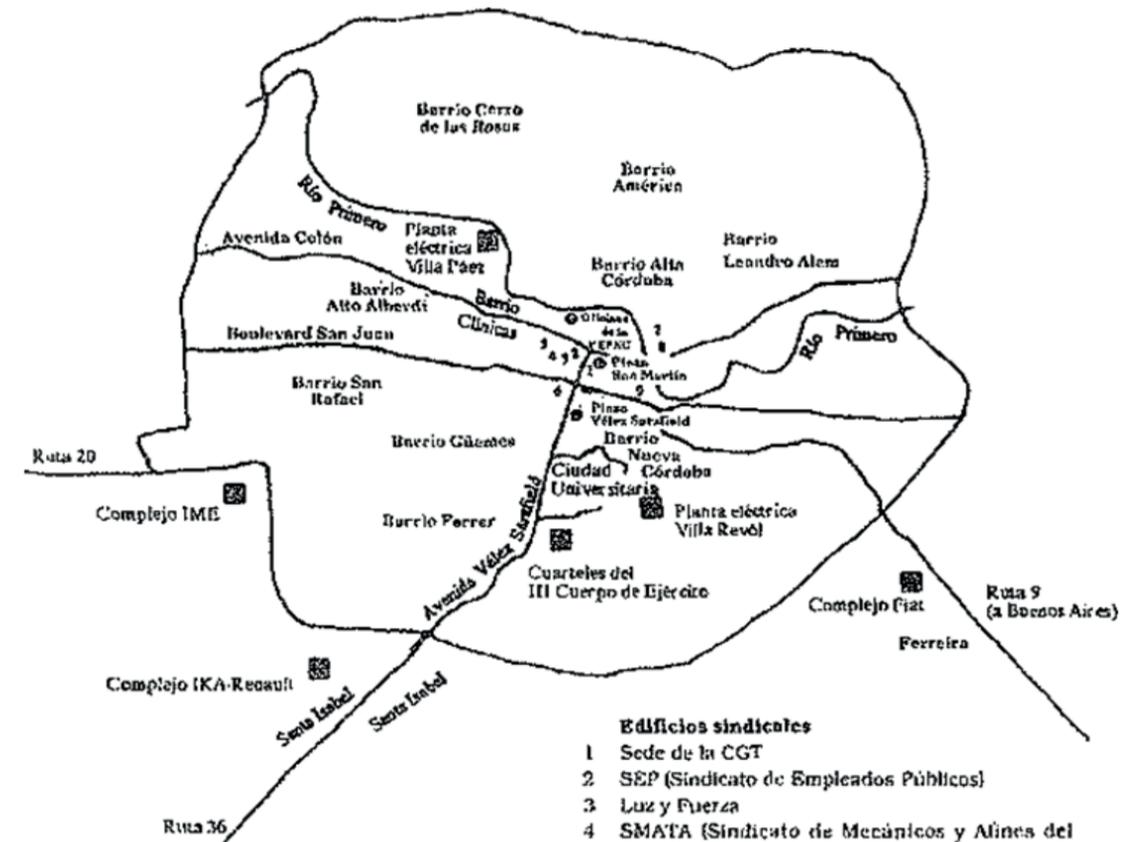
Las Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME) creado en 1951-2

Córdoba fue una excepción en la ineficacia general de los programas, industriales peronistas, debida no tanto a la planificación de Perón como a las intensas presiones militares, que éste no podía ignorar. En 1951, el gobierno creó la Fábrica de Motores y Automotores, que construiría los motores que antes se importaban y ensamblaban en las fábricas de aviones. Un año más tarde, el gobierno justicialista acordó fusionar las fábricas de Córdoba y crear un gran complejo industrial militar, las Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME), rebautizadas como Dirección Nacional de Fabricaciones e Investigaciones Aeronáuticas (DINFIA) en 1957, y por último como Industrias Mecánicas del Estado (IME), lo que convirtió a Córdoba en el primer centro industrial del interior.

Las operaciones de IAME se concentraron en el complejo industrial de las afueras, pero los militares tenían fábricas y talleres diseminados por toda la ciudad y sus alrededores. Uno de sus emprendimientos era una fábrica de tractores en Ferreyra, un barrio en el rincón sudeste de la ciudad. La fábrica de Ferreyra se erigiría más adelante en uno de los centros de la industria automotriz cordobesa, pero a principios de la década de 1950 era sólo uno de los aproximadamente 55 establecimientos industriales de IAME, que en conjunto empleaban a 10.000 trabajadores. El mayor ámbito de producción de IAME y la principal fuente de empleo fabril de la ciudad seguía siendo el parque industrial del rincón sudoeste, donde se concentraban casi 9.000 trabajadores y un personal administrativo de varios cientos de personas. En la época del derrocamiento de Perón en 1955, las fábricas de IAME producían una amplia gama de vehículos de transporte: aviones comerciales y militares, el auto Graciela —apodado el Justicialista—, jeeps y camiones para el ejército y la motocicleta Puma. Hacia mediados de los años cincuenta, Córdoba era el segundo mayor productor de motocicletas del mundo, después de Milán.

Para los gerentes militares de las plantas de IAME, las fábricas eran una extensión de los cuarteles, y la estricta disciplina militar que siempre había caracterizado los emprendimientos del complejo continuó a lo largo de los años de gobierno peronista. La sindicalización estaba prohibida, la autoridad de la dirección sobre la base era absoluta y las fábricas de IAME cobraron reputación como una de las pocas industrias modernas y eficientes del país, aunque en la clase obrera local se las conocía por la dureza con que trataban a su mano de obra.

El complejo de IAME había iniciado un proceso luego proseguido e intensificado por las empresas automotrices. Hacia 1961, las industrias mecánicas eran responsables del 83% del valor total de la producción industrial de la ciudad y ocupaban el 75% de la mano de obra industrial, mientras las industrias livianas e intermedias absorbían sólo el 20% y el 5%, respectivamente, de los trabajadores industriales.



FIAT compra la fábrica de tractores de IAME en Ferreyra (24 septiembre 1954)

Fiat firmó un convenio con el gobierno el 24 de septiembre de 1954 para la compra de la fábrica de tractores de IAME en Ferreyra, como primer paso hacia la edificación allí de un complejo de vehículos automotores. Perón facilitó la compra por parte de Fiat de la fábrica de tractores otorgando a la empresa un crédito a través del Banco Industrial. Además, para elevar su capital de trabajo, Fiat fue autorizada a importar unas 2.000 unidades del Fiat 1400 a un tipo de cambio subvaluado y a venderlas a un precio más alto que el que tenían en Italia. Con ello, la empresa pudo sufragar un monto significativo de los costos de la importación de maquinaria y del reequipamiento de la fábrica de tractores, y realizó una importante operación de inversión extranjera con mínimo riesgo y para una inversión de capital de sólo un millón y medio de dólares.

La radicación de Industrias Kaiser Argentina (IKA) (19 enero 1955)

Las negociaciones de Perón con el industrial estadounidense Henry J. Kaiser y más tarde con su hijo, Edgar, resultaron en un convenio similarmente ventajoso para el inversor. El acuerdo firmado el 19 de enero de 1955 para la construcción de un complejo automotor de Kaiser en Santa Isabel, en el sudoeste de Córdoba, creó una empresa conjunta estatal-privada entre Kaiser-Frazier Industries y IAME, en la que se invertirían, respectivamente, 10 y 5,7 millones de dólares. Pero el status de Kaiser como socio menor era una mera formalidad, una artimaña concebida para proteger al gobierno de las críticas al convenio de los partidarios del nacionalismo económico. Kaiser puso como condición para la inversión la promesa de que IAME apoyaría a sus candidatos, con lo que la empresa estadounidense se aseguraría el control del directorio. Los estadounidenses nunca perdieron el control de las Industrias Kaiser Argentina (IKA). Por otra parte, como Fiat, también aquél recibió un préstamo del Banco Industrial en términos favorables y forzó concesiones de Perón para minimizar el costo de su inversión original, entre ellas el derecho a vender 1.000 autos de su marca en el mercado argentino. La inversión de Kaiser consistió, en gran medida, en transferir de EEUU a Córdoba equipos y maquinarias usados e incluso desactualizados. Su propia línea de jeeps y autos ya salía de las líneas de montaje a comienzos de 1957. A fines de 1958, la empresa firmó un convenio con la compañía italiana Alfa Romeo para fabricar el Alfa Romeo 1900. Posteriormente firmaría convenios semejantes con Volvo, American Motors y, el más importante, con Renault en 1959.

El programa de integración vertical de IKA

La combinación de la legislación gubernamental que establecía requisitos de contenido nacional mínimo en la producción automotriz y la falta de una empresa matriz de IKA que actuara como proveedora de componentes e insumos industriales condujo a la compañía a llevar a cabo un programa radical de integración vertical. Decidió no depender de los pequeños fabricantes de autopartes de la ciudad, que hacían elementos de alto deterioro. En cambio, comenzó a levantar sus propios establecimientos autopartistas, fábricas que utilizaban procesos de producción mecanizados y los controles de calidad exigentes de las industrias de producción masiva. El resultado de esta política fue un mejoramiento en la calidad de los autos Kaiser, pero también reforzó **la naturaleza concentrada del desarrollo industrial de Córdoba**. Cientos de pequeños talleres metalúrgicos surgieron a la sombra de la industria automotriz cordobesa, operando como proveedores de partes y accesorios básicos (velocímetros, espejos, bujías de encendido) para IKA y Fiat y como autopartistas en el mercado de repuestos. No obstante, los propietarios de los establecimientos metalúrgicos eran en general empresarios de poca monta, y **nunca surgió en la industria metalúrgica de la ciudad una burguesía industrial local digna de ese nombre**.

Las diversas plantas de componentes de IKA —Transax (ejes), vendida a Ford en 1967; las fábricas de ILASA (cables, componentes eléctricos y carburadores); Pajas Blancas; las varias plantas de Santa Isabel—, así como fabricantes extranjeros independientes, como Thompson Rameo y Associated Spring, satisfacían la mayoría de las necesidades de producción de IKA. Más adelante también abastecieron a Fiat y otras empresas. Con la adquisición en 1966 de la planta de Perdriel para construir máquinas herramienta de alta precisión, IKA completó finalmente su estrategia vertical. En 1960, IKA fundó la Academia Argüello, una escuela primaria privada, y el Instituto IKA, una institución técnica. El Instituto IKA fue la piedra angular del programa de servicio comunitario de la empresa.

La compra de IKA por parte de Renault en septiembre de 1967 (1967-70)

El programa de servicios comunitarios no sobrevivió al hundimiento de las ventas en los 60 y a la compra de IKA por parte de Renault en 1967. La empresa francesa, desdeñosa de lo que consideraba como moralismo y paternalismo de IKA, abandonó lo que quedaba de sus programas comunitarios, conservando únicamente la escuela técnica.

La fábrica de Perkins en Ferreyra (1963)

Además de los complejos de IAME e IKA, otros establecimientos industriales mecánicos de Córdoba eran las plantas de Fiat en Ferreyra y una pequeña fábrica de Perkins. Éste, **fabricante británico de motores**, instaló su fábrica a comienzos de la década de 1960 como proveedor de motores para diversos usos: tractores, autos y compresores de aire, entre otros. Ubicada en Ferreyra, cerca del complejo Fiat, comenzó su producción en 1963 con un personal de **280 operarios, 80 empleados administrativos y 20 supervisores**. La planta de Perkins ingresó al mercado justo en el momento en que el boom automotor cordobés empezaba a vacilar, un hecho que desalentó sus planes de expansión.

El complejo Fiat en Ferreyra (Concord, Materfer y Grandes Motores Diesel)

El mayor competidor de IKA y el segundo centro de poder económico en Córdoba era el complejo Fiat en Ferreyra. En los primeros años, Fiat fue un rival más potencial que real, dado que la empresa italiana se abstuvo de producir autos y camiones hasta 1960. **Sus dos fábricas principales, Concord y Materfer**, se dedicaron inicialmente a la producción de tractores y equipos ferroviarios, respectivamente, y una tercera planta, Grandes Motores Diesel, fabricaba los motores Diesel pesados usados en camiones, ómnibus y locomotoras. **En 1958, Fiat reequipó su planta de Concord—la antigua fábrica de tractores Pampa de IAME y precursora de las inversiones de Fiat en Córdoba— para convertirla a la producción de autos y camiones**. Fiat tenía una escala menor que IKA (la mano de obra de Fiat siempre fue aproximadamente la mitad de la de IKA) y era mucho más dependiente de proveedores exteriores (menor integración vertical).

La legislación de Frondizi y la futura decadencia industrial de Córdoba

En 1958, Frondizi impulsó en el Congreso la sanción de la ley 14.780, que garantizaba un tratamiento jurídico igual para el capital local y extranjero y derogaba el fundamento proteccionista de la política industrial peronista. Autorizaba a las empresas extranjeras a remesar sus ganancias sin restricciones, algo que Perón no había estado dispuesto a aceptar. Otra medida de Frondizi, el decreto 3.693, otorgaba reducciones impositivas a las empresas que propusieran planes de producción para la fabricación local de autos y camiones que cumplieran los porcentajes de contenido nacional. La prioridad que dio al establecimiento de una industria automotriz nacional y las ventajas comparativas que ofrecía Córdoba implicaron que la política federal contribuyera inicialmente al crecimiento de la industria allí. Sin embargo, la legislación de Frondizi también sembró las semillas de la futura decadencia industrial de la ciudad. Las medidas de Frondizi atrajeron a otras empresas automotrices que decidieron situar sus operaciones más cerca del principal mercado interno, Buenos Aires. En 1960-3, Ford, Chrysler, General Motors,

Citroen y Mercedes Benz instalarían sus plantas manufactureras en y alrededor de Buenos Aires.

El crecimiento industrial de Córdoba se concentró entre 1947 y 1965. Entre 1947 y 1960, el empleo industrial creció a una tasa anual del 3%, tasa que luego disminuyó levemente hasta 1963, el año que marca el primer parate serio de la economía local. Las industrias mecánicas eran las locomotoras del crecimiento industrial de esos años, y transformaron una somnolienta ciudad provincial en una metrópolis industrial en menos de dos décadas. El fin del boom de las industrias mecánicas locales se hizo evidente a mediados de la década del 60 y fue un hecho establecido hacia su final. Las empresas en Córdoba habían pasado de un control casi total del mercado en 1958 a menos del 40% en 1969. Sólo el aumento de la producción en las industrias tradicionales, en especial la textil y la alimentaria, sostuvo un modesto crecimiento industrial.

Por otra parte, la declinación de las industrias mecánicas fue relativa: una adaptación a una menor participación en el mercado, no un hundimiento absoluto. **Las cifras de la desocupación en Córdoba se mantuvieron relativamente bajas**, y el crecimiento de las industrias tradicionales compensó en parte la desaceleración de las contrataciones de IKA-Renault y Fiat. Las empresas automotrices tampoco recurrieron a los despidos masivos para compensar su declinante participación en el mercado. En 1970, el 35% de la mano de obra estaba empleada en servicios; el 19% en el comercio, los bancos y las compañías de seguros; el 10% en ocupaciones diversas; y un saludable 35% en la industria, una cifra indicativa de una ciudad industrial floreciente y no en decadencia. Lo más notable es que el 40% de esta mano de obra industrial aún se concentraba en las industrias mecánicas y que **la desocupación disminuyó en Córdoba, de un 9,5% en 1964 a 4,4% en 1971**.

La reducción cíclica de sus planteles se convirtió en la política de las compañías automotrices sólo después de 1976, cuando el gobierno militar suspendió las negociaciones colectivas, prohibió el derecho de huelga y suprimió los sindicatos.

El aumento de la población de la ciudad de 666.514 habitantes en 1965 a 798.663 en 1970

Los barrios obreros del sur de la ciudad de Córdoba

Los incrementos en la población de la ciudad se concentraron en los barrios exclusivos del norte y el nordeste, y en especial en las nuevas zonas obreras del sur. Alrededor de Fiat estaban los barrios de Ferreyra, San Lorenzo, Deán Funes y Empalme, con una población de 12.503 miembros en 1970. De manera similar, la Villa El Libertador, el Barrio Comercial y Santa Isabel, adyacentes al complejo IKA-Renault, tenían una población obrera de 23.565 personas en 1970. La formación de jóvenes barrios obreros y la concentración en ellas de trabajadores de las industrias automotrices trasladaron el foco del poder de la clase obrera al sur de la ciudad. Los problemas laborales en las plantas automotrices eran así una experiencia vivida y compartida, y dieron a los barrios una identidad. Si bien la participación en

los asuntos comunitarios era escasa, con pocas organizaciones barriales en las nuevas zonas residenciales, se crearon lazos de simpatía y solidaridad. Esto dio al proletariado mecánico un poder de movilización que hizo de él un adversario mucho más formidable de lo que lo habría sido si, como la clase obrera de Buenos Aires, hubiera sido ocupacionalmente heterogéneo y estado disperso en una amplia área geográfica.

Los problemas de vivienda fueron menos graves en Córdoba que en otras ciudades. Los problemas creados por la urbanización rápida fueron sentidos con mayor agudeza en la inadecuación de ciertos servicios públicos básicos, condiciones que eran particularmente graves en los nuevos barrios obreros. Ya en 1960 hubo problemas en la ciudad debido a la falta de un sistema de transportes urbanos apropiado que satisficiera las necesidades de los trabajadores industriales que viajaban diariamente. Había muchas quejas por las deficiencias de servicios municipales tales como la limpieza de las calles, la recolección de residuos, la iluminación urbana y los pavimentos. Hacia fines de los años 60, la escasez de agua se transformó en un lugar común, con cortes frecuentes, algunos de los cuales duraban varias semanas, y sistemas cloacales pobremente contruidos que provocaban desbordes e inundaciones periódicos. La polución del aire y la congestión del tránsito eran notorias, si bien se trataba de problemas que afligían mayormente a quienes residían en el centro, dado que la contaminación producida por los caños de escape era un problema más grande que el que provocaban los complejos automotores. Pero de los problemas urbanos no pueden extraerse conclusiones, ya que no eran exclusivos de Córdoba (afectaban, en mayor o menor grado, a todas las grandes ciudades de la Argentina). La clase obrera cordobesa sólo hizo referencias ocasionales a los mismos en sus protestas.

Baja participación de las mujeres en la industria automotriz

Córdoba fue un ejemplo extremo de la preferencia de las empresas automotrices por los trabajadores hombres. Virtualmente no había mujeres en las plantas cordobesas, así como tampoco, a decir verdad, en ninguno de los emprendimientos fabriles automotores de la Argentina; incluso en los talleres de acabado interior, en los que en otros países se empleaban mujeres en cantidades significativas, los hombres operaban las máquinas de coser utilizadas para fabricar los tapizados.

Orígenes de las migraciones a Córdoba

El rasgo sobresaliente de estas migraciones fue su carácter regional. Las estadísticas demográficas muestran que casi todos los años aproximadamente la mitad de los recién llegados provenían de la provincia de Córdoba. La economía predominantemente agraria de la provincia alentó a muchos jóvenes como Tosco a probar suerte en la ciudad. No obstante, también hubo una corriente migratoria de paraguayos, uruguayos y bolivianos.

La estructura de clases en Córdoba

El boom automotor cordobés había creado la mayor concentración de trabajadores industriales del país, al margen de la de Buenos Aires. Córdoba iba a compartir muchas de las características de una ciudad minera industrial: la concentración de la actividad económica esencialmente en un solo sector; un control casi completo de ese sector por el capital extranjero; una mano de obra joven, mayoritariamente masculina y no calificada; un crecimiento rápido y una declinación repentina. El resultado más significativo del boom industrial cordobés fue la formación de un fuerte proletariado fabril. **Mientras en Buenos Aires la clase obrera y sus organizaciones tenían la influencia rival de una burguesía poderosa, en Córdoba los trabajadores no tenían serios rivales de clase.** La burguesía industrial local era débil y estaba dividida; sólo los intereses metalúrgicos, agrupados en la Cámara de Industrias Metalúrgicas, tenían algún tipo de unidad, pero su influencia empalidecía frente a las firmas automotrices extranjeras. La clase media exhibía una debilidad y una división similares: sólo los estudiantes universitarios, cuyo número (30.000 estudiantes) llegó a menudo al 10% de la población, tenían un sentimiento de identidad y poder comparable al de la clase obrera. Si bien el boom industrial creó algunos puestos gerenciales, el desarrollo de la industria automotriz no generó una nueva clase de empleados administrativos de número considerable, y tampoco favoreció el desarrollo de una burguesía financiera local. Las empresas extranjeras, con una mínima participación argentina, como en el caso de IKA, o subsidiarias multinacionales, como en el de Renault y Fiat, pusieron la mayoría de los gerenciales en manos de sus compatriotas.

Los profesionales cordobeses, educados en la universidad local, en general no podían aspirar a trabajar más que de consejeros legales o ingenieros en los escalones gerenciales más bajos de las empresas automotrices.

El desarrollo de la industria automotriz tampoco favoreció el desarrollo de una burguesía financiera local. Una gran parte de las operaciones financieras se realizara a través de sus casas matrices o de los grandes bancos de Buenos Aires. Las oficinas administrativas de las empresas automotrices estaban en la Capital Federal, y excepto cierta participación en las fábricas locales de autopartes y componentes, los bancos provinciales contemplaron cómo la mayoría de los fondos eran manejados por forasteros.

La herencia del desarrollo económico y social de Córdoba fue, así, una clase obrera que tenía una sensación de poder rara en la Argentina. La creación de este proletariado hizo que Córdoba estuviera madura para la militancia obrera cuando la ciudad se enfrentó al comienzo simultáneo de la dictadura militar y de problemas en la industria automotriz local. A esto se agregaron la cada vez mayor politización de la sociedad cordobesa y el éxito de la izquierda al ganar para los partidos revolucionarios jóvenes activistas obreros.

La militancia laboral era un fenómeno que abarcaba toda la ciudad y muchos de los activistas sindicales más comprometidos, como Agustín Tosco, estaban en gremios relativamente

protegidos de los caprichos de la industria del automóvil. No obstante, tanto la militancia obrera como el clasismo se centraron en las fábricas automotrices. El conflicto fue más áspero en las plantas de IKA-Renaulty Fiat.

La Resistencia peronista cordobesa fue una de las más feroces del interior de la Argentina. La delegación cordobesa redactó dos documentos que surgieron de dos distintos congresos obreros que se realizaron en la provincia, uno para coordinar la Resistencia y el otro para mantener viva su tradición —en La Falda en 1957 y Huerta Grande en 1962, respectivamente—, que se erigieron como los programas más radicales propuestos por cualquier sector del movimiento obrero hasta la aparición de las corrientes revolucionarias en los sindicatos a comienzos de la década del setenta. Córdoba era singular porque los trabajadores que se constituirían en la columna vertebral del movimiento obrero, los de la industria automotriz, todavía eran una clase en formación y por lo tanto estaban desorganizados cuando en 1955 cayó el gobierno peronista.

Agustín Tosco es elegido secretario general de Luz y Fuerza a los 27 años (1957)

Un núcleo de activistas sindicales no peronistas y de izquierda del sindicato de Luz y Fuerza, conocidos colectivamente en la historia del gremio como la “generación de 1953”, eligieron a su líder, Agustín Tosco, como miembro del consejo directivo en el apogeo de la ortodoxia peronista, y en 1957 como secretario general, a la temprana edad de 27 años.

SMATA: Elpidio Torres – UOM: Alejo Simó – UTA: Atilio López – Gráficos: Juan Malvar

El SMATA pasa a manos de Elpidio Torres (diciembre 1958)

La tardía llegada de las industrias mecánicas permitió a Aramburu otorgar la jurisdicción de los trabajadores de IKA al Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), por entonces un gremio pequeño y de poca importancia que representaba esencialmente a los mecánicos de las estaciones de servicio. La decisión fue un golpe para la clase trabajadora peronista y en especial para la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), que era la conductora de la Resistencia y estaba surgiendo como el sindicato dominante y árbitro final en el movimiento obrero peronista. En 1956, proscriptos los candidatos peronistas, una lista comunista que hacía hincapié en asuntos relacionados con el trabajo ganó la primera elección sindical y el derecho a representar a los trabajadores de IKA. En enero de 1957, los comunistas negociaron con la empresa el primer convenio colectivo, que incluía una serie de logros para el sindicato, entre ellos la extensión a los trabajadores de IKA de la ley del sábado inglés, una medida provincial que otorgaba a los trabajadores de determinadas industrias una paga de 48 horas por una semana laboral de 44. En diciembre de 1958, Elpidio

Torres desplazó a los comunistas y fue elegido secretario general del SMATA. Torres llevó adelante una disputa sobre la representación de los trabajadores de Fiat entre el SMATA y la UOM, y en 1959 organizó un paro activo, acompañado de manifestaciones callejeras, por oposición al paro dominguero o matero.

La huelga de 1959 fracasó en el corto plazo, pero proporcionó a Torres una crucial victoria sindical. El convenio de 1960 reconoció al sindicato como único representante legítimo de los trabajadores de IKA en todas las negociaciones con el directorio y permitió que el SMATA aumentara el número de delegados en las plantas. También se establecieron procedimientos para las paritarias, conversaciones sobre las negociaciones colectivas que, en la industria automotriz, eran mantenidas directamente entre las empresas y el SMATA local y no entre una única asociación de empleadores y un sindicato nacional, como en el caso de las industrias metalúrgicas. En el acuerdo del 11 de marzo de 1960, Torres obtuvo también una cláusula de ajuste de los salarios (cláusula gatillo) que establecía aumentos cuatrimestrales automáticos de acuerdo con el incremento del costo de vida.

Los sindicatos de planta de Fiat

Fiat había comenzado sus operaciones en la Argentina justo cuando estaba llegando a su fin una lucha de casi 10 años con la alianza comunista y socialista de la Confederazione Generale Italiana del Lavoro (CGIL), que representaba a sus trabajadores de Turín. La derrota de la CGIL en las elecciones sindicales de 1955 provocó una interrupción de la actividad gremial en esa ciudad hasta las grandes huelgas de 1970.

Era predecible que Fiat no estuviera dispuesta a tolerar en Córdoba lo que había considerado inaceptable en Turín. A diferencia del caso de IKA, los primeros esfuerzos de organización sindical por parte de los comunistas no fueron bienvenidos por la compañía italiana, y la actividad gremial fue virtualmente prohibida hasta 1958. Ese año, en respuesta a los malos vientos que soplaban desde Santa Isabel, donde el SMATA ya había surgido como un formidable adversario sindical, Fiat cedió brevemente a las presiones del gobierno y los trabajadores y permitió la afiliación a la UOM local. Su decisión de mantener divididos a los trabajadores mecánicos locales demostró ser juiciosa.

A principios de 1960, Fiat dio un paso más y apartó a sus trabajadores de la tendencia histórica del movimiento obrero argentino al formar **sindicatos por planta**. Fiat propuso a Frondizi y a su ministro de Economía, el conservador Alvaro Alsogaray, que en el complejo de la compañía se constituyeran sindicatos de planta. Aunque la formación de tales sindicatos era una flagrante violación a la ley laboral argentina, el gobierno aprobó parcialmente la solicitud de la empresa. Bajo los auspicios de la Federación Sindical de Trabajadores Fiat, controlada por la compañía, se constituyeron sindicatos de planta en las fábricas Concord (**Sindicato de Trabajadores de Concord, o SITRAC**), Materfer (**SITRAM**) y **Grandes Motores Diesel (SITRAGMD)**, si bien el reconocimiento legal, la personería gremial, no sería otorgado hasta 1964, durante el gobierno radical de Arturo Illia.



Columna de Luz y fuerza dirigida por Agustín Tosco

Los legalistas seguidores de Vandor (Elpidio Torres de la SMATA, Atilio López de la UTA) vs. los ortodoxos seguidores de Perón (Alejo Simó de la UOM).

La Unión Tranviarios Automotor (UTA) de Atilio López y la privatización del transporte

Un sindicato legalista típico era el de trabajadores del transporte, la Unión Tranviarios Automotor (UTA), bajo la conducción de Atilio López. Éste, que había sido un dirigente agitador en la Resistencia cordobesa, era un sindicalista leal al peronismo y a Perón pero alineado con Vandor. El sindicato de trabajadores del transporte de López, uno de los más grandes de la ciudad, con más de 1.000 afiliados, se concentraba en la compañía de ómnibus municipales y desde 1957 había enfrentado un plan de privatización que amenazaba los empleos de cientos de sus miembros. El sistema de transporte urbano de propiedad pública, la Compañía Argentina de Transporte Automotor (CATA), era un producto de las nacionalizaciones de la primera presidencia peronista y se convirtió en un blanco natural de las privatizaciones bajo el gobierno de Frondizi, debido a que hasta los choferes de ómnibus consideraban que estaba mal administrado. El sindicato resistió los planes de privatización y contraatacó con una propuesta propia para establecer una cooperativa obrera que administrara la compañía. A fines de 1962, sin embargo, un gobernador militar finalmente llevó a cabo la largamente amenazada privatización.

A fines de 1962, la CATA fue disuelta, las líneas de ómnibus se vendieron a inversores privados, y López, la UTA y la posición de línea dura dentro de los legalistas se eclipsaron, aunque el gremio reaparecería varios años después, una vez más con la conducción de López, en los acontecimientos que rodearon al Cordobazo, y a principios de la década del setenta serviría como refugio a los militantes izquierdistas y peronistas.

Los planes de Vandor era domesticar a los legalistas cordobeses controlando el SMATA. La UOM se unió a los ortodoxos peronistas y el SMATA a los legalistas seguidores de Vandor.

Los sindicatos independientes agrupados en torno a Tosco

Los "independientes" conducidos por Tosco eran en la ciudad los defensores más coherentes y vocingleros de la autonomía sindical cordobesa. En su bloque se contaban unos veinte sindicatos, entre ellos los trabajadores gráficos, los de correos y telecomunicaciones, los de la sanidad y otros gremios pequeños. Alentaba su insubordinación el hecho de que casi todos fueran sindicatos federales, una de las dos formas de organización del sindicalismo argentino. A diferencia de gremios como la UOM, el SMATA y casi todos los grandes sindicatos industriales del país, los minoritarios federales disfrutaban del control de sus fondos, manejaban sus propias elecciones y eran menos vulnerables a la intimidación que los que pertenecían a estructuras centralistas. La presencia de un sindicato federal determinado en sus filas, Luz y Fuerza, hacía

de los independientes una potencia en la política obrera local. Luz y Fuerza era importante en parte debido a su tamaño —era el más grande y rico de la ciudad después del SMATA, la UOM y los sindicatos de Fiat—, pero sobre todo a causa de su energía, tanto literal como figurada. A través de su aptitud para controlar los cortes y apagones de energía, el sindicato de los electricistas era el único de Córdoba capaz de paralizar de inmediato la ciudad y desencadenar una crisis provincial e incluso nacional. Era un sindicato estratégico en una industria estratégica de la Córdoba industrial, un hecho que quedaría demostrado de manera reveladora en el Cordobazo de 1969 y el Viborazo de 1971. Las características más salientes de Luz y Fuerza eran su alto grado de afiliación sindical —que hacia principios de la década de 1970 llegó al 98%—, su pluralismo político, el espíritu democrático que lo impregnaba y la debilidad relativa de sus activistas peronistas. El monopolio peronista de los cargos sindicales había terminado en 1957 con la victoria de la heterogénea lista de Tosco, que llevó al poder al círculo que guiaría al sindicato, ya fuera desde su sede o clandestinamente, hasta el golpe de 1976. El líder de los peronistas de Luz y Fuerza, Sixto Ceballos, comprendió que el prestigio personal de Tosco aconsejaba una oposición decorosa y restringida. A lo largo de los años 60 y principios de los 70, los peronistas a menudo no presentaron una lista propia, y nunca impugnaron seriamente la conducción de Tosco hasta la restauración del gobierno peronista en 1973.

De todas las organizaciones obreras de la ciudad, Luz y Fuerza era la que más practicaba una democracia sindical participativa, realizando frecuentes asambleas abiertas para debatir cuestiones de importancia y votar los convenios colectivos, los llamados a la huelga y los asuntos gremiales en general. En un sindicato que nunca llegó a contar con más de 3.000 afiliados y que tenía un delegado cada veinte trabajadores, los niveles jerárquicos entre la conducción y las bases eran pocos, una situación fortalecida por la ausencia de puestos pagos y la necesidad de que todos los dirigentes, Tosco incluido, conservaran sus empleos y trabajaran la jornada completa.

El sindicato de trabajadores gráficos y su secretario general, Juan Malvar, eran tan representativos de los independientes como Atilio López y la UTA lo eran de los legalistas. Los gráficos, diseminados en docenas de pequeñas imprentas a lo largo y lo ancho de la ciudad, tuvieron entre 1955 y 1976 una cantidad de afiliados que nunca bajó de 800 ni rebasó los 1.200. Malvar llevó a una lista radical al poder en las elecciones sindicales de 1958 y siguió siendo uno de los líderes laborales no peronistas más activos de la ciudad hasta 1976. Malvar y otros independientes observaban con absorta satisfacción los altercados de los peronistas locales. En sus alianzas tácticas preferían a los legalistas, pero sólo se aliaron con ellos cuando esto pareció mejorar las posibilidades de mantener un movimiento obrero cordobés políticamente pluralista. Liderados por Luz y Fuerza.

La peculiar configuración del movimiento obrero cordobés, la presencia de sindicatos izquierdistas agrupados en los independientes de Tosco, la existencia de los sindicatos de planta de Fiat y la conducta independiente de la conducción peronista en casi todos los otros gremios obstruyeron los designios de

Vandor. El peronismo cordobés tenía una índole diferente, e incluso dirigentes de la UOM local como Jerónimo Carrasco y Alejo Simó seguían exhibiendo un grado de independencia que era impensable en cualquier otra parte del país. El mayor problema para Vandor era el SMATA de Torres, que hacia 1962 era claramente el sindicato más poderoso de la ciudad.

Los vínculos de Elpidio Torres con la empresa IKA-Renault

Torres comenzó a cultivar vínculos personales con funcionarios de la empresa. Además de relacionarse con el presidente de IKA, James McCloud, estableció una estrecha relación de trabajo con el director de personal, Manuel Ordóñez. La amistad de Torres con éste le permitió consultarlo y negociar directamente los contratos del SMATA entre 1960 y 1966. En privado, sometía las propuestas de las comisiones paritarias (comisiones de negociación colectiva) a Ordóñez, dándole a conocer los límites de las concesiones por parte del sindicato y a menudo obteniendo aumentos salariales sustanciales para los trabajadores de IKA de manera pacífica y sin tener que recurrir a la acción huelguística.

El personalismo pasó a ser una táctica general de la conducción gremial. Las asambleas abiertas en el Córdoba Sport Club ya se habían convertido en una institución del SMATA, pero después de 1960 Torres mostró una mayor inclinación por su convocatoria. El motivo sólo podía haber sido incrementar la visibilidad de su presencia y la identificación de los trabajadores con el sindicato, dado que las cuestiones de real significación se decidían a través de los procedimientos formales de la deliberación sindical en las comisiones internas o en consultas privadas entre Torres y la conducción del gremio, no en asambleas abiertas.

Alejo Simó se hace con el control de la UOM cordobesa (1963)

Alejo Simó logró controlar el sindicato en vísperas de la pérdida de los trabajadores de Fiat. Simó ganó las elecciones gremiales de 1963, en gran medida por la cuestión de la afiliación de Fiat, y poco después comenzó una campaña para que se revocara la decisión gubernamental de reconocer los sindicatos por empresa de aquella compañía, en lo que fue el inicio de uno de sus muchos flirteos episódicos con Vandor para obtener el respaldo del caudillo de la UOM en la campaña de afiliaciones. Simó fue pronto la figura dominante entre los ortodoxos. El SMATA y la UOM se habían convertido en lo más parecido a aliados locales que Vandor tenía en Córdoba, pero Torres y Simó, eran socios a regañadientes de la campaña verticalista, no a causa de alguna inclinación al juego limpio ni por respeto al pluralismo ideológico en el movimiento obrero cordobés, sino como resultado de su propio deseo de mantenerse libres de Vandor.

El intento de Vandor de copar la CGT de Córdoba (4 noviembre 1963)

El 4 de noviembre de 1963, la CGT central de Buenos Aires intervino la CGT cordobesa, como primer paso hacia el establecimiento de una central obrera local completamente peronista. Alejo Simó fue nombrado delegado regional para supervisar su reestructuración y coordinar el plan de lucha de la CGT nacional, ocupaciones fabriles en todo el país y una huelga general contra el gobierno de Illia. Se esperaba que Elpidio Torres cooperara desde su nuevo puesto de secretario general de la CGT cordobesa. Sin embargo, ni él ni Simó satisficieron plenamente las expectativas de Vandor. Tosco y los independientes reaccionaron con hostilidad al plan de lucha de éste contra el gobierno de Illia y sólo dieron un tibio apoyo a la huelga general del 27 de mayo de 1964. Vandor financió una campaña de prensa para desacreditar a los dirigentes independientes, como Tosco y Malvar. En los diarios cordobeses se publicaron rumores acerca de sombrías conexiones extranjeras y la pertenencia a siniestras camarillas foráneas, en especial la participación en una putativa conspiración judía internacional llamada sinarquía internacional, durante mucho tiempo un cuco peronista (*La Voz del Interior*, 5 de julio y 21 de septiembre 1964).

La reelección de Tosco en Luz y Fuerza (mayo 1964)

Dos semanas antes de la huelga general de mayo de 1964, Tosco, postulándose con una plataforma muy crítica con Vandor, obtuvo la reelección en Luz y Fuerza. Su lista Azul logró 1.114 votos contra 298 de la peronista, que sólo ofreció una oposición formal. Por otra parte, la Lista de Tosco era la más pluralista hasta esa fecha e incluía a muchos de los hombres —Ramón Contreras, Simón Grigatis, Felipe Alberti y Tomás Di Toffino— que serían sus más estrechos colaboradores en los años siguientes. En lo sucesivo, cualquier campaña verticalista debería tomar en cuenta el hecho de que los trabajadores de Luz y Fuerza no podrían ser domesticados simplemente eliminando a Tosco.

La controversia sobre la afiliación de los trabajadores de Fiat al SMATA o a la UOM

La campaña iniciada en 1964 para eliminar los sindicatos de planta de la empresa Fiat podría fortalecer aún más la posición del SMATA. Al estar ahora la planta de Concord completamente reconvertida a la producción automotriz, la decisión lógica sería la afiliación al SMATA y no a la UOM, por lo que Torres pedía públicamente jurisdicción sobre Ferreyra y ya había enviado a sus hombres a las puertas de Fiat con fichas de afiliación. Este nuevo estado de las cosas representaba un aprieto para Vandor. La situación se complicó aún más de ante el deseo de la UOM cordobesa de seguir representando a los trabajadores de la planta de Concord y la exigencia de Simó de que cualquier acuerdo con Fiat debía restablecer el statu quo previo a 1960, por el cual el gremio



metalúrgico tenía la representación exclusiva de los trabajadores de la empresa. En 1965, el sentimiento obrero era abrumadoramente favorable a la afiliación al SMATA, y el primer paso hacia esa meta se dio el 1 de abril de 1965, cuando los trabajadores de la planta de Grandes Motores Diesel votaron casi por unanimidad en favor de la pertenencia al SMATA, una votación posteriormente refrendada por el Ministerio de Trabajo.

Vandor pudo mantener al resto de los trabajadores de Fiat alejados del SMATA, pero no utilizarlos para fortalecer su posición en Córdoba o aislar a los independientes. Para evitar la largamente temida perspectiva de la afiliación al SMATA, Fiat celebró un trato con Vandor y Simó, quien ahora se desempeñaba como diputado peronista y dividía su tiempo entre Córdoba y Buenos Aires. La UOM trasladó alrededor de 80 de sus activistas sindicales de las plantas de Fiat bajo su jurisdicción en Buenos Aires a Córdoba. La empresa los dejó ingresar a las plantas de Ferreyra como trabajadores recién contratados, y éstos pronto controlaron a SITRAC. La inesperada conducción de la huelga de 1965 por parte de los activistas de la UOM, una riesgosa jugada de Vandor para restablecer el prestigio de la UOM entre los obreros y obligar a Fiat a reconocer formalmente su jurisdicción, tomó por sorpresa a la compañía. La huelga terminó con una derrota ignominiosa para el SITRAC, y Fiat prohibió la presencia de la UOM en sus plantas.

La empresa italiana admitió que sería necesaria al menos una representación sindical formal y de compromiso en las plantas para evitar la afiliación al SMATA, por lo que decidió mantener el SITRAC y transformarlo en un apéndice de su Departamento de Relaciones Industriales, a fin de que estuviera a las órdenes de la compañía más que de los trabajadores. Fiat preservó los dos sindicatos de la empresa, SITRAC y SITRAM, como representantes institucionales de sus trabajadores. La compañía exigió que SITRAC-SITRAM mantuvieran en calma al personal y adhirieran al tradicional aislamiento de Ferreyra con respecto a la política laboral local y nacional, una tarea que los sindicatos de planta desempeñarían obedientemente durante el siguiente lustro. Torres no abandonó su campaña para incorporar a los trabajadores de Concord y Materfer. Sin embargo, vio que en esta cuestión la compañía no estaba dispuesta a rendirse, y él no quería emprender una lucha prolongada y probablemente fútil que podría poner en peligro la afiliación de los trabajadores de Grandes Motores Diesel. Temporalmente, admitió la pérdida de los obreros de Fiat afiliados a sus sindicatos de planta. En la elección de abril de 1966 para la conducción del SMATA nacional, la seccional cordobesa fue la única del país que votó por la lista Celeste apoyada por Vandor, indicando de este modo que la alianza de Torres con el líder de la UOM se mantenía firme.

Peculiaridades del sindicalismo cordobés

La existencia de instituciones gremiales como las comisiones de delegados (comisiones internas), que se reunían semanalmente para discutir asuntos sindicales, y los comités de negociación colectiva (comisiones paritarias), constituidos por los delegados y que se reunían quincenalmente para ajustar los niveles salariales de acuerdo con la cláusula gatillo del convenio colectivo de 1960, hizo que en los trabajadores creciera el sentimiento de su propia aptitud para influir en cuestiones relacionadas con sus ingresos y, en menor medida, en las condiciones laborales. Su participación en los asuntos sindicales aumentó mucho, según lo evidencian los porcentajes cada vez más altos de trabajadores que votaban en las elecciones gremiales. Las elecciones mismas eran en general limpias y estaban libres de la intimidación y el fraude que caracterizarían cada vez más al Sindicalismo peronista. A diferencia de lo que ocurría en las seccionales dpi SMATA en Buenos Aires, por ejemplo, los peronistas de Córdoba siempre enfrentaban a listas rivales. Así, el estatuto del sindicato que disponía que los representantes de las listas de oposición tuvieran asientos en la comisión electoral local no era letra muerta como en Buenos Aires; en la seccional cordobesa estaba asegurado cierto grado de democracia sindical interna. En Córdoba, la política laboral consistía en una lucha constante por ganar fuerza en las negociaciones colectivas, la independencia con respecto a Buenos Aires y el apoyo de las bases. **Los peronistas eran más vulnerables y su control sobre el movimiento obrero nunca fue firme. Industrialización súbita y concentrada (desarrollo combinado).**

La dictadura de Juan Carlos Onganía (29 junio 1966 - 8 junio 1970)

Se cerró el Congreso argentino, se proscribieron los partidos políticos, las universidades fueron clausuradas y la vida intelectual y cultural del país obligada al silencio. Tanto la facción de Vandor como la de José Alonso elogiaron el cambio de gobierno, pero el ministro de Economía de Onganía, Adalberto Krieger Vasena, intentó crear un mercado laboral flexible y eliminar el poder del movimiento obrero organizado. Agustín Tosco y Luz y Fuerza surgían como la única voz disidente en el movimiento obrero del país. En mayo 1966, poco antes del golpe, la lista de Tosco, con la postulación de Ramón Contreras para presidir el sindicato, había logrado la reelección de manera convincente.

Dos meses después del golpe, el gobierno había aprobado la ley 16.936, que establecía el arbitraje obligatorio, una medida que eliminaba efectivamente el derecho de huelga. Onganía también había comenzado a poner en práctica una serie de programas de racionalización en varias industrias estatales o subsidiadas por el Estado, que afectaban desde los puertos del país hasta los ingenios azucareros de Tucumán, pasando por los ferrocarriles. Despidos masivos, recategorización de tareas y el cierre de industrias enteras fueron en conjunto el resultado de la Revolución Argentina para los trabajadores del sector público del país. Poco después, mediante el decreto 969, se suspendieron las comisiones

paritarias y se eliminó efectivamente la negociación colectiva. Krieger Vasena anunció en seguida un plan de estabilización que incluía una devaluación del peso del 40% y el congelamiento de todos los salarios por un período de veinte meses.

La CGT se vio obligada a declarar una huelga general el 1 de marzo de 1967, la cual, a pesar de su carácter masivo, terminó en una derrota táctica para el movimiento obrero. Al día siguiente de la huelga, Onganía despojó a seis sindicatos, entre ellos la Unión Ferroviaria y la Unión Obrera Metalúrgica, de su estatuto legal, su personería gremial, y luego suspendió todas las negociaciones colectivas hasta el 31 de diciembre de 1968.

La creación de la CGTA de Ongaro y Tosco (9 marzo 1968)

El 28 de marzo de 1968 debía realizarse en Buenos Aires una convención de la CGT, que se encontraban en un estado de confusión desde la huelga general del año anterior, y redactar un nuevo programa para tratar con el gobierno. Ongaro había obtenido la conducción de su sindicato en 1966 y llegado a destacarse nacionalmente después de dirigir en enero de 1968 una áspera huelga contra la editorial Haynes, con la que logró impedir el despido de unos 900 trabajadores. Esa huelga había llamado la atención de **Perón, quien alentó a Ongaro** en una reunión privada realizada en Madrid muy poco antes del congreso de marzo de 1968 a que asumiera la conducción de los sindicatos militantes y estableciera el control de éstos sobre la CGT en esa próxima asamblea.

El 29 de marzo de 1968, Ongaro fue elegido secretario general de la CGT. Los miembros del comité ejecutivo representaban precisamente a los sindicatos que llevaban la peor parte de las políticas del gobierno: ferroviarios, telefónicos, gas del estado, marina mercante, trabajadores del azúcar, astilleros. Excepto los azucareros, todos los sindicatos representados en el comité ejecutivo pertenecían al sector público con sede en Buenos Aires. Tosco rechazó un puesto en este comité, pero dedicó sus energías en el congreso a obtener respaldo para la nueva CGT, pronto llamada **CGT de los Argentinos (CGTA)**, y en especial a fortalecer su posición entre las delegaciones sindicales de las provincias. Sus esfuerzos tuvieron éxito: Córdoba, La Plata, Rosario, Santa Fe, Paraná, Corrientes, Chaco, Tucumán, Salta, Mendoza y las otras **principales CGT del interior adhirieron a la CGTA.**

Vandor retuvo el control de la mayoría de los sindicatos de la capital y obligó a los sindicatos de su campo —incluyendo al SMATA de Elpidio Torres y la UOM de Alejo Simó— a retirarse del congreso. La UOM, el SMATA, Luz y Fuerza (salvo la seccional cordobesa) y los sindicatos de la construcción y de petroleros boicotearon las sesiones.

Aunque los programas de racionalización de Onganía habían recaído con más dureza sobre los sindicatos del sector público, la prohibición de las huelgas y las negociaciones colectivas habían animado a las empresas privadas a atacar sus costos laborales. De todas las industrias privadas, la más afectada

fue la automotriz. Los despidos, el incremento en los ritmos de producción y un deterioro general de las condiciones de trabajo fueron la chispa de grandes protestas obreras en las fábricas de IKA-Renault, Chrysler, Ford, Citroën y Peugeot en 1967-8. La protesta más seria tuvo lugar en el complejo IKA-Renault. En Santa Isabel, el directorio de IKA enfrentaba el doble problema de vérselas con una cuota declinante del mercado automotor y convencer a Renault de que comprara la empresa. En 1966, IKA había comenzado a implementar periódicamente una semana laboral reducida, para compensar la baja súbita de las ventas. Hacia principios de 1967, tomó la decisión de reducir los salarios de sus ejecutivos en un 20% y despedir a unos mil obreros de un total de 7.200, como primer paso para que Renault estuviera segura de su intención de disminuir los costos laborales y poner sus finanzas en orden. El estancamiento de las negociaciones colectivas había dado a IKA el pretexto para comenzar a despedir trabajadores el 20 de **enero 1967**. Luego, como represalia a la áspera y a menudo violenta huelga del SMATA que siguió a la primera ola de despidos, IKA echó a 4.000 obreros más, si bien sólo como una táctica intimidatoria y con la plena intención de volver a contratarlos. Si bien el sindicato se las arregló para hacer que los despidos se anularan, a cambio tuvo que aceptar jornadas de trabajo reducidas para toda la mano de obra. Elpidio Torres y el SMATA estaban ahora a la defensiva. En mayo de 1967, el SMATA central asumió el control de la seccional cordobesa hasta marzo 1968. Renault compró las acciones de Kaiser en septiembre 1967.

El otro pilar del movimiento obrero peronista en Córdoba, la UOM de Alejo Simó, también estaba atravesando un período de crisis. Poco después del golpe de Onganía, la UOM central había obtenido un favorable convenio colectivo nacional, arrancando de los negociadores de la industria un aumento salarial del 25% así como la suspensión de las quitas zonales, un sistema de remuneraciones que daba a los trabajadores metalúrgicos de las provincias una escala de pagos menor que la de sus pares porteños. El acuerdo realzó la posición de la UOM en Córdoba, y Simó, con su carrera política aparentemente terminada a causa de la clausura por parte de Onganía del Congreso argentino, regresó a la ciudad para reafirmar su control sobre el sindicato. De inmediato se enfrentó a la torva realidad de la Revolución Argentina de Onganía. Lo mismo que en la industria automotriz, los propietarios de las fábricas y los talleres metalúrgicos del país ignoraron los convenios colectivos una vez que vieron que el Estado había debilitado la capacidad del movimiento obrero para resistir una ofensiva patronal. Simó condujo las huelgas de septiembre de 1966 contra las fábricas de Luján Hornos y Gerardo Seel, dos de los establecimientos metalúrgicos más importantes de la ciudad, pero los propietarios de la industria local y de otras partes del país estaban llevando a cabo despidos, suspensiones y cierres de instalaciones a un paso que amenazaba la supervivencia misma de la UOM.

La debilidad de Vandor y el movimiento obrero después de la huelga general del 1 marzo 1967 puso a Alejo Simó en una posición defensiva, similar a la de Elpidio Torres con el SMATA. Torres y Simó se encontraron en la curiosa posición de apoyar a

Tosco cuando la CGT local declaró a Onganía persona no grata durante su visita a Córdoba en agosto de 1967, en el momento mismo en que sus centrales gremiales intentaban salvar su relación con el régimen, pero no habían estado dispuestos a desafiar abiertamente la autoridad de Vandor en el Congreso Amado Olmos (29 de marzo de 1968) ni a respaldar a Ongaro.

El Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba (2.500 afiliados)

De 2.500 afiliados, había aproximadamente 200 activistas tosquistas íntimamente ligados al secretario general. Luz y Fuerza era un sindicato que se caracterizaba por un porcentaje estable de afiliados, en general entre el 15 y el 20%, que realizaban trabajos no calificados. También lo distinguía el hecho de que casi todos los empleados de la compañía estaban en condiciones de solicitar la afiliación gremial. Sólo quedaban excluidos los directores de la EPEC, sus secretarías privadas y los trabajadores contratados y de tiempo parcial. Era excepcional entre los sindicatos cordobeses por el hecho de que casi todos los ingenieros, técnicos y personal administrativo estaban afiliados y se contaban entre sus miembros más activos. En los círculos obreros, los puestos en la EPEC eran muy codiciados, no sólo por los altos salarios sino también debido a la naturaleza del trabajo implicado. Éste era a la vez más estable y menos agotador que en otras industrias.

Al pertenecer a un servicio público, el personal del Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba también sufría en menor medida los caprichos de la economía local y nacional. Los reclamos laborales, que eran endémicos en la industria automotriz y comunes en otras como la metalúrgica, eran menos habituales aquí. A diferencia de lo que ocurría con los trabajadores mecánicos, las quejas por exigencias excesivas o condiciones de trabajo insalubres están virtualmente ausentes del registro sindical.

Como empresa estatal, lo que determinaba el bienestar de la EPEC eran consideraciones presupuestarias y no su rentabilidad. EPEC estaba más interesada en gestionar el aumento de los subsidios estatales que en preservar su control sobre los lugares de trabajo, un hecho demostrado por su disposición para otorgar al sindicato un peso fundamental en las políticas de empleo. El gremio controlaba la contratación de nuevos trabajadores a través de la bolsa de trabajo. EPEC también daba preferencia a los solicitantes que ya tenían parientes empleados en la empresa, lo que llevaba a que hubiera varias generaciones de la misma familia en la compañía y a una identificación personal de los trabajadores con ella. La empresa se reservaba el derecho de aprobación final de todos los solicitantes de empleo, pero su delegación al sindicato de lo que en otras industrias era una prerrogativa celosamente guardada revelaba un tipo diferente de relación con su personal.

El sindicato atribuía los problemas financieros de la EPEC a los regímenes políticos y a la política gubernamental más que a una mala administración de la empresa estatal. Como entidad, y en agudo contraste con las empresas automotrices, EPEC nunca fue criticada por el sindicato. En su carácter de empresa estatal, representaba el ideal tanto para los afiliados peronistas como para los izquierdistas. Si bien no estaba bajo control obrero,

era al menos una empresa pública en la que el sindicato tenía un papel reconocido en importantes áreas de planificación y administración.

Aunque se les rehusara la cogestión directa, los trabajadores de Luz y Fuerza ejercían un grado extraordinario de influencia, que casi equivalía a una responsabilidad compartida con el directorio. La participación sindical en los planteles, las categorías laborales y las asignaciones de trabajos decididas en los departamentos, les permitieron un tipo de asociación que no existía en ninguna otra industria cordobesa. Otro signo de los estrechos lazos entre la compañía y el sindicato fue el apoyo financiero brindado por la EPEC a Luz y Fuerza. En 1950 el sindicato había obtenido en su convenio colectivo una concesión que comprometía a la empresa a aportar regularmente a un fondo sindical especial, la Mutual Unión Eléctrica, que financiaba el plan médico de Luz y Fuerza. EPEC también contribuía sumas considerables a los programas de viviendas, vacaciones y jubilaciones del sindicato. Tal apoyo, era inhabitual en la industria argentina, donde los programas sindicales, en general, dependían de las cuotas (descuentos) gremiales pagadas por los afiliados.

El apoyo financiero de la empresa a la Mutual y a otros programas de beneficios sindicales contribuyó a que el Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba asumiera un compromiso político, al liberarlo de la dependencia de su central gremial. Al subsidiar unos programas habitualmente financiados y administrados a través de la central, la EPEC hizo al sindicato menos vulnerable a las tácticas intimidatorias de Buenos Aires. También colaboró el hecho de que, a diferencia de la UOM y muchos otros sindicatos industriales, Luz y Fuerza era una organización federativa. Bajo la estructura federativa, las seccionales sindicales controlaban su propio dinero y el reparto de los fondos. La FATLYF podía amenazar y suspender a los sindicatos que no cooperaran, pero aparte de vedársele la utilización de los hoteles y colonias de vacaciones de la central, las consecuencias de la expulsión no eran graves y no podían obstruir efectivamente el accionar de la seccional.

Todos estos factores contribuyeron a la creación de un sindicato preparado para asumir la conducción del movimiento obrero disidente en 1968, pero de ninguno de ellos puede decirse que fue el determinante. El hecho de que otros sindicatos de trabajadores de Luz y Fuerza del país, principalmente la seccional Buenos Aires de Taccone, apoyaran el diálogo y hasta la colaboración con la dictadura, indica que en Córdoba había elementos peculiares que arrastraron al sindicato a la militancia y radicalizaron sus posiciones políticas. Un factor crucial fue la configuración inusual del movimiento obrero local y la protección que brindaba a Tosco y otros activistas izquierdistas del gremio, permitiendo que adoptaran posturas políticas rebeldes sin temor a represalias de Buenos Aires. Con ello, Tosco y su círculo pudieron asumir posiciones independientes y dirigir una educación política, nunca doctrinaria o coercitiva, pero sin embargo discernible, de los afiliados sindicales. El principal vehículo de la misma fue la publicación semanal de Luz y Fuerza, *Electrum*, que se mantendría como la expresión más coherente y eficaz del sindicalismo izquierdista de la ciudad hasta su clausura

por el gobierno peronista en 1974.

Luz y Fuerza practicó una genuina democracia sindical. Era política del sindicato conseguir que en los asuntos gremiales participara la mayor cantidad posible de afiliados. Además del consejo ejecutivo, la maquinaria gremial estaba formada por el cuerpo de delegados, dirigentes de base elegidos que, como los miembros del primero, cumplían un mandato de dos años. Los cuerpos de delegados existían virtualmente en todos los sindicatos cordobeses, incluso en los más antidemocráticos, pero su influencia era mayor en Luz y Fuerza que en cualquier otro de la ciudad. Su mayor número allí, la frecuencia con que se convocaban sus asambleas y se discutían asuntos de verdadera importancia y su capacidad para tomar decisiones independientemente del comité ejecutivo les dieron posiciones de real poder. Los cuerpos de delegados de Luz y Fuerza elegían a los delegados sindicales a la FATLYF y a los congresos de la CGT nacional y local. En el periodo 1962-1973 la participación en las elecciones sindicales promedió el 75% de los afiliados.

Hacia comienzos de los años sesenta, los otrora formidables recursos de energía eléctrica de Córdoba se encontraban en un estado cercano a la crisis. Las crecientes demandas resultantes de la gran ola de industrialización automotriz, mecánica y metalúrgica de fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, sin embargo, habían comenzado a exigir demasiado de la producción energética disponible. El periódico sindical, *Electrum*, se convirtió en un foro en el cual trabajadores discutían la naturaleza particular de los problemas energéticos del país y el papel de Córdoba en su solución, así como la relación entre los modelos nacionales de desarrollo económico y la producción de energía eléctrica. A lo largo de toda su historia, el sindicato cordobés desechó los ataques contra las deficitarias empresas públicas de energía calificándolos como inspirados políticamente, y señaló que esos déficit eran el resultado de las tarifas preferenciales otorgadas a la industria privada. En el caso de la EPEC, grandes usuarios de energía como IKA-Renault, Fiat y productores locales de autopartes la estaban recibiendo, en esencia, subsidiada por el Estado. Su exposición a la política de fijación de tarifas les dio una comprensión del verdadero funcionamiento de la industria y especialmente de la relación incestuosa entre los negocios y el Estado en su país. Esta comprensión crítica, apuntalada por las otras influencias ideológicas y políticas en acción dentro de la sociedad argentina y en especial de la cordobesa durante esa época, hizo que en el sindicato creciera la simpatía hacia el socialismo. La experiencia concreta de la dictadura de Onganía fue el factor final que empujó a los lucifercistas de Córdoba a la vanguardia de la resistencia obrera.

Cuadro 4.1 Paros de Luz y Fuerza de Córdoba entre 1964 y 1972

Año	Cantidad	Por cuestiones laborales	Por cuestiones políticas
1964	5	1	4
1965	6	2	4
1966	5	2	3
1967	3	—	3
1969	8	—	8
1970	6	1	5
1971	24	2	22
1972	13	4	9
Total	70	12	58

Las huelgas políticas de Sindicato de Luz y Fuerza en Córdoba

La tendencia hacia las huelgas políticas, en oposición a las relacionadas meramente con el trabajo, se había hecho evidente en 1964. El único gran paro de ese año fue la adhesión del sindicato a la huelga general de la CGT del 17 y 18 de diciembre. De manera similar, la huelga más importante de 1965 fue el paro de 24 horas para protestar por el asesinato de dos activistas gremiales en Buenos Aires. Después de 1966, esta tendencia se incrementó marcadamente, y el sindicato mostró una proclividad hacia las huelgas políticas que era única en el movimiento obrero cordobés y muy probablemente en el conjunto del país. Los principales paros de 1966, dos huelgas de 24 horas, fueron llevados a cabo para protestar contra las medidas antiobreras de Onganía. Las tres grandes huelgas de 1967, de manera similar, fueron de naturaleza política. Entre 1968 y 1972, las huelgas para repudiar las políticas económicas del gobierno, exigir la restauración del régimen democrático y la liberación de presos políticos, protestar contra el desconocimiento de los derechos de los sindicatos locales por parte de la burocracia sindical porteña —en una palabra, las huelgas políticas— dominaron el panorama. De un total de 70 huelgas conducidas por el sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba entre 1964 y 1972, 58 fueron por cuestiones políticas y solo 12 por cuestiones laborales.

Después de 1972, cuando el sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba se unió aún más estrechamente a la izquierda y rompió con el gobierno peronista en el poder, las huelgas fueron casi completamente de naturaleza política.

La CGTA de Raimundo Ongaro (1968)

La CGTA representó una expresión muy distorsionada del alza de masas y de las luchas del movimiento obrero contra la burocracia sindical que colaboraba el gobierno de Onganía. Esto se revela en el apoyo prestado por Perón a la candidatura de Ongaro (a lo largo de junio de 1968 Perón hizo declaraciones públicas de apoyo a la CGTA, apoyo que luego retiraría para hacer las paces con Vandor), en el hecho de que la CGTA aceptara en su seno a burócratas corruptos como Alejo Simó de la UOM y sus

ortodoxos (que se pasaron del campo de Vandor al de Ongaro en mayo de 1968) y finalmente en el programa del 1° de Mayo de 1968 de la CGTA, que no solo repetía los postulados nacionalistas-burgueses de los antiguos programas peronistas de La Falda (1957) y Huerta Grande (1962), sino que agregaba elementos místicos-cristianos incluidos por el ex-seminarista Ongaro. El 1 de mayo 1968, unos 5.000 trabajadores se reunieron en el Córdoba Sport Club para escucharlo. Estaban ausentes el SMATA de Torres, la UOM de Simó y el puñado de sindicatos aún leales a la línea vandorista, lo mismo que los sindicatos de empresa de Fiat. El discurso cordobés de Ongaro sería llamado más adelante “Programa del 1° de mayo”. ¿Quién mató a Rosendo? es un libro de Rodolfo Walsh, serializado originalmente en el periódico de la CGTA, que relata el asesinato de Rosendo García, el 13 mayo de 1966 en la confitería La Real, en la localidad de Avellaneda, por Vandor y sus cómplices de la UOM.

El programa del 1° de Mayo de 1968 de la CGTA

“El índice de mortalidad infantil es cuatro veces superior al de los países desarrollados, veinte veces superior en zonas de Jujuy donde un niño de cada tres muere antes de cumplir un año de vida... No queda ciudad en la República sin su cortejo de villas miserias donde el consumo de agua y energía eléctrica es comparable al de las regiones interiores del África... El aplastamiento de la clase obrera va acompañado de la liquidación de la industria nacional, la entrega de todos los recursos, la sumisión a los organismos financieros internacionales... En 1958 el cincuenta y nueve por ciento de lo facturado por las cincuenta empresas más grandes del país correspondía a capitales extranjeros; en 1965 esa cifra ascendía al sesenta y cinco por ciento; hoy se puede afirmar que tres cuartas partes del gran capital invertido pertenece a los monopolios... El método que permitió este escandaloso despojo no puede ser más simple. El gobierno que surgió con el apoyo de las fuerzas armadas, elegido por nadie, rebajó los aranceles de importación, los monopolios aplicaron la ley de la selva —el dumping—, los fabricantes nacionales, hundiéronse. Esos mismos monopolios, sirviéndose de bancos extranjeros ejecutaron luego a los deudores, llenaron de créditos a sus mandantes que con dinero argentino compraron a precio de bancarrota las empresas que el capital y el trabajo nacional habían levantado en años de esfuerzo y sacrificio... Es el Fondo Monetario Internacional el que fija el presupuesto del país y decide si nuestra moneda se cotiza o no en los mercados internacionales. Es el Banco Mundial el que planifica nuestras industrias claves. Es el Banco Interamericano de Desarrollo el que indica en qué países podemos comprar.”

“La estructura capitalista del país, fundada en la absoluta propiedad privada de los medios de producción, no satisface sino que frustra las necesidades colectivas, no promueve sino que trava el desarrollo individual. De ella no puede nacer una sociedad justa ni cristiana... He aquí al descubierto la barrera que separa las necesidades humanas de los bienes destinados a satisfacerlas: el derecho de propiedad tal como hoy es ejercido.”

“Retomamos pronunciamientos ya históricos de la clase obrera argentina, a saber:

- La propiedad [privada!] sólo debe existir en función social. (?)
- Los trabajadores, auténticos creadores del patrimonio nacional, tenemos derecho a intervenir[no a dirigir!] no sólo en la producción, sino en la administración de las empresas y la distribución de los bienes.
- Los sectores básicos de la economía pertenecen a la Nación. El comercio exterior, los bancos, el petróleo, la electricidad, la siderurgia y los frigoríficos deben ser nacionalizados.
- Los compromisos financieros firmados a espaldas del pueblo no pueden ser reconocidos.
- Los monopolios que arruinan nuestra industria y que durante largos años nos han estado despojando, deben ser expulsados sin compensación de ninguna especie.
- Sólo una profunda reforma agraria, con las expropiaciones que ella requiera, puede efectivizar el postulado de que la tierra es de quien la trabaja.
- Los hijos de obreros tienen los mismos derechos a todos los niveles de la educación que hoy gozan solamente los miembros de las clases privilegiadas.”

“La lucha contra el poder de los monopolios y contra toda forma de penetración extranjera (?) es misión natural de la clase obrera, que ella no puede declinar. La denuncia de esa penetración y la resistencia a la entrega de las empresas nacionales de capital privado o estatal son hoy las formas concretas del enfrentamiento. Porque la Argentina y los argentinos queremos junto con la revolución moral(?) y de elevamiento de los valores humanos ser activos protagonistas y no dependientes en la nueva era tecnológica que transforma al mundo y conmociona a la humanidad.”

“Apelamos pues: A los empresarios nacionales, para que abandonen la suicida política de sumisión a un sistema cuyas primeras víctimas resultan ellos mismos. Los monopolios no perdonan, los bancos extranjeros no perdonan, la entrega no admite exclusiones ni favores personales. Lealmente les decimos: fábrica por fábrica los hemos de combatir en defensa de nuestras conquistas avasalladas, pero con el mismo vigor apoyaremos cada empresa nacional enfrentada con una empresa extranjera.”

“A los militares, que tienen por oficio y vocación la defensa de la patria: Nadie les ha dicho que deben ser los guardianes de una clase, los verdugos de otra, el sostén de un gobierno que nadie quiere, los consentidores de la penetración extranjera.”

“A los religiosos de todas las creencias: sólo palabras de gratitud para los más humildes entre ustedes, los que han hecho suyas las palabras evangélicas... Los centenares de sacerdotes que han estampado su firma al pie del manifiesto con que los obispos del Tercer Mundo llevan a la práctica las enseñanzas de la [a carta encíclica del Papa Pablo VI]Populorum Progressio”

Termina citando a Eva Perón: “sólo el pueblo salvará al pueblo”.

La rebelión de la CGTA pronto asumió en parte el carácter de una revuelta de las provincias contra Buenos Aires. La posición de Ongaro se fortaleció cuando a fines de mayo 1968 Perón disolvió las 62 Organizaciones, el ala política del movimiento obrero peronista que todavía estaba en manos de Vandor. La decisión fue un claro gesto de apoyo a Ongaro y un repudio a los planes vandoristas de realizar un congreso en minoría.

La alianza obrero-estudiantil y la CGTA

La solidaridad demostrada y las alianzas establecidas por las organizaciones estudiantiles y el movimiento obrero en el movimiento de la Reforma Universitaria de 1918 y en otros innumerables incidentes durante las primeras décadas del siglo habían sido hechas añicos por Perón. Entre las antipatías que el peronismo había alimentado en la sociedad argentina se encontraba una, relativamente nueva, de los trabajadores hacia los estudiantes. En un acto de venganza política contra la previa oposición estudiantil a su candidatura en las elecciones de 1946, Perón describía a éstos como un grupo de niños bien, una casta privilegiada proveniente principalmente de las clases media y alta del país. El grito peronista del 17 de octubre, “Alpargatas sí, libros no!”, se había erigido en símbolo de la ruptura de la tradición de solidaridad entre ambos grupos. Los diez años de oposición estudiantil al régimen, su participación en la Revolución Libertadora y el entusiasmo delirante demostrado ante el derrocamiento de Perón en 1955, habían sembrado la sospecha y el rencor entre la clase obrera peronista y los estudiantes universitarios, sentimientos que posteriormente mantuvieron su vigencia durante años.

La reconciliación entre los trabajadores y los estudiantes tuvo al menos su comienzo simbólico en Córdoba. Un estudiante de segundo año de Ingeniería y trabajador de tiempo parcial en IKA, Santiago Pampillón, había sido asesinado por el fuego de la policía en el Barrio Clínicas, el 7 de septiembre de 1966, en una de las primeras protestas estudiantiles contra Onganía. Su muerte sirvió como un primer vínculo entre los estudiantes universitarios y el movimiento obrero cordobés, una alianza que se fortalecería en los meses siguientes, cuando cayó sobre ambos sectores todo el peso de la represión gubernamental. La rebelión de la CGTA, en realidad, brindó la primera salida institucional, tanto en Córdoba como nacionalmente, al renacimiento de la simpatía entre los trabajadores y estudiantes del país. Las peñas estudiantiles, bailes semanales realizados en la universidad, se convirtieron en instrumentos de recolección de fondos para la CGTA, y estudiantes voluntarios hacían en la sede central de ésta fotocopias, diligencias y gran parte de los trabajos preparatorios de la nueva organización. Los sindicatos actuaban en reciprocidad con huelgas de solidaridad como protesta contra las políticas universitarias de Onganía y prestando los edificios sindicales para las clases de las facultades cerradas por el régimen, así como también para los estudiantes que se preparaban para los nuevos exámenes de ingreso a la universidad.

Los Sacerdotes del Tercer Mundo

En mayo de 1968 se efectuó en Córdoba el primer congreso del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, un suceso considerado por muchos como el nacimiento de un movimiento de teología de la liberación en la Argentina.

Las organizaciones de izquierda

A comienzos de la década, la Revolución Cubana y la ruptura chino-soviética habían desencadenado en los círculos izquierdistas un debate que terminó con el monopolio que los partidos Socialista y Comunista ejercían dentro de las fuerzas anticapitalistas del país. Surgieron dos grupos maoístas contrarios al PC prosoviético, Vanguardia Comunista (VC) y el Partido Comunista Revolucionario (PCR). El guevarista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), resultado de una fusión efectuada en 1963 entre el trotskista Palabra Obrera y el Frente Revolucionario Indoamericano Popular, también surgió de la oscuridad para convertirse en una verdadera fuerza dentro de la izquierda, con un apoyo especialmente fuerte entre los estudiantes universitarios. En 1964 se crea la organización Política Obrera. La izquierda peronista, aún naciente a mediados de los años sesenta, se presentó en la forma de las primeras organizaciones guerrilleras, como las Fuerzas Armadas Revolucionarias (PAR) y las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP).

El apoyo de la UOM de Alejo Simó a la CGTA de Ongaro (mayo 1968)

El 2 de mayo 1968, una delegación presentó al secretario general de la CGT cordobesa, Julio Petrucci, un petitorio firmado por 33 sindicatos de la ciudad, solicitando una inmediata asamblea general para votar la afiliación a la CGTA. Entre los peticionantes se contaban no sólo los sindicatos independientes sino también algunos como el de trabajadores de la construcción y otros que tradicionalmente habían estado aliados con Vandor. La defección más notable era la de la UOM de Simó. Con su oportunismo político acostumbrados, Simó cambió de bando y agregó el nombre de su sindicato a la lista de los peticionantes (Simó ya se había alejado de Vandor a comienzos de 1966, cuando en enero la UOM cordobesa se puso al lado de la facción de José Alonso en contra de la vandorista en la división de las 62 Organizaciones, pero ambas facciones habían llegado a un entendimiento y una virtual alianza después del golpe de junio de 1966, primero en su decisión de apoyar al gobierno de Onganía y luego en su oposición a Ongaro y la CGTA). El mismo día, Tosco convocó una sesión extraordinaria de Luz y Fuerza, y el sindicato votó por unanimidad en favor de la afiliación a la CGTA. El último sindicato remiso de significación estratégica en Córdoba era el SMATA de Torres, quien se mantuvo leal a Vandor y receloso de Ongaro. El SMATA local fue uno de los pocos sindicatos que no asistió a la asamblea general de la CGT el 7 de mayo de 1968, cuando el movimiento obrero cordobés votó abrumadoramente en favor de afiliarse a la CGTA y dio a Ongaro su más importante victoria hasta esa fecha. Tosco fue reelecto como secretario general de Luz y Fuerza en el mes mismo de la afiliación de Córdoba a la CGTA. A lo largo de junio 1968 Perón hizo declaraciones públicas y reveló correspondencia que indicaban un respaldo incondicional a la rebelión de la CGTA.

El derrumbe de la CGTA durante la segunda mitad de 1968

Hacia fines de junio la CGTA de Ongaro podía afirmar que tenía 650.000 afiliados, con su mayor fuerza en las provincias, en tanto los sindicatos de Vandor, con su base de poder en los gremios industriales del Gran Buenos Aires que estaban sometidos a sitio pero aún se conservaban intactos, alegaban contar con alrededor de 785.000. La campaña para ganar los grandes sindicatos industriales porteños fracasó completamente. Perón contribuyó al fracaso de la CGTA. Desde fines de julio y a lo largo de agosto 1968, llegaron desde Madrid llamados a la reunificación del dividido movimiento obrero. Vandor y Perón se reunieron en Madrid en octubre de 1968 y éste dio la orden de “reconstituir las 62”. La consecuencia de este acuerdo fue la incesante sangría de sindicatos de la CGT-A: decenas de gremios la abandonaron entre fines de 1968 y principios de 1969. Se alejan incluso las dos seccionales antivandoristas de la UOM, La Matanza y Córdoba. Simó devolvió a la UOM cordobesa al redil vandorista. A principios de 1969, es decir en vísperas del Cordobazo, la central ongarista había quedado reducida a un puñado de sindicatos. La CGTA, que luego y sin que nada lo justifique, fue presentada como uno de los ‘motores’ del Cordobazo, se desinflaba de la misma manera en que había nacido: como parte de una maniobra de Perón y de la oposición burguesa.

En septiembre 1968, se declararon en huelga contra los despidos los petroleros de Ensenada y la flota de YPF. La huelga duró dos meses y se convirtió en una causa nacional. Aunque los petroleros de Ensenada estaban enrolados en la CGT-A y la regional platense de la CGT se encontraba bajo su liderazgo, el ongarismo no tomó ninguna medida práctica para llevar la lucha a la victoria. Lo mismo sucedió con la huelga de Fabril Financiera, en el gremio del propio Ongaro: la huelga duró dos meses, durante los cuales, en contra de toda la tradición combativa del gremio gráfico, las publicaciones de Fabril fueron impresas en otros talleres. Desde el punto de vista reivindicativo, todas estas huelgas terminaron en derrotas, pero fueron dejando mojoneros de la recuperación combativa de la clase obrera y de la aparición de un nuevo activismo de base, como lo demuestra el respaldo masivo demostrado en octubre 1968 por los sindicatos de Córdoba, Rosario y Tucumán en una huelga de solidaridad con los trabajadores petroleros. Después del derrumbe de la huelga petrolera el 10 de diciembre 1968, las dudas de Tosco acerca de Ongaro se convirtieron en una amarga desilusión.

Durante los meses siguientes, Tosco trabajó para salvar lo que quedaba de la CGTA fortaleciendo sus lazos con el movimiento estudiantil cordobés, a fin de compensar el debilitamiento de su base obrera. Sólo en Córdoba permaneció intacto el núcleo del respaldo a la CGTA. El 10 y 11 de enero de 1969, los sindicatos cordobeses de la CGTA auspiciaron el Congreso del Peronismo Combativo realizado en la ciudad.

El Cordobazo (29-30 de mayo de 1969)

El examen de ingreso que Onganía había establecido en las universidades durante su primer año de gobierno. Fue un intento descarado de eliminar el legado del movimiento de la Reforma Universitaria iniciado en Córdoba en 1918, para restaurar la naturaleza elitista de la universidad argentina. Los centros de resistencia, los barrios Clínicas y Alberdi, eran vecindades estudiantiles y no cotos obreros.

El efecto político inmediato del Cordobazo fue desacreditar a la dictadura de Onganía.

El tardío y repentino desarrollo industrial de Córdoba había creado una clase y un movimiento obrero locales que eran más independientes, democráticos y combativos que en cualquier otra parte del país. No obstante, en sí mismo el desarrollo de la ciudad encabezado por la industria automotriz ofrece una explicación insatisfactoria. Los orígenes inmediatos del Cordobazo se encuentran en la política obrera local. La protesta se explica mejor no como un resultado de la singularidad socioeconómica de Córdoba sino de las condiciones existentes en determinados sindicatos. Más importante: el Cordobazo fue el resultado de las frustraciones e inquinas acumuladas en todas las clases de la ciudad a lo largo de casi tres años de gobierno autoritario. Esa frustración encajó con la tradición de resistencia y militancia de los trabajadores locales y con las estrategias específicas que los sindicatos cordobeses habían elaborado para enfrentarse a la dictadura.

La lucha contra las quitas zonales y por el sábado inglés: Elpidio Torres y el SMATA

Los problemas de la UOM con las quitas zonales se convirtieron en uno de los puntos de reagrupamiento del movimiento obrero cordobés en las semanas que culminaron en el Cordobazo. La negativa de la patronal a eliminar las quitas zonales, la tasa salarial diferencial usada sólo en su industria que otorgaba menores sueldos a los trabajadores metalúrgicos del interior, obligó a Alejo Simó de la UOM a pronunciarse. En marzo de 1969, como una concesión a Vandor para ayudarlo en su intento de recuperar la discolpa UOM cordobesa, el Ministerio de Trabajo eliminó las quitas zonales. Una vez más, los empresarios cordobeses ignoraron alegremente la orden del ministerio.

Incapaz de reducir sus costos laborales a través de despidos, que habrían sido una forma segura de provocar una respuesta sindical inmediata, IKA-Renault se levantó como el principal partidario provincial de la revocación de la ley del “sábado inglés”, una concesión especial que en varias provincias otorgaba a los trabajadores de determinadas industrias un jornal entero a cambio de que trabajaran medio día los sábados. Como la ley nunca había sido aprobada en Buenos Aires, IKA-Renault podía apuntar a ella como otro factor responsable de la incapacidad de la empresa para competir con las nuevas firmas instaladas allí, y argumentar en favor de su derogación.

La ley del “sábado inglés”, era especialmente apreciada por los trabajadores automotores de Córdoba, que estaban sometidos a condiciones laborales más penosas que la mayoría de la clase obrera, y la preocupación del SMATA por una posible anulación

La radicalización del movimiento estudiantil (30.000 estudiantes)

Las movilizaciones del movimiento obrero cordobés fueron contemporáneas de un repunte del activismo estudiantil, gran parte del cual estaba dirigido por la izquierda. Los casi 30.000 estudiantes universitarios de la ciudad habían reaparecido como fuerza política con su colaboración en las campañas sindicales de la CGTA, y hacia comienzos de 1969 las facultades de la calle Obispo Trejo y de la Ciudad Universitaria eran los centros extraoficiales de la oposición local al régimen. Los debates políticos de sobremesa en el gran salón comedor universitario donde cada noche comían más de 5.000 estudiantes. Tosco, en particular, había procurado el apoyo estudiantil, apareciendo regularmente como orador en las reuniones de estudiantes. Bajo la influencia de Tosco, los trabajadores de Luz y Fuerza convocaron a huelgas de solidaridad en los peores momentos de la represión de Onganía contra el movimiento estudiantil, y permitieron generosamente que su edificio sindical fuera utilizado por los estudiantes con cualquier fin, desde cursos de preparación del examen de ingreso hasta reuniones políticas clandestinas.

La resistencia estudiantil a las purgas que Onganía realizaba en las facultades y a sus políticas universitarias en general había sido viva y fogosa. Su primer clímax lo alcanzó en septiembre de 1966 cuando, en lo que vino a ser un ensayo general del Cordobazo, los estudiantes ocuparon el Barrio Clínicas, las veinte cuadras de pensiones estudiantiles y centro histórico de la vida política universitaria, como protesta contra el régimen. Onganía respondió con la clausura de la poderosa Federación Universitaria de Córdoba (FUC). La resistencia de éstos pasó entonces a la clandestinidad, dividida entre la Coordinadora Estudiantil en Lucha, marxista, y el peronista Frente Estudiantil Nacional, una grieta que sólo se cerró cuando ambos encontraron una causa común en la campaña de la CGTA.

Mayo de 1969 fue un mes excepcionalmente tenso para los estudiantes, en la medida en que el gobierno redobló sus esfuerzos para sofocar cualquier signo de actividad política en las universidades del país. El 15 de mayo 1969, en Corrientes, miles de estudiantes de la Universidad del Nordeste manifestaron contra el aumento de los precios del comedor universitario y chocaron con la policía. Cae muerto el estudiante Juan José Cabral. Tres días después, el 18 de mayo 1969, la bronca estudiantil estalla en Rosario, donde cae asesinado Adolfo Bello. A su entierro concurrieron más de 10.000 manifestantes. El 21 se declara la “huelga universitaria” en Rosario y cae un nuevo mártir, el estudiante y aprendiz metalúrgico Norberto Blanco. Obreros y estudiantes marcharon del brazo por ciudades tales como La Plata, Rosario y Tucumán. La mayor de las protestas fue la de Córdoba. Después de enfrentamientos separados con la policía, que culminaron con la erección por parte de los estudiantes de barricadas en las calles del Barrio Clínicas el



Unión obrero estudiantil.

23 de mayo 1969, las relaciones amistosas entre los movimientos obrero y estudiantil se convirtieron en una virtual alianza, y la sede central de la CGT en Vélez Sarsfield sirvió como lugar de reunión tanto para los sindicatos como para las organizaciones políticas estudiantiles. El 25 de mayo Tosco pronunció en la universidad un discurso que cimentó públicamente la alianza entre obreros y estudiantes y preparó a unos y otros para los sucesos del Cordobazo.

La UTA y Luz y Fuerza

Atilio López y la Unión Tranviarios Automotor (UTA) reaparecieron luego de un distanciamiento de casi siete años de la política sindical local para organizar una serie de huelgas de protesta contra una propuesta de reorganización del sistema de transporte urbano que habría perturbado gravemente los planes de jubilación y las categorías. En las semanas que culminaron en el Cordobazo, los choferes, amargados por el fracaso de las cooperativas obreras que se habían establecido en algunas líneas luego de la privatización de la empresa municipal de ómnibus en 1962 e inquietos con la perspectiva de la inminente reestructuración del sistema de transporte público de la ciudad, se contaron entre los miembros más activos de la clase obrera cordobesa. Es a partir de la huelga exitosa de la Unión Tranviarios Automotor del 5 de mayo 1969, que Elpidio Torres del SMATA y Atilio López de la UTA empiezan a analizar la posibilidad de realizar una fuerte medida opositora que se cristalizaría en la movilización del 29 de mayo de 1969 y que pasó a la historia como el Cordobazo.

Luz y Fuerza, un sindicato no habituado a conflictos ásperos con la patronal, tenía sus propios motivos para la militancia. Un nuevo plan gubernamental para la racionalización de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba y la privatización parcial de la energía eléctrica en la provincia eran considerados como el primer paso hacia la disolución de la empresa pública y finalmente la privatización completa de la industria.

La huelga general de 48 horas (29 y 30 de mayo 1969): paro activo con movilización

Las presiones de las provincias, especialmente de la CGT cordobesa, habían impulsado tanto a la CGTA nacional como a la renuente CGT de Vandor a coordinar un paro general de 24 horas para el 30 de mayo 1969. En Córdoba, los sindicatos negociaron para iniciarlo el 29 y extender la protesta local a un paro activo 48 horas para el 29 y 30 de mayo 1969.

Decidido el paro de 48 horas, los líderes sindicales se reunieron el 28 de mayo 1969 en la sede central de Luz y Fuerza, junto con los dirigentes de las principales organizaciones estudiantiles, a fin de coordinar la protesta. Como un gesto de apoyo, la CGTA envió a Ongaro a Córdoba para participar en los acontecimientos. Ongaro fue detenido a su llegada a Córdoba en la mañana del 27 de mayo 1969. Su arresto probablemente facilitó la coordinación de la protesta y aumentó la cooperación entre los sindicatos, contribuyendo a hacer de aquella un asunto estrictamente cordobés sin implicaciones partidistas. En la reunión del 28, Tosco, Torres, Miguel Ángel Correa (madereros, secretario de la CGTA), López, Alfredo Martini (principal lugarteniente de Simó en la UOM local) y varios representantes estudiantiles acordaron marchar al día siguiente en columnas separadas: una desde Santa Isabel, en la que se agruparían los trabajadores de SMATA que subirían por Vélez Sarsfield hasta la plaza, y la otra dirigida por los trabajadores de Luz y Fuerza desde las oficinas de la EPEC, que marcharía por la Avenida Colón. Debían encontrarse alrededor del mediodía frente a la sede central de la CGT y organizar allí una concentración. A los 4 principales sindicatos participantes en la protesta —Luz y Fuerza, el SMATA, la UOM y la UTA— se les asignaron sectores separados de la ciudad, donde cada uno debería coordinar la resistencia en caso de que la policía disolviera la manifestación.

En la mañana del 29 de mayo 1969, Elpidio Torres y sus

colaboradores del SMATA abandonaron la sede del centro y se dirigieron a las puertas de la fábrica de IKA-Renault. Fuera de las puertas de la fábrica, Torres pronunció un breve discurso. A eso de las once de la mañana, y seguido por cerca de 4.000 trabajadores del SMATA, se encaminó a la sede central de la CGT en Vélez Sarsfield.

En las fábricas de Fiat, cuyos representantes sindicales controlados por la empresa no habían sido incluidos en la planificación de la huelga, corrió no obstante la voz de la manifestación en el centro, y unos pocos trabajadores abandonaron las plantas para marchar desde Ferreyra. Gregorio Flores se contaba entre quienes estaban dispuestos a arriesgar una suspensión, y tal vez hasta el despido, para dejar sus puestos de trabajo y marchar por la ruta 9 hasta la ciudad. Los capataces militares de las fábricas de IAME, por su lado, impidieron allí cualquier abandono de la planta. Los trabajadores de otros sindicatos que habitualmente eran pasivos también se movilizaron. La consigna era: “luche, luche, luche, y no deje de luchar, por un gobierno obrero, obrero y popular”.

Como resultado de la presencia policial en la plaza Vélez Sarsfield, algunos trabajadores se desplegaron por las barriadas adyacentes: Barrio Nueva Córdoba, área estudiantil al este, y Barrio Güemes, zona obrera al oeste. Cuando el grueso de la columna bajó por Vélez Sarsfield hacia el Boulevard San Juan, la policía abrió fuego, matando a un trabajador, Máximo Mena, e hiriendo a muchos otros. Después del pánico inicial, por las filas de los miles de manifestantes que permanecían en Vélez Sarsfield se difundió una ola de indignación y resolución. A la vista de esos millares de trabajadores ahora encolerizados y amenazantes que marchaban resueltamente hacia ella, al principio la policía vaciló y comenzó a retirarse, luego huyó en desbandada. Desde ese momento, la protesta perdió su organización y se transformó en una rebelión espontánea. Los trabajadores que habían atravesado los barrios adyacentes volvieron a unirse al resto de la columna y comenzaron a erigir barricadas y encender hogueras en Vélez Sarsfield y las calles de los alrededores. A los trabajadores del SMATA pronto se les unieron los residentes del centro, que habían observado el enfrentamiento desde sus ventanas y balcones y compartían ahora la expresión de indignación colectiva no sólo contra la acción policial sino también contra tres años de intimidación y régimen autoritario.

Mientras tanto, unidades policiales habían impedido que la columna obrero-estudiantil de Tosco avanzara hacia la sede de la CGT, por lo que ésta intentaba llegar a Vélez Sarsfield por una calle paralela, La Cañada. Encabezada por los trabajadores de Luz y Fuerza, esta columna también incluía contingentes de sindicatos legalistas como la UTA y los estatales de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y había sido atacada por la policía con gas lacrimógeno junto a las oficinas de la EPEC, donde se habían congregado para la marcha. A la furia de los afiliados del SMATA se sumó la ira de estos trabajadores a medida que se abrían paso hacia Vélez Sarsfield. Al alcanzar allí a los trabajadores mecánicos, la columna de Tosco se confundió en la protesta general. Algunos permanecieron en Vélez Sarsfield mientras otros se dirigían a los barrios de los alrededores de las

sedes centrales del SMATA y Luz y Fuerza para iniciar otro foco de resistencia. Por doquier, a medida que corría la voz sobre el ataque policial, la protesta se convertía en una rebelión que abarcaba toda la ciudad. Hacia la una de la tarde, se levantaban barricadas y hogueras en un área que cubría unas 150 cuadras, desde los barrios Alberdi y Clínicas al oeste hasta la Avenida Vélez Sarsfield al este, y desde las barriadas a orillas del río Primero en el norte hasta Nueva Córdoba y Güemes en el sur. En los barrios al este de Vélez Sarsfield, bandas errantes de trabajadores y estudiantes incendiaban autos y se movían a voluntad mientras la policía se retiraba hacia el cabildo y la Plaza San Martín, confusa con respecto a las medidas a tomar a continuación.

En la Avenida Colón, la principal calle comercial de la ciudad, los manifestantes habían incendiado las oficinas de Xerox Corporation, un concesionario Citroën y otros negocios. La destrucción de locales de empresas extranjeras como Xerox y Citroën no era accidental. Una de las características distintivas de la destrucción que rodeó al Cordobazo fueron la baja incidencia del pillaje y la preferencia por blancos con simbolismo político. Si bien hubo saqueos y cierta violencia gratuita, el carácter de la destrucción tuvo un fin político más determinado que la violencia del Bogotazo del 9 de abril de 1948. Los manifestantes también incendiaron el club de suboficiales en las calles San Luis y La Cañada.

La dirigencia de la UOM se retiró a su sede central en la más segura zona este de la ciudad y dejó de participar por completo del levantamiento. Torres había estado en su sede sindical desde las primeras horas de la tarde y pasado de la euforia al abatimiento. Desde el comienzo de los incendios en la Avenida Colón se había hundido en un sombrío malhumor y cortado temporariamente las comunicaciones con Tosco, apartándose durante un periodo de varias horas de la participación directa en el levantamiento.

Hacia el anochecer, la protesta comenzó a asumir un carácter diferente, a medida que la iniciativa pasaba de los trabajadores a los estudiantes. Los dos barrios estudiantiles, Clínicas y Alberdi, se convirtieron en los centros de la resistencia, si bien otros grupos y clases participaban allí, en especial obreros. El Barrio Clínicas, en especial, atraía a manifestantes de toda la ciudad en un número que Tosco estimó posteriormente en 50.000 personas, y parecía inevitable un enfrentamiento sangriento con el ejército, que se preparaba para intervenir. En esos momentos, los francotiradores habían tomado posiciones en los techos de los edificios del lugar y empezaban a llegar reservas de armas, de las que se rumoreaba eran la precipitada contribución de varias organizaciones izquierdistas clandestinas, a las que al principio la protesta había pescado desprevenidas.

La intervención del ejército

Las primeras tropas llegaron a los límites del Barrio Alberdi poco antes de las cinco. Hacia las seis, se habían trasladado a la zona de barricadas de la Avenida Colón, y contestaron al fuego de los francotiradores de los techos con disparos de ametralladoras. A pesar de la fuerte resistencia, las tropas avanzaban con firmeza, tomando las calles una a una. Los francotiradores,

armados principalmente con pistolas de bajo calibre, rifles de caza y cócteles molotov, eran superados en potencia de fuego, y a medida que el ejército subía hacia el este por las paralelas Avenida Colón y Santa Rosa, algunos manifestantes buscaron refugio en las pensiones y casas particulares del barrio, mientras la mayoría abandonó la zona y se unió a los miles que ocupaban las barricadas y encendían hogueras en el Barrio Clínicas. Como había bolsones de resistencia en otras zonas de la ciudad, se enviaron tropas a otros barrios además del Clínicas. En barrios como San Martín y Nueva Córdoba, estudiantes y vecinos construyeron barricadas, y hubo intercambio de disparos entre los manifestantes y el ejército en varios puntos a lo largo de Córdoba.

Pero se trataba de cuestiones menores, acciones de diversión de los más importantes acontecimientos que tenían lugar en el Barrio Clínicas. En el Barrio Clínicas, las tropas del ejército entraron en busca de estudiantes, condición que por sí sola implicaba ahora culpabilidad e invitaba a las represalias. No obstante, por el momento la iniciativa había vuelto a manos de la resistencia. Durante las dos horas siguientes los manifestantes pudieron moverse con relativa libertad, provocando más incendios —incluyendo un intento fallido de quemar el Banco de la Nación— mientras el ejército quedaba paralizado y sin comunicaciones.

La energía se restableció a eso de la una de la mañana, y el ejército reanudó su asalto, haciendo docenas de detenciones a lo largo de la noche e infligiendo graves pérdidas a los francotiradores. El Barrio Alberdi y especialmente el Clínicas siguieron siendo los centros de la resistencia durante la noche, aunque los barrios al norte y al sur de la disputada zona céntrica se convirtieron en nuevas áreas de disturbios cuando el levantamiento se trasladó aparentemente a la periferia de la ciudad, donde la presencia militar era débil. Al amanecer, Córdoba era una ciudad ocupada. Si bien podían oírse disparos esporádicos por doquier y los francotiradores del Barrio Clínicas seguían ofreciendo resistencia, el ejército había apostado tropas en puntos estratégicos a lo largo y lo ancho de la ciudad y se movía en tanques pesados. Cuando la infantería se movilizó para el asalto final al Barrio Clínicas, centro estratégico de la rebelión, las marchas de protesta previamente planificadas para la huelga general de ese día atrajeron el apoyo de gran parte del pueblo y obstruyeron las calles céntricas, obligando a los jefes militares a posponer su ataque.

En las sedes del SMATA y Luz y Fuerza, los dirigentes sindicales, principales organizadores obreros del Cordobazo —algunos asombrados y otros consternados por lo que había generado su protesta—, planificaban el paso siguiente. Tosco y los trabajadores de Luz y Fuerza que aún se encontraban en el centro de la ciudad estaban, en general, en favor de continuar la resistencia. Torres simplemente esperaba que ésta terminara, convencido de que había sellado su propio destino —la pérdida del sindicato, tal vez incluso una larga sentencia de prisión— y de que no tenía más posibilidades de éxito. Sin embargo, ni Tosco ni Torres se vieron obligados a tomar la decisión final de resistir o rendirse. Las tropas del ejército entraron en ambos edificios sindicales en las primeras horas de la mañana y detuvieron a

todos los dirigentes presentes. Esposados, Tosco y Torres fueron conducidos a la comisaría central de la policía en la Plaza San Martín. Al día siguiente, mientras se lo trasladaba en un avión de la fuerza aérea a la penitenciaría federal de La Pampa, Torres se enteraría de que sus peores temores se habían cumplido: un tribunal militar lo había condenado apresuradamente a cuatro años y ocho meses de cárcel. Sobre Tosco había recaído una sentencia de ocho años y tres meses, y otros dirigentes de Luz y Fuerza, como Felipe Alberti y Tomás Di Toffino, también recibieron duras condenas de varios años.

Después de los arrestos de Tosco y Torres, lo que quedaba de la participación obrera en el Cordobazo disminuyó. La resistencia se limitaba ahora al Barrio Clínicas, pero incluso allí estaba muy debilitada. Alrededor de las seis de la tarde del 30 de mayo, el ejército lanzó su ofensiva final sobre el barrio y una hora después lo había ocupado completamente. Se informó de nuevos disturbios en las barriadas obreras del norte de la ciudad, en especial en General Bustos y Yofre, y en el Barrio Talleres los trabajadores ferroviarios incendiaron los talleres de reparación del Ferrocarril General Belgrano. Pero se trataba de protestas aisladas y desorganizadas, los últimos remezones del terremoto que había tenido su epicentro en el Barrio Clínicas. Los dirigentes sindicales que seguían en libertad eran Alejo Simó y Correa de la CGTA y Miguel Godoy de la rival CGT vanderista.

Al anochecer del 30 de mayo de 1969, el Cordobazo había terminado. Los dos días previos habían dejado una cifra oficial de doce muertos, pero la real era indudablemente mucho más alta —tal vez de sesenta—. Había también cientos de heridos, al menos noventa de ellos de gravedad, y más de un millar de personas habían sido detenidas.

Desde el momento en que fue asesinado Máximo Mena, el obrero de IKA-Renault, el Cordobazo no había seguido ningún plan. Algunos aspectos del levantamiento habían sido decididos de antemano. La decisión de provocar un apagón en la ciudad fue tomada por los trabajadores de Luz y Fuerza independientemente de los otros sindicatos, como un plan contingente en caso de que hubiera una dura represión de las fuerzas de seguridad. Luego de la retirada de la policía, la dispersión por los barrios y la erección de barricadas se produjo de acuerdo con las zonas asignadas a las diversas organizaciones sindicales y estudiantiles. Pero el carácter del Cordobazo fue más improvisado que intencional. Las organizaciones obreras y estudiantiles que habían planeado la demostración del 29 de mayo 1969 no pudieron controlar los sucesos que se produjeron cuando gran parte de la población de la ciudad se volcó a las calles, algunos como espectadores intrigados u horrorizados, pero muchos como participantes activos en la protesta. El Cordobazo se había convertido en una rebelión popular, un repudio colectivo al régimen de Onganía.

La clase obrera había sido el principal protagonista del levantamiento, pero los intentos de los sindicatos y en especial de Tosco por establecer algún tipo de disciplina y organización a lo largo del 29 de mayo 1969 habían fracasado. Las detenciones de Tosco, Torres y los otros dirigentes sindicales en la mañana del 30 arruinaron toda posibilidad de preparar una resistencia obrera más coordinada y sellaron la suerte del levantamiento. Lo que

había provocado el éxito inicial del Cordobazo —una explosión espontánea de furia popular que rápidamente trascendió su marco organizativo y era tan descentralizada que las tácticas policiales clásicas no podían suprimirla— se había convertido en una desventaja una vez que el ejército entró en escena. Para evitar la ocupación de la ciudad, los manifestantes habrían necesitado una coordinación organizativa y táctica y la aptitud y voluntad de resistir con armas propias, cosas de las que carecían. La tardía intervención de los francotiradores, que eran independientes de los trabajadores y que nunca entraron verdaderamente en contacto con ellos, había sido un pobre sustituto de la resistencia organizada de la clase obrera.

A pesar del carácter masivo de la participación de la clase obrera cordobesa en la revuelta, la mitad de los trabajadores de los sectores dinámicos sólo desempeñaron un papel mínimo en los acontecimientos del 29 y 30 de mayo. Los trabajadores de Fiat, aún bajo el estrecho control de sus sindicatos de planta, estuvieron notablemente ausentes de la protesta. Si bien un pequeño grupo de ellos dejó las plantas la mañana del 29, la abrumadora mayoría permaneció en sus puestos y regresó a sus casas luego del trabajo. El testimonio de Carlos Masera, futuro presidente del clasista Sindicato de Trabajadores de Concord, perteneciente a Fiat, que se enteró de la conflagración en el centro de la ciudad a última hora del 29 mientras estaba en su casa y nunca se unió a la protesta, es representativo de los relatos de otros trabajadores de Fiat. El papel de los obreros del complejo IAME, administrado por los militares, fue igualmente mínimo. Casi todos los demás sindicatos estaban en las calles. No había en Córdoba un lumpenproletariado creciente; no existía un barril de pólvora de miseria listo para explotar. Los habitantes de las villas miseria de las afueras, una población relativamente pequeña en la Córdoba de esos años, no tuvieron una participación significativa en la protesta.

El Cordobazo del 29 y 30 de mayo de 1969 fue la chispa que dio origen a los casi seis años de militancia sindical que siguieron, hasta el Navarrazo del 27 de febrero de 1974.

La crisis de las filas vandoristas como consecuencia del Cordobazo.

Casi inmediatamente, el Cordobazo tuvo el efecto de trastornar las alianzas sindicales establecidas en la ciudad. El cambio más importante fue el renacimiento de los sindicatos legalistas. La UTA, la ATE (trabajadores estatales) y otros gremios peronistas que habían vivido a la sombra de Vandor desde principios de la década recuperaron su independencia y descubrieron un líder en Atilio López, de la UTA. En los años siguientes, Atilio López y los legalistas acercaban su alianza a las posiciones de la izquierda peronista y modificarían sus prioridades tácticas, pasando de la asociación con los dirigentes del movimiento obrero peronista de Buenos Aires a una estrategia más local, privilegiando a los independientes de Tosco y, en menor medida, a los sindicatos clasistas. Estos movimientos harían realidad un temor de larga data de los vandoristas e inclinarían el equilibrio de fuerzas en favor de los sindicatos no peronistas de la segunda ciudad

industrial del país, lo que contribuye a explicar los esfuerzos especiales desplegados por el gobierno peronista de 1973 a 1976 para disciplinar a los gremios peronistas locales y romper el movimiento obrero cordobés.

Golpeado vigorosamente por los sindicatos cordobeses, Vandor estaba una vez más a la defensiva. El levantamiento había demostrado que, al menos en Córdoba, la iniciativa la tenían otras corrientes del movimiento obrero y que Vandor y los caciques porteños no tenían el monopolio de la capacidad de movilizar a grandes sectores de la clase. Un levantamiento similar en Rosario, aunque de escala mucho menor, una semana después del Cordobazo, indicó que el interior permanecía aún indómito y que la alianza de la CGTA seguía viva. El propio prestigio de Ongaro había quedado restaurado por su bien publicitado viaje a Córdoba y su detención allí el 27 de mayo, que se consideraba un gesto decisivo de solidaridad, en contraste con las tácticas dilatorias y el matonismo de Vandor. Sindicatos como los de telefónicos, trabajadores del calzado y estatales que habían abandonado a Ongaro regresaron al redil de la CGTA en las semanas posteriores al Cordobazo, y el movimiento obrero alternativo recibió una andanada final de apoyo. A principios de junio 1969, liberado su secretario general de la cárcel, la CGTA emprendió una nueva campaña de resistencia. Ongaro recibió su más fuerte respaldo de Córdoba, donde las protestas obreras seguían sin disminuir. El 17 y 18 de junio 1969 se realizaron en Córdoba paros generales para exigir la liberación de todos los presos políticos.

A lo largo de todo el mes de junio 1969 surgieron tensiones, dado que estaba en preparación una huelga general para el 1° de julio, apoyada por Ongaro pero rechazada por Vandor. El 30 de junio 1969, Vandor fue baleado en la sede de la UOM en Avellaneda. El asesinato de Vandor brindó al gobierno el pretexto exacto que necesitaba para eliminar a la CGTA. El día del asesinato el gobierno declaró el estado de sitio (que no sería levantado hasta marzo de 1973), tomó el control de varios de los principales sindicatos afiliados a la CGTA y encarceló a gran parte de la dirigencia de ésta. La huelga general del 1° de julio 1969 se realizó según lo planificado, pero durante el resto del año la inflexible represión mantuvo al movimiento obrero a la defensiva y redujo sus oportunidades de capitalización inmediata del Cordobazo y de construcción de una oposición obrera efectiva a la dictadura. Córdoba fue el único lugar donde la resistencia sindical no se quebró.

Dentro de las fuerzas armadas, el Cordobazo puso en marcha un proceso de disenso y oposición contra el régimen, provocando un debilitamiento fatal de la dictadura que culminaría en la destitución de Onganía en junio del año siguiente (1970).

En términos del movimiento obrero, el Cordobazo también abrió posibilidades que antes no existían. Uno de los cambios más significativos tuvo lugar en Ferreyra, donde años de colusión sindical con la empresa Fiat y una ignominiosa pasividad durante el Cordobazo habían hecho a los trabajadores particularmente susceptibles a las influencias que había desatado el levantamiento de mayo. Los sindicatos amarillos de los trabajadores de Fiat, los sindicatos de planta SITRAC y SITRAM, serían el corazón del clasismo.

El clasismo de Sitrac-Sitram (23 marzo 1970-26 octubre 1971) y el Viborazo (15 marzo 1971)

Los sindicatos por fábrica de Fiat

Fue después del fracaso de la huelga de 1959 que tomó más cuerpo la idea de construir sindicatos por fábrica en Fiat, una propuesta impulsada por obreros enrolados en el social-cristianismo, con fuertes vínculos con la Democracia Cristiana. Esta corriente sindical, que respondía a la CLAT (Central Latinoamericana de Trabajadores), en Argentina se agrupaba bajo la sigla ASA (Acción Sindical Argentina). Así nacieron SiTraC (Sindicato Trabajadores Concord), SiTraM (Sindicato Trabajadores Materfer), Sitrafic (Sindicato Trabajadores Fiat Caseros) y SitraGMD (Sindicato Trabajadores de Grandes Motores Diesel). Esta tendencia sindical cristiana no sólo contribuyó grandemente al divisionismo dentro de fábrica sino que además brindó a la empresa la posibilidad de contar con direcciones fácilmente domesticables, ya que una sola patronal tenía a todo su personal dividido en cuatro sindicatos distintos. En Fiat Caseros, en Materfer y GMD lograron desde el comienzo la personería jurídica, no así en Concord (Sitrac), donde desde un principio estaba la UOM y en consecuencia había que desplazar al sindicato existente para que se lo reconociera a Sitrac. Esto sucedió en el año 1965 cuando el gobierno radical del Dr. Illia, a través del Ministerio de Trabajo, le otorgó la personería, para fracturar el movimiento obrero.

Los despidos de 1960: la primera limpieza

En el año 1960 Fiat adujo que el mercado de tractores estaba saturado y por lo tanto, al haberse restringido las ventas de éstos, en Concord se hacía indispensable reducir el plantel de obreros en alrededor de 200 operarios. La patronal aprovechó esta oportunidad para liquidar a los mejores delegados y activistas.

El fracaso de la huelga de 1962

Recién en el año 1962 se produce un conflicto en la planta de Concord a raíz del despido del obrero Nardini. Esta vez sí Sitrac llamó a asamblea y en ésta se decidió el paro total dentro de la planta, pidiendo la reincorporación de Nardini como única exigencia. La huelga de 1962 terminó en un fracaso y la patronal aprovechó para realizar una segunda limpieza de activistas. Toda la Comisión Interna y los mejores delegados quedaron en la calle y, peor aún, aquellos delegados que persuadieron a la gente para que concurriera a trabajar —es decir, que actuaron como rompuhuelgas— fueron nombrados por el sindicato como Comisión Interna. Después del conflicto, el sindicato pidió autorización a los obreros para iniciarle un juicio a la empresa por el pago de los días de huelga. El juicio se perdió y en consecuencia los trabajadores tuvieron que pagar los costos del mismo. Si a la huelga de 1959 y a los despidos de 1960 le agregamos este desastre de 1962, es fácil comprender por qué la desafiliación de Sitrac se hizo masiva. Como consecuencia, los salarios de Fiat eran más bajos que los de IKA y los ritmos de producción más brutales.

El gobierno de Illia y el otorgamiento de la personería gremial a SiTraC

Fiat reequipó su planta de Concord (la antigua fábrica de tractores Pampa de IAME) para convertirla a la producción de autos y camiones. En ella habían ingresado muchos operarios que provenían de IKA y que traían una interesante experiencia sindical. El activismo de esta planta venía trabajando hacia tiempo para conseguir las afiliaciones que les posibilitara ingresar al sindicato del SMATA. En el año 1963 accede al gobierno Illia, con el peronismo proscripto. La patronal, sabedora de esta iniciativa de los obreros, tocó sus influencias en el gobierno radical para que, otorgándole la personería al Sitrac, se abortara esta idea correcta de ingresar en el sindicato mecánico. De esta manera, la gente de Concord quedó dividida en dos. Los de la planta A y B, que era el personal más antiguo, que había vivido las frustraciones con la UOM y que en general aceptaba al Sitrac, aunque con cierto recelo, y los de la planta C de automóviles, en su mayoría con poca antigüedad, mayoritariamente partidaria del SMATA.

Una vez otorgada la personería al Sitrac, en Concord se hizo cargo del sindicato una comisión provisoria entre los que se contaban algunos militantes cristianos y otros radicales. Entre los más conocidos estaba Villarreal, como Secretario general; Cornejo como Adjunto y otros menos conocidos.

Se realizó una asamblea en el sindicato de empleados de comercio donde asistió Elpidio Torres -Secretario General del SMATA- y prometió todo el apoyo para que los obreros de Fiat ingresaran a la brevedad al sindicato mecánico. Esta propuesta fue refrendada por la asamblea; posteriormente, se realizó una nueva asamblea en donde el asesor gremial del Sitrac, Ceballos (de la democracia cristiana), propuso que, dado que estaban en las proximidades de la discusión del convenio, lo mejor era elegir un poderoso cuerpo de delegados del Sitrac, una Comisión Paritaria, y una vez firmado el convenio realizar un plebiscito en la puerta

La intervención de los matones de la UOM contra SMATA

El anteproyecto de convenio fue aprobado en asamblea y presentado en el Departamento de Trabajo, el cual convocó a las partes para comenzar la discusión; por esos días concurrió a la oficina de personal el Secretario Adjunto de la UOM Nacional, Del Valle Aguirre, y de común acuerdo con el jefe de personal, Sr. Tortonesse, ingresaron a la fábrica 70 matones de la UOM, que llegaron a Concord disfrazados de operarios, enviados por Vandor en un acuerdo con Oberdan Sallustro, el Director General de Fiat en Argentina. Cuando el Departamento de Trabajo convocó a las partes para comenzar la discusión del convenio, la gente de Vandor se hizo presente, diciendo que ellos, como miembros de la UOM, eran los encargados de discutir el convenio, puesto que la personería otorgada al Sitrac había sido apelada por la UOM y, mientras la cámara no resolviera lo contrario, ellos eran los representantes legales de los trabajadores.

El Departamento de Trabajo se negó a definir quién era tenía la personería gremial. Ante este impasse, el abogado de Fiat, Dr. Febre Lanza, dejó sentado en acta que, existiendo un conflicto gremial entre dos sectores, se retiraba hasta que se solucionara el diferendo. El sindicato tuvo que elevar un nuevo recurso para que el Ministerio de Trabajo ratificara o rectificara la personería de Sitrac.

La huelga de 1965: Tercera limpieza

Solucionado el problema en favor de Sitrac, comenzó la discusión del convenio, pero después de muchas idasy venidas, se rompieron las tratativas y comenzó el conflicto. Se inició con un paro de dos horas por turno que se hacían sorpresivos a los efectos de causarle el mayor trastorno a la empresa; después se paraba cuatro horas; a veces paraban algunas secciones mientras el resto trabajaba, combinando de tal forma que cuando estaba trabajando montaje estuviese parado almacenes y el transporte que proveía los materiales, para que de esta forma, perdiendo la menor cantidad de horas de trabajo, se afectara en mayor proporción a la producción. Esta situación duró alrededor de dos semanas, luego de las cuales la empresa pasó a la ofensiva y firmó el convenio con el sindicato amarillo de Materfer y posteriormente el mismo convenio con el de Sitrafic de Buenos Aires. Luego sacó un comunicado a todo el personal diciendo que habiéndose logrado un acuerdo con dos sindicatos de otras plantas, la empresa no podía hacer diferencia entre su personal, por tal razón instaba a todo el personal de Concord para que depusiera la medida de fuerza que afectaba a la producción.

Esta misma artimaña Fiat la usó en otras oportunidades para romper un conflicto. Teniendo a su personal dividido en varios sindicatos, cada vez que había que firmar el convenio, Fiat lograba que una de las plantas firmara el convenio por ella propuesta, y después todas las demás tenían que aceptar el mismo aumento y las mismas mejoras.

La propuesta de la empresa, que había sido aceptada por Materfer y Sitrafic de Buenos Aires, fue rechazado por el Sitrac, fundamentalmente porque el aumento salarial se hacía por el término de dos años, mientras que los obreros de Concord pedían que la escala salarial fuese revisada cada cuatro meses, de acuerdo con el aumento en el costo de vida. Ante la total negativa de la empresa en modificar lo que ya había acordado con los otros sindicatos, se continuó con las medidas de fuerza dentro de la planta.

En la tercera semana de lucha, el último día laboral, al salir el tercer turno Fiat cerró las puertas, declarando el lock out y enviando telegramas de despido con causa justificada a la mitad del personal, para de esta forma crear un enfrentamiento entre los que no estaban despedidos, y por lo tanto tenían que concurrir al trabajo, y quienes sí lo estaban.

El 23 de julio de 1965 se planea tomar la fábrica. Los obreros estaban reunidos en la ruta 9, en las inmediaciones de la fábrica, mientras que la policía de la caballería estaba frente a ésta custodiando las instalaciones. De pronto el personal que comienza a saltar las rejas para ocupar la fábrica, tomando

desprevenida a la policía que en un comienzo no reacciona. Ante la confusión, alrededor de 60 compañeros logran entrar a la fábrica, mientras la policía comienza la represión contra los obreros; dentro de la planta los guardias de la empresa, en su mayoría militares retirados, reprimen a balazos con pistolas 45. Un obrero, Miguel Ángel Bustos, recibe un balazo en la rodilla, que quedó inutilizada. Conducido al sanatorio Allende, donde los obreros se asistían por la obra social, les manifiestan que Fiat ha dado órdenes estrictas de que no se atiende a ningún obrero de la empresa, de modo que se niegan a internarlo si previamente alguien responsable no se hace cargo de los gastos. A partir de este frustrado intento de tomar la fábrica, el conflicto entró en una declinación incontrolable.

La derrota de la huelga de 1965

Posteriormente se realizó una reunión en el Departamento de Trabajo a la cual concurrieron los delegados paritarios, la comisión directiva y el abogado del sindicato. Allí se llegó a un acuerdo, por el cual la empresa se comprometía a continuar con la discusión del convenio y procedía a despedir 125 personas discriminado de la siguiente manera: 50% de la comisión directiva, 50% del cuerpo de delegados y 50% de los paritarios, completando hasta lograr los 125 despidos con operarios elegidos por la empresa. Esta se comprometía a indemnizar con el 100% de los jornales a todos los despedidos.

Así culminó la huelga de 1965, después de 27 días de lucha, que dejó para los trabajadores de Concord una nueva frustración, con el agravante de que ahora además de la derrota quedó la imagen en el conjunto de la gente de que los dirigentes, paritarios y delegados se habían vendido para con seguir el pago de la indemnización.

Los vanderistas, ahora ya fuera de la fábrica, aprovecharon la derrota para montar una campaña de denuncia contra los que supuestamente se habían vendido y utilizaron el descontento de la gente para reconquistar el Sitrac para la UOM. Con el despido del 50 % de la comisión directiva del sindicato, éste quedó prácticamente acéfalo y por lo tanto hubo que llamar a elecciones para elegir una nueva comisión directiva. La gente de Vandor, capitaneados por Norberto Imbelloni, Mena y Alfredo Montealegre, llamó a una reunión en la CGT para proponer a los despedidos que quisieran ser reincorporados viajar a Buenos Aires, con todos los gastos pagos para entrevistarse con Sallustro junto con Vandor, y pedir la reincorporación. Juárez, Negrini y el "Batata" Arguello viajaron a Buenos Aires. Después de entrevistarse con Sallustro ingresaron a la fábrica, y al día siguiente integraban la lista como candidatos a la dirección del sindicato, ganando las elecciones con todo el apoyo del aparato vanderista. Desde entonces y hasta 1970 el vanderismo dirigió el sindicato; una dirección amarilla que aceptó sin chistar bajos salarios y "despidos hormiga". La patronal controló a su antojo por casi cinco años a "la gran familia Fiat".

La empresa cambió el jefe de personal y para ocupar ese lugar trajo a Luis Echave, un ex secretario general de la Unión Ferroviaria, que ahora no encontró ninguna contradicción



Vieja terminal de omnibus. Los trabajadores hacen retroceder a la policía.

en colocarse como jefe de personal. Con Jorge Lozano como secretario general del Sitrac, Luis Echave no tuvo ninguna dificultad para dirigir esta vez los dos sindicatos por fábrica, Sitrac y Sitram (los trabajadores de GMD se afiliaron al SMATA el 15 de septiembre de 1966, cuando el gobierno reconoció finalmente su jurisdicción sobre la planta de Fiat).

Una de las primeras medidas que tomó el jefe de personal fue otorgarle al sindicato un local que funcionaba nada más ni nada menos que al lado de la oficina del jefe de personal. De este modo, todos los integrantes de la dirección del sindicato ingresaban directamente a la oficina y recién a eso de las 10 o las 11 se daban una vuelta por la planta para recibir los reclamos de los trabajadores. De más está decir que a los sindicalistas y también a los delegados colaboracionistas se les toleraban las llegadas tarde como así también las faltas. La fábrica les pagaba los jornales a toda la comisión directiva y ninguno de ellos trabajaba ni un minuto. En esa época la Caja Nacional de Ahorro otorgaba préstamos a los obreros con sólo presentar un certificado de trabajo y tener cierta antigüedad. Echave hizo todos los trámites para que los obreros gestionaran esos préstamos a través del sindicato y de esa forma dio a sus sindicalistas un medio para que muchos trabajadores con necesidad de dinero se acercaran al sindicato.

Hubo dos hechos que fueron observados por el conjunto de los trabajadores como una verdadera complicidad de los dirigentes con la patronal y que sentaron las bases para lo que después sería su expulsión definitiva y el surgimiento del clasismo.

En la planta de Forja los obreros decidieron, sin consultar a Sitrac, declararse en huelga pidiendo aumento de salario. Al hacerse presente el sindicato, los obreros no se opusieron a que participe en las tratativas, pero en asamblea eligen tres compañeros que los representen, mostrando que no tenían confianza en sus dirigentes. Los dirigentes de Sitrac, lejos de solidarizarse con este conflicto, permitieron que en las otras plantas se siguieran trabajando normalmente.

En otra oportunidad, en GMD fueron despedidos 5 obreros, pero el sindicato ni siquiera se ocupó de comunicar lo que estaba pasando a otros obreros de Fiat. Estos hechos no pasaron

desapercibidos para los trabajadores, y fueron motivo de fuertes comentarios contra la dirección del sindicato. Estos dos hechos como muchos otros fueron creando una conciencia generalizada de que había que terminar con el sindicato patronal; faltaba la chispa para que se produjera el incendio, que por fin se dio el 23 de marzo de 1970.

La caída de Illia y el gobierno de Onganía (28 junio 1966)

En Córdoba, en un choque con la policía el 7 de septiembre de 1966, es asesinado el obrero y estudiante Santiago Pampillón. Su doble condición de ser obrero de SMATA y estudiante liga la lucha del movimiento estudiantil con el movimiento obrero, que paraliza una hora sus tareas en repudio a la represión que soportan los estudiantes cordobeses.

En 1967 la dictadura cierra una serie de ingenios azucareros y en la resistencia que ofrecen los obreros tucumanos cae asesinada Hilda Guerrero de Molina (m. el 12 de enero de 1967 en Bella Vista, Tucumán), que junto con Pampillón se constituyen en las víctimas de la dictadura y los primeros mártires populares.

Pero los mayores enfrentamientos con el gobierno militar de Onganía en el movimiento obrero comienzan en 1968 donde, además de la huelga petrolera, se producen la de Peugeot, Citroën, Goodyear, Textil de Modecraft. El 28 de marzo de 1968 se reúne el congreso normalizador Amado Olmos para elegir la conducción de la CGT y ésta queda fracturada en dos. La de Azopardo, que capitanea Augusto Timoteo Vandor, y la de los Argentinos, liderada por Raimundo Ongaro. En esta última se nuclean los gremios de izquierda e independientes, y en Córdoba fundamentalmente. Agustín Tosco lidera esta fracción que a los ojos del activismo aparece como la más combativa. En ese mismo año los petroleros de Ensenada realizan una prolongada huelga que es la primera resistencia de masas contra la dictadura militar.

El descontento crece a pasos agigantados como respuesta a la política pro imperialista de Krieger Vasena, que otorga luz verde



Barricada Rivera Indarte.

El Cordobazo (29 mayo 1969)

Como consecuencia de los acuerdos con el FMI se suprimieron las paritarias y se aplicó el congelamiento de los salarios, como así también una drástica reducción de la inversión en las obras públicas. El 13 de mayo 1969 un decreto de la dictadura suprimió la conquista del sábado inglés, que en Córdoba consistía en trabajar 44 horas semanales cobrando 48 horas. En todos los lugares de trabajo el asunto del sábado inglés era tema obligado. Los obreros agrupados en el SMATA se reúnen en Asamblea en el Córdoba Sport para considerar la reimplantación del sábado inglés. Antes de finalizar la Asamblea la policía tira gases lacrimógenos dentro del recinto. Los obreros levantan las chapas del techo del tinglado y arrojan cuanto elemento contundente encuentran a su paso. En la calle se produce un enfrentamiento con la policía; se rompen vidrieras y se vuelcan coches.

Ese mismo 15 de mayo 1969, en Corrientes, una manifestación de estudiantes que protestan por el aumento del ticket del comedor, es violentamente reprimida y un estudiante, Juan José Cabral, recibe un balazo que le provoca la muerte. Un policía hace rodilla en tierra y apunta tranquilamente sobre el cuerpo del estudiante. No es una bala perdida la que se cobra la vida de Cabral sino la represión a cara descubierta.

En Rosario, el estudiantado se lanza a las calles en solidaridad con los estudiantes correntinos y otra vez la represión se lleva dos jóvenes vidas, la de Luis Norberto Blanco y Adolfo Ramón Bello. En Córdoba, los estudiantes repudian la represión y se reúnen en Asambleas. El Rector de la UNC, Rogelio Nores Martínez, cierra todos los claustros. El 19 de mayo 1969, desde la Iglesia del Pilar arrancada marcha del silencio en solidaridad con los estudiantes de Corrientes y Rosario. La policía carga contra los manifestantes y los disuelve con gases lacrimógenos y bastonazos.

El 16 de mayo 1969, hay un nuevo paro mecánico que esta vez coincide con uno de la UOM y de UTA. El 21 de mayo 1969, los estudiantes se concentran en las inmediaciones de la universidad y marchan en manifestación. La policía los reprime violentamente y una bomba de gas estalla en el rostro de Rosa Elba Canelo, que pierde la visión de un ojo. La represión sólo consigue enardecer más a los estudiantes que el día 23 de mayo 1969 se vuelven a enfrentar con la policía, pero esta vez ocupan el barrio Clínicas.

Ante el descontento generalizado de la población, las dos CGTs declaran un paro general para el día 30 de mayo 1969 a nivel nacional.

El 27 de mayo 1969, al llegar a Córdoba, Ongaro es detenido por la policía con el pretexto de que se quiere proteger su

integridad física. A raíz de la detención de Ongaro en Córdoba, con el acuerdo de las dos CGTs y a moción de Agustín Tosco, el plenario de gremios en Córdoba resuelve adelantar el paro en la provincia para el día 29 de mayo 1969, con abandono de fábrica a las 10 de la mañana y concentración frente a la CGT.

A la hora indicada para el abandono, éste se realiza masivamente aún en aquellas plantas como las de Fiat donde las direcciones pro-patronales sólo se limitaron a colocar un comunicado adhiriendo a las resoluciones de la CGT. El transporte está prácticamente paralizado, por lo que los obreros de Fiat se dirigen al Centro por medios propios. No ocurre lo mismo con los obreros del SMATA y Luz y Fuerza, que se dirigen encolumnados. Los enfrentamientos más duros son los que realizan con una columna de los obreros del SMATA que en un número de aproximadamente 3.500 a 4.000 tiene su primer choque antes de llegar a la plaza de las Américas, a la altura de la escuela Pizzurno. Los manifestantes se repliegan hacia los costados de la ruta, repeliendo la agresión con cuanto elemento contundente hallan a su paso. La policía no logra dispersarlos pues después de las corridas vuelven a agruparse y continúan la marcha. La noticia de la muerte del estudiante Octavio Castellano, posiblemente la primera víctima, como así también la del obrero mecánico Máximo Mena y de otros manifestantes, corre de barricada en barricada y por supuesto sirve como acicate para enardecer más a los huelguistas. Desde las 13 a las 17.30 horas la ciudad está en manos de los huelguistas. Los estudiantes se atrincheran en el tradicional y combativo barrio Clínicas y durante toda la noche del 29 y hasta las primeras horas del día 30 jaquean al Ejército. Las masas fueron mucho más lejos que lo que sus dirigentes se habían propuesto. La clase obrera ha sido la protagonista de esta insurrección popular y ha logrado arrastrar a los sectores medios.

La activa participación de la clase obrera en el Cordobazo posibilitó un significativo avance en la recuperación de los sindicatos de manos de la burocracia, como así también el surgimiento de una camada de delegados y activistas politizados que, aunque no todos se reivindicaban clasistas, tenían un denominador común: la idea de que el movimiento obrero debe organizarse independientemente del Estado y de los patrones y, además, la unidad en la lucha para expulsar a la burocracia sindical. Esta riquísima experiencia no quedó limitada en las fábricas de Córdoba sino que traspuso sus fronteras y se instaló en los cordones industriales de Villa Constitución y un poco más tarde llegó al conurbano bonaerense, donde se conformaron las coordinadoras de comisiones internas, cuerpos de delegados y activistas, entroncando con una profunda tendencia antiburocrática de base.

La recuperación de SiTraC (23 marzo 1970)

En diciembre 1969, la conducción del SITRAC había firmado un convenio colectivo preliminar con Fiat. Lo mismo que en el pasado, el nuevo convenio omitía mencionar aumentos salariales o proponer alguna reforma significativa para responder a los reclamos de los trabajadores, relacionados con las prácticas de producción y las condiciones laborales en las plantas de Concord. Cuando se conocieron los detalles del contrato —en el que el único logro era la conformidad de la empresa para proporcionar mensualmente un pan de jabón y un rollo de papel higiénico en los baños de la fábrica para cada trabajador—, se difundió por la planta el descontento, al constatarse que el sindicato no hacía ni siquiera un intento de disimular el hecho de que estaba a las órdenes de la empresa. Si bien la mayoría de los trabajadores estaban resignados a un nuevo convenio humillante, un pequeño número empezó a hablar de tratar de obtener el control del sindicato. En las elecciones gremiales de enero de 1970, uno de ellos, Santos Torres, se postuló como delegado y fue elegido por su línea de producción. Días después de la elección la compañía lo transfirió a otra sección de la fábrica, en un intento de impedir que asumiera las tareas de delegado. Cuando Torres asistió a la primera reunión del recientemente electo cuerpo de delegados, el comité ejecutivo ordenó su expulsión.

En una asamblea realizada el 23 de marzo 1970 como una mera formalidad para aprobar el convenio de diciembre, Santos Torres y su compañero de trabajo Rafael Clavero atacaron públicamente a la conducción del SITRAC y desataron las frustraciones contenidas de los trabajadores de Fiat. La mecha de la bomba prendió el “Gato” Saravia, que fue quien primero usó la palabra diciendo: “Compañeros, yo soy medio caballo para hablar, pero creo que estos cosas se tienen que ir a la mierda porque no sirven”. El secretario general del sindicato, Jorge Lozano, observó perplejo que trabajadores de cada uno de los tres turnos presentes en la asamblea exigían su renuncia y convocaban a nuevas elecciones. Lozano, uno de los muchos hombres antes pertenecientes a la UOM que habían encontrado un lugar en los sindicatos de la empresa Fiat, era odiado por ser el representante visible de los años de traiciones sindicales e intimidaciones empresariales. Junto con el comité ejecutivo del sindicato dejó la sede bajo una lluvia de insultos y amenazas. El resto de la reunión se convirtió en la primera de las grandes asambleas abiertas que tendrían lugar en el complejo Fiat durante los siguientes 18 meses. Después de la partida de Lozano, se restableció el orden y algunos trabajadores mocionaron que se rechazaran las recientes elecciones y el convenio colectivo. La asamblea duró toda la noche, y en ella se eligió una comisión directiva (comisión provisoria) para representar a los trabajadores hasta que pudieran realizarse nuevas elecciones. La comisión incluía a Santos Torres, Rafael Clavero y otros trabajadores como Carlos Masera, mecánico y ex obrero de IKA-Renault, que desempeñaría un papel dirigente en la rebelión de Fiat.

Según Carlos Masera: “La comisión provisoria fue gestada en una asamblea llamada por la comisión burocrática para avalar

la firma de un convenio que se había realizado a contrapelo de la voluntad de la gente. Cuando ellos vieron que se les iba de las manos la asamblea, levantaron los papeles y dijeron que se suspendía todo, pero yo tuve la feliz ocurrencia de proponerles a los compañeros que eligiéramos una nueva comisión. A eso me refutaron algunos compañeros que estaban allí cerca, especialmente un compañero Brizuela, que terminó siendo delegado de su línea y que tenía el estatuto en la mano, que eso no se podía hacer porque para elegir nueva directiva había que llamar a asamblea previamente aceptada por la Secretaría del Trabajo, y debía ser llamada para ese fin. A lo que se me ocurrió contestar que de todas maneras eligiéramos una comisión provisoria que haga los trámites legales, para luego hacer una asamblea donde se elijan los dirigentes que la mayoría quiera. Tal vez ese hecho me haya catapultado como cabeza principal del grupo, pero tengo que destacar que había compañeros tanto o más capaces que yo para dirigir el Sitrac en ese momento, como Bizzi, Flores, Páez y Jiménez.”

Al día siguiente de haber sido expulsada la comisión directiva, ésta convoca al cuerpo de delegados y plantea que éste le dé un mandato para homologar el convenio (el que la asamblea había rechazado) en el Ministerio de Trabajo. El cuerpo de delegados, con la oposición de los delegados Domingo Bizzi, Alfio Taverna y Carlos Monje, le da el mandato a la comisión directiva para que sea firmado el convenio. Cuando la noticia de que se había firmado el convenio fue conocida, las secciones comenzaron a parar. Se celebró una asamblea en Concord, en la cual se rechazó al convenio y se reconoció a la comisión provisoria. Al otro día, los dirigentes que habían sido repudiados en la asamblea sacan un nuevo volante donde explican que, por esta única vez, aprovechando una facultad que le otorga la ley, han homologado el convenio, luego invitan al personal a mantenerse unido señalando que los enfrentamientos entre trabajadores como el de la asamblea son propios del calor de la lucha, pero pasada ésta “todo se borra con la primera sonrisa”.

Entre el 24 de marzo y el 13 de mayo 1970, los trabajadores elegidos en la asamblea abierta concurrieron e hicieron peticiones al Ministerio de Trabajo en repetidas ocasiones, siguiendo pacientemente los bizantinos procedimientos notariales y legales que los funcionarios gubernamentales, bajo la presión de Fiat, podían idear para impedir la formación de una lista opositora y la convocatoria a nuevas elecciones en la planta de Concord. Durante varias semanas no hubo respuesta. El silencio del ministro le dio a Lozano tiempo para contraatacar. Consciente de que sería vulnerable si intentaba enfrentar la rebelión directamente en Ferreyra, trató de usar otros medios. A principios de mayo 1970, Lozano pidió a la Confederación General del Trabajo local que admitiera al SITRAC como miembro con derecho a voto, un paso con el que, obviamente, esperaba otorgar un manto de legitimidad a su deslucida conducción.

Como todos los trámites que se realizaban ante el Ministerio de Trabajo para el reconocimiento de la comisión provisoria chocaban con la negativa de los organismos del Estado, y como la patronal aducía que ella nada tenía que ver en este conflicto pues

era una cuestión interna, en los activistas de fábrica iba creciendo la idea de que la única salida para que realmente se escuchara nuestro reclamo era una toma de fábrica.

Por esos días los obreros de la planta Perdriel, agrupados en el SMATA, habían tomado la fábrica para impedir el traslado de dos obreros que iban a salir delegados de la oposición a Elpidio Torres, que era el secretario general. Después de tres días de toma, los obreros consiguieron que no se trasladara a quienes iban a ser delegados, con lo cual impidieron una maniobra entre la patronal y la burocracia. Este triunfo sirvió de estímulo para los obreros de Concord. Con el asesoramiento del abogado laboral Alfredo Curuchet “Cuqui” (asesinado el 11 de setiembre de 1974 por la AAA) los obreros agotan los procedimientos legales y deciden tomar la fábrica, incluyendo la toma de rehenes.

La toma de la planta de Concord por los obreros de SiTraC (15-17 mayo 1970)

Los rebeldes de Fiat resolvieron encarar la acción directa antes de perder completamente la iniciativa. El 14 de mayo 1970, miembros de la oposición se reunieron con el Subsecretario de Trabajo Antonio Capdevila para conocer el estado de su petición. Fueron acompañados por primera vez por su consejero legal, Alfredo Curuchet. En esta primera reunión, tanto Curuchet como los trabajadores de Fiat escucharon a Capdevila amenazar con represalias si persistían con su petición. Al día siguiente, y por sugerencia de Curuchet, los disidentes convocaron una asamblea abierta e instaron a los trabajadores a que ocuparan la planta de Concord. La toma de la fábrica de Concord comenzó el día jueves 14 de mayo de 1970 y duró tres días. En ningún momento se ejerció violencia o malos tratos contra el personal jerárquico, simplemente se los obligaba a permanecer en la fábrica como reaseguro de que la policía no reprimiera. En la planta baja y en las puertas de entrada colocaron tanques de combustible para ser incendiados en caso de represión; también se colocaron botellas de gaseosas con nafta y mechas para ser usadas como bombas molotov en caso de ser reprimidos, en las principales entradas a las plantas.

Recién el sábado 16 de mayo 1970 Fiat acordó firmar un acuerdo donde se comprometía a otorgar un mes de licencia a la comisión directiva; se reconocía provisoriamente a la comisión que se había elegido en asamblea. Los trabajadores abandonaron la planta sólo después que Curuchet se hubo reunido con emisarios del gobierno y con Lozano y conseguido la renuncia escrita del comité ejecutivo del SITRAC. En el sindicato se nombró un delegado interventor designado por el Ministerio de Trabajo, el que se encargaría de llamar a elecciones en el término de 30 días. En esas condiciones el sábado por la mañana se procedió a hacer el abandono de la planta; una gran victoria de los obreros de Concord.

Los trabajadores abandonaron la planta sólo después que Curuchet se hubo reunido con emisarios del gobierno y con Lozano y conseguido la renuncia escrita del comité ejecutivo del SITRAC. Fiat y el Ministerio de Trabajo acordaron realizar

nuevas elecciones dentro de los siguientes treinta días. Líderes de SITRAC: Carlos Maser, Santos Torres, Rafael Clavero, Domingo Bizzi, José Páez y Gregorio Flores. Había 21 miembros en el comité ejecutivo sindical y 125 en el cuerpo de delegados. La rebelión que se desarrolló espontáneamente de las bases a partir de la asamblea del 23 de marzo 1970.

A partir de ahí la comisión provisoria pasó a ejercer la dirección del sindicato y la experiencia fue inmediatamente asimilada por los obreros de Materfer, que también querían expulsar del sindicato a la dirección amarilla encabezada por Hugo Casanova.

SiTraM: La toma de la planta de Materfer (3 junio 1970)

El éxito de la ocupación fabril de mayo de 1970 y la renuncia de la conducción del SITRAC alentaron una rebelión similar en la fábrica de Fiat Materfer. La mano de obra de la planta de equipos ferroviarios de Fiat también había estado representada sólo nominalmente por su sindicato de planta, el SITRAM. En las semanas que siguieron a la caída de Lozano, cobró impulso una rebelión de las bases con una meta similar: una representación sindical honesta y eficaz. Como lo había hecho Lozano, la dirigencia enquistada en el SITRAM procuró apuntalar su posición atrayendo a otros sindicatos a la controversia. A fines de mayo 1970, su secretario general, Hugo Cassanova, abandonó apresuradamente el tradicional aislamiento de los sindicatos de Fiat con respecto a la política gremial local e informó a la CGT de Córdoba que adhería al Plan de Acción de la confederación y que apoyaría una huelga general el 29 de mayo 1970 para conmemorar el aniversario del Cordobazo, en el que el SITRAM no había estado presente debido a su dudosa reputación en el movimiento obrero local. La militancia súbitamente descubierta de Cassanova se acompañaba de una más reveladora oferta de 500.000 pesos a la CGT como respaldo al plan huelguístico, un gesto vergonzosamente indecoroso que demostró cuán aislada estaba la conducción del SITRAM de un movimiento obrero local en el cual el apoyo financiero a los sindicatos en huelga nunca se publicitaba por temor a que corrompiera la solidaridad obrera. Las verdaderas motivaciones del SITRAM para apoyar la huelga quedaron también expuestas en sus advertencias a la CGT cordobesa acerca de grupos de activistas marxistas que intentaban utilizar a los trabajadores para sus propios fines políticos, una referencia obvia a acontecimientos recientes en la planta de Concord. A pesar de las maniobras de Cassanova, los sindicatos locales se mantuvieron recelosos del SITRAM, y la ocupación fabril de los trabajadores de Materfer el 3 de junio 1970, una virtual repetición de la toma de la planta de Concord, precipitó la renuncia del secretario general y la totalidad de la conducción del sindicato.

La toma de Perdriel, la planta de matricería de IKA-Renault [no de Fiat] (12 mayo 1970)

Las dos ocupaciones fabriles de Fiat coincidieron con otra toma de planta en la ciudad, realizada por los trabajadores de Perdriel en Santa Isabel. El carácter de esta rebelión, que parecía similar a las producidas en Ferreyra, era en realidad muy distinto y revelaba diferencias precoces en la naturaleza de los movimientos clasistas que pronto surgirían en ambos complejos automotores. Perdriel, una fábrica de herramientas y matrices, había sido durante mucho tiempo un centro de oposición a Elpidio Torres. El caudillo sindical del SMATA había regresado a la ciudad en diciembre de 1969, después de que Onganía conmutara su sentencia de cárcel en la esperanza de calmar las aguas en Córdoba.

A su regreso en diciembre de 1969, Elpidio Torres descubrió que su maquinaria gremial del SMATA, otrora formidable, se había debilitado gravemente y que los candidatos de izquierda, organizados en un movimiento de recuperación sindical antitorrista, eran ahora serios rivales en las próximas elecciones y tenían una presencia particularmente fuerte en la planta de Perdriel. Un núcleo de militantes obreros de la fábrica tenía vínculos con la izquierda y había pertenecido originalmente al Grupo 1° de mayo, el más poderoso de los agrupamientos izquierdistas de oposición a Torres a fines de la década de 1960. En los meses posteriores al Cordobazo, el PCR había identificado a Perdriel como un eslabón débil en la maquinaria sindical del SMATA e hizo de él una prioridad para su introducción en el proletariado automotor local, arreglándose las finalmente para conseguir que algunos de sus miembros se incorporaran a la planta. Los activistas del PCR fueron los principales promotores de la ocupación de la planta de Perdriel en Santa Isabel el 12 de mayo 1970, que incluyó la toma de treinta rehenes, muchos de ellos supervisores franceses empleados por Renault. La ocupación se produjo después de que la empresa trasladara a cuatro de los candidatos izquierdistas en las siguientes elecciones de delegados a otras plantas, una medida pensada para fortalecer a la más conciliatoria conducción peronista entre los trabajadores de la fábrica. Como resultado de la ocupación de Perdriel, IKA-Renault acordó que los trabajadores izquierdistas regresaran a la planta y permitió que los dos obreros elegidos conservaran sus puestos gremiales. Pero Torres había manejado la cuestión con torpeza al no protestar por el traslado de los trabajadores de Perdriel dispuesto por la empresa; de hecho, se sospechaba su complicidad con el plan de la compañía. La posición de Elpidio Torres en SMATA había quedado debilitada.

Los trabajadores de Perdriel no se apaciguaron con las concesiones de la firma. Presionado por las bases, Torres convocó a principios de junio 1970 a una huelga de todas las fábricas de IKA-Renault, para protestar por el estancamiento de las conversaciones sobre los contratos. El 3 de junio 1970, en la mayoría de las plantas se tomaron rehenes, y la CGT local declaró un paro general en apoyo a los trabajadores huelguistas del SMATA. Cuando los obreros de Concord y Materfer adhirieron a la huelga en solidaridad y los de Concord llevaron a cabo su segunda ocupación, la ciudad pareció al borde de una

amenazante insurrección obrera. El 4 de junio 1970, la policía cordobesa ingresó por la fuerza a la planta de Perdriel y detuvo allí a unos 250 trabajadores, impulsando con ello a los ocupantes a abandonar las otras plantas de IKA-Renault. Torres se vio obligado a proseguir otra campaña huelguística cuyas consecuencias no había previsto. Durante el resto del mes de junio 1970 los trabajadores del SMATA siguieron en huelga y en las plantas de IKA-Renault se suspendió la producción. Ante la continuación de la insurgencia obrera en Córdoba, las verdaderas autoridades dentro del gobierno nacional, el general Alejandro A. Lanusse y el ejército, destituyeron a Onganía el 8 de junio de 1970.

La tarea inmediata del nuevo presidente, el general Roberto M. Levingston (18 de junio de 1970 - 22 de marzo de 1971), una figura militar relativamente desconocida que tuvo que volver apresuradamente a Buenos Aires desde su puesto de agregado militar en la Embajada Argentina en Washington, era lograr lo que había demostrado ser elusivo para Onganía, esto es, la domesticación del movimiento obrero de Córdoba. Elpidio Torres estaba ahora ansioso por negociar el fin de una huelga cuyo control había perdido y que era sostenida por militantes de base, en su mayoría de izquierda. Hacia principios de julio 1970 la mayoría de los trabajadores habían regresado a las plantas. Los aproximadamente 1.500 despidos efectivizados por IKA-Renault durante la huelga, que habían contribuido a hacerla más dura y prolongada, se negociaron para provecho mutuo de los torristas y la empresa. Las conversaciones entre Torres y los representantes patronales redujeron el número de trabajadores despedidos a unos 600, cifra que incluía a la mayoría de los activistas de izquierda de la planta de Perdriel y del resto del complejo IKA-Renault. Para el PCR y otros partidos de izquierda, éste fue un golpe duro, que implicó la necesidad de reconstruir sus organizaciones en la base fabril. Esas estrategias partidarias no estaban presentes en la muy diferente rebelión de base que aún germinaba en las plantas de Fiat.

La recuperación de SiTraC: Las elecciones en Concord (7 julio 1970)

En Ferreyra, en el momento en que terminaba la huelga del SMATA, el grupo de trabajadores de Concord que dirigieron el movimiento para expulsar a Jorge Lozano y establecer una representación sindical clasista ganó sin oposición las elecciones gremiales del 7 de julio 1970.

La nueva Comisión Directiva estaba conformada por Carlos Maser como Secretario General, Domingo Bizzi como Adjunto, acompañados por Alcides Mortigliengo, Miguel Ángel Romero, Rafael Clavero, Edmundo Torres y Luis Argañaraz. Los vocales titulares eran Francisco José Páez, Francisco Amuchástegui, Alfio Taverna, Pedro José Saravia, Carlos Monje, Cesar Pizarro y Gregorio Flores. Los vocales suplentes, Carlos Cuello, Mario Giménez, José Yáñez, Juan Carlos Andrada, Carlos María Martín, Eugenio Zampedri y Raúl Carpio.

La rebelión generacional que constituyó una parte tan

importante de los movimientos clasistas de principios de los años setenta se reveló inequívocamente en los resultados electorales. Los miembros del comité ejecutivo y los delegados electos eran jóvenes, la mayoría en la veintena o comienzos de la treintena. Con 37 años, Carlos Masera, el nuevo secretario general del SITRAC, era conocido como “el viejo”. Los trabajadores de Materfer, eligieron a su nueva conducción el mismo mes que los de Concord y su sindicato siguió en muchas cuestiones el ejemplo del SITRAC.

La lucha por un aumento de sueldo y el trabajo a reglamento

En abril de 1970, la dictadura de Onganía había impuesto un techo salarial otorgando los aumentos por decreto. Sin embargo, los obreros de Fiat estaban decididos a enfrentar a la patronal y su socia, la dictadura. Por aquel entonces, en Fiat se trabajaba a un ritmo impuesto arbitrariamente por la empresa, que se conocía como al 125%. Según la empresa, como recompensa se otorgaba un premio a la producción que sólo ella sabía cómo se aplicaba y que por lo tanto el obrero nunca sabía con certeza cuánto era lo que tenía que cobrar.

Junto a esto existían los clásicos premios a la asistencia y presentismo. Los nuevos dirigentes clasistas plantearon que se debía lograr que todos los premios se incorporaran al básico, y de esa manera cualquier aumento del gobierno se incrementaba mucho más. Así como la idea de luchar contra los dirigentes pro-patronales había servido para unificar a todos los trabajadores, ahora todos los obreros de Concord y Materfer estaban cohesionados en luchar por aumentos de salarios. Ese era el reclamo más sentido aunque no el único, y fue de inmediato tomado por la nueva conducción.

Hecha la presentación solicitando un aumento salarial, la empresa se negó a otorgarlo aduciendo que el gobierno no permitía ningún aumento al margen de lo que éste dictaba y que, en consecuencia, la empresa no podía infringir una disposición gubernamental. Romper el techo salarial de la dictadura significaba abrir el camino para que el resto del movimiento obrero pudiera imitarlo. Ante la negativa de la empresa, el sindicato adoptó la decisión de trabajar a reglamento, vale decir al 100% en lugar del 125%. Esto significaba que si, trabajando al 125% como decía la empresa, un obrero tenía que hacer 150 piezas por día, trabajando al 100% había que sacar alrededor de 90 piezas. La producción disminuyó sensiblemente. Trabajando a reglamento, la empresa lo único que podía hacer legalmente era suprimir el premio a la producción, pero el jornal diario permanecía inalterable, puesto que aparentemente no existía una medida de fuerza.

Fiat se negaba a otorgar el aumento solicitado con la excusa de que las máximas autoridades de la empresa estaban en Buenos Aires. De esta manera, y siguiendo un viejo método, la empresa procuraba separar a los dirigentes de las bases y alejarlos para llegar a arreglos sin que existiera la posibilidad de consulta con los trabajadores. Este método de trasladar la conducción del sindicato para discutir los problemas en la Capital Federal lo

utilizó siempre que necesitó corromper a los dirigentes, puesto que de hecho al ser trasladados Fiat se hacía cargo de los gastos de viajes y estadía en lujosos hoteles como una forma de entrar en la senda de la corrupción. Sólo ante la firme decisión de la comisión directiva de no moverse de Córdoba, y después de comprobar que la producción se reducía a casi el 50% sin poder doblegar al sindicato, la patronal volvió a ceder.

Las condiciones de trabajo insalubres en las plantas de Fiat

Con dirigentes venales la patronal había logrado imponer ritmos de producción asfixiantes, trabajos insalubres, atención sanitaria deficiente, premios a la producción y asistencia, de modo que, por los bajos salarios, muchas veces los obreros por no perder el premio concurrían a trabajar enfermos. En la planta de forja, conocida como el cementerio de obreros, se realizaban tareas inhumanas, con gravísimas consecuencias para la salud de los trabajadores. Había obreros que trabajaban en martinetes de hasta treinta toneladas y que al golpear la pieza sobre la matriz hace vibrar todo el piso, produciendo un movimiento en la masa encefálica que ocasiona alteraciones nerviosas. El aceite que se utiliza para refrigerar el material al rojo vivo producía un humo tóxico que provocaba afecciones pulmonares. Como consecuencia de los golpes y los ruidos, la sordera alcanzaba grados muy agudos, con hasta un 75% de la pérdida del oído. La impotencia sexual a consecuencia de las altas temperaturas también era cosa frecuente.

La nueva conducción sindical comenzó dando una batalla implacable para que forja se reconociera como lugar insalubre y en consecuencia se aplicaran las 6 horas de trabajo que marca la ley. Ante la obstinada negativa de Fiat (a pesar de que tiempo atrás los obreros de IKA habían logrado el reconocimiento de trabajo insalubre en la planta de forja), el sindicato buscó la asistencia de médicos particulares para certificar cómo se deterioraba la salud física y psíquica de los obreros. El examen médico no dejó lugar a dudas de la justeza de sus reclamos y quedaron demostradas en forma fehaciente las gravísimas afecciones que provocaba ese tipo de tareas. A los pocos días uno de los médicos que había participado de la revisión de los obreros de forja recibió amenazas anónimas para que abandonara su cometido y pocos días después una poderosa bomba estalló en su domicilio. La patronal se negó a conceder la insalubridad aduciendo que otorgar 6 horas de trabajo en forja implicaba poner un turno más, que eso encarecería la mano de obra y limitaría la posibilidad de competir con otros fabricantes de automóviles.

Además, dentro de las plantas de Fiat era harto común encontrar que un obrero se desempeñara en dos o tres máquinas a la vez. Era lo que se denominaba el acople de máquinas, y consistía en que el operario que atendía un torno automático, mientras éste realizaba una operación, debía por ejemplo trabajar también en la rebabadora o en una agujereadora o poner en funcionamiento otro torno. La nueva conducción sindical se opuso ese sistema de trabajo y logró desacoplar más del 50% de las máquinas.

Dentro de fábrica se lograron reivindicaciones económicas,

pero fundamentalmente el respeto de los jefes hacia los trabajadores. En varias ocasiones los obreros lograron cambiar jefes de sección o impedir el regreso a fábrica los ex dirigentes del sindicato.

Paros activos, con asamblea en puerta de fábrica y movilización

Con los sindicatos clasistas por primera vez los trabajadores de Fiat marcharon en manifestación hasta el centro con los dirigentes en la primera fila. Cuando concurrían a los plenarios de la CGT, lo hacían con un mandato de asamblea y ahí exponían lo que se había resuelto. En esos plenarios era notoria la presencia de delegados y activistas de Fiat que concurrían a respaldar a sus dirigentes a la vez que podían comprobar en vivo y en directo quién era quién en el movimiento obrero. En los plenarios denunciaban a la burocracia de la CGT nacional porque no convocaba a un plan de lucha o porque cuando lo hacía terminaba siempre en un paro materno. En cambio su propuesta fue siempre paro activo, con asamblea en puerta de fábrica y movilización. Dentro de la fábrica permanentemente explicaban el carácter conciliador de los dirigentes sindicales, las prebendas que éstos recibían y cómo se divorciaban de las bases entrando fácilmente en la corruptela. Muchas veces les mostraban a los obreros la falta de solidaridad hacia los gremios en conflicto producto de esa dirigencia sindical que poco a poco iba dejando de vivir como los obreros, llevando una vida ostentosa en el sindicato y tratando por todos los medios de evitar los enfrentamientos con los patrones, porque ambos defendían el mismo sistema.

Las asambleas generales abiertas realizadas en la fábrica surgieron casi como una institución del nuevo SITRAC. Su organización se veía facilitada en gran medida por el carácter de sindicato fabril de éste, y se efectuaban en forma rutinaria para decidir virtualmente todas las cuestiones de la base fabril: problemas con la aceleración de los ritmos de producción, negociaciones colectivas y hasta quejas por la pobre calidad de la comida que se servía en el bufé de la fábrica. Las prácticas sindicales democráticas fueron estimuladas por el hecho de que todos sus dirigentes conservaron sus empleos en la planta; no había puestos gremiales pagos, de modo que los representantes del SITRAC estaban en contacto permanente con las bases.

La insistencia del SITRAC en redactar su propio convenio era un desafío directo al control absoluto de Fiat sobre la fábrica y todas las cuestiones relacionadas con la producción. El nuevo SITRAC provocó la hostilidad de la empresa por esta mismísima razón. Las demandas por las condiciones de trabajo insalubres (en especial en la forja), las excesivas reclasificaciones de tareas, el respeto por las categorías y un salario fijo independiente de la productividad golpearon en el corazón del control de Fiat sobre la fábrica, con lo que quedaron trazadas las líneas del futuro enfrentamiento entre el sindicato y la compañía. Los sindicatos de las plantas de Ferreyra habían desafiado con éxito a Fiat y adoptado tácticas militantes innovadoras que iban a extenderse por el movimiento obrero cordobés en los años 70,

como los abandonos de planta y las ocupaciones fabriles, la toma de ejecutivos como rehenes, las huelgas de hambre y las manifestaciones callejeras.

La lucha entre la dirigencia sindical peronista y los clasistas de Fiat

El encono entre los dirigentes peronistas y los clasistas de Fiat fue el resultado del apoyo de estos últimos a otros movimientos de recuperación sindical del país, casi todos los cuales afectaban a conducciones peronistas. La elección de José Rucci, de la UOM, como secretario general de la CGT el 2 de julio de 1970, presagiaba el intento de restablecer la estructura verticalista del movimiento obrero, que no había sido restaurada desde la época de la CGTA. Las tensas relaciones entre SITRAC-SITRAM y los peronistas cordobeses eran la consecuencia del apoyo de los sindicatos de Fiat a las listas disidentes en los gremios locales, y del resentimiento de los clasistas por la deferencia servil de la CGT local hacia Rucci y su falta de voluntad para respaldar a los trabajadores de Fiat en sus luchas.

El ejemplo de SITRAC-SITRAM electrizó al movimiento obrero cordobés en la segunda mitad de 1970. Otros sindicatos siguieron su ejemplo e intentaron destituir a dirigencias sindicales atrincheradas en sus puestos. Trabajadores de Industrias Mecánicas del Estado (ex-IAME) y de la construcción, de la industria láctea y especialmente del calzado desarrollaron una estrecha relación con SITRAC-SITRAM, que les brindaron acceso a la imprenta sindical, los ayudaron a distribuir fichas de afiliación al sindicato y en general les prestaron apoyo moral. Estas rebeliones de base presentaron inicialmente a sus movimientos como más “antiburocráticos” que clasistas. No obstante, como SITRAC-SITRAM aparecían como los abanderados tanto de la democracia sindical como del clasismo, gradualmente las dos causas se convirtieron en sinónimos en la ciudad, y los movimientos de los trabajadores adoptaron de manera creciente identidades clasistas.

La liberación de Tosco de la cárcel y su regreso a Córdoba en enero de 1970 pusieron en guardia a la conducción nacional de la CGT. El gobierno prohibió un congreso obrero nacional el 31 de enero 1970, en el cual Tosco proponía elaborar un “plan de liberación nacional”. El 4 de febrero 1970, la sede central de Luz y Fuerza fue atacada por el ejército y el sindicato de Luz y Fuerza fue puesto nuevamente bajo control gubernamental, obligando a los dirigentes gremiales a realizar el congreso en la clandestinidad.

Los burócratas sindicales peronistas sintieron por primera vez el verdadero sabor de la nueva cruzada antiburocrática en febrero de 1970, cuando los trabajadores de la construcción de la represa hidroeléctrica de El Chocón, en la provincia de Neuquén, se negaron a aceptar la expulsión dispuesta por su central de los dirigentes que habían concurrido a la conferencia clandestina de Tosco. Como protesta, los trabajadores ocuparon la planta durante varios días, en la primera de las grandes huelgas antiburocráticas de la década. El movimiento obrero peronista entró en crisis.

Lorenzo Miguel en la UOM (febrero 1970) y José Rucci en la CGT (2 julio 1970)

La feroz lucha por el control de la UOM y sus 220.000 afiliados, que comenzó después del asesinato de Augusto Vandor el 30 de junio de 1969, sólo se resolvió en febrero de 1970, cuando afirmó su control del gremio Lorenzo Miguel, que había sido su tesoro durante la conducción de Vandor. Un “tiroteo al estilo de Chicago” dejó 2 muertos y 19 detenidos en la lucha por el poder en la UOM, y dio como resultado el control del gremio por parte de Lorenzo Miguel. Fue Miguel quien después postuló a Rucci, ex secretario de prensa de Vandor y dirigente metalúrgico casi desconocido de Santa Fe, como secretario general de la CGT en el Congreso de la Unidad Sindical “Augusto Timoteo Vandor” de julio 1970. Rucci, de quien se esperaba que actuara como títere de Miguel, surgió como contrapeso de Perón para las tendencias vandoristas de inclinaciones independientes en la UOM.

De inmediato, Rucci, Miguel y la UOM emprendieron la restauración de la rígida cadena de mandos en el movimiento obrero —tarea considerada imperativa tanto por Perón como por los líderes sindicales más ambiciosos, como Miguel— para restablecer la influencia del sindicalismo a nivel nacional. Obviamente, estas nuevas autoridades del movimiento obrero miraban con desaprobación a SITRAC-SITRAM y, en general, al movimiento obrero cordobés, mientras la izquierda lanzaba ataques más frecuentes e hirientes contra la burocracia sindical, con la UOM como blanco especial de sus críticas.

Lorenzo Miguel presionó lentamente a Alejandro Simó y la UOM cordobesa, y con ello a los sindicatos ortodoxos bajo su dominio, a fin de que volvieran al redil verticalista. Las lecciones de la CGT y el Cordobazo no habían caído en saco roto para Simó, quien finalmente se convertiría en el fiel representante del verticalismo en la ciudad y alinearía a su sindicato junto con las potencias del movimiento obrero antes que con los disidentes, que ahora le parecían impredecibles y peligrosos. Más que los ortodoxos, ahora eran los legalistas, como Atilio Lopez de la UTA, quienes asomaban como el principal obstáculo al verticalismo (la disciplina burocrática) entre los sindicatos peronistas cordobeses.

La relación de SITRAC-SITRAM con los independientes de Tosco

Ni López ni Tosco estaban complacidos con las posiciones clasistas con de SITRAC-SITRAM. Los celos de Tosco provenían de su política frentepopulista. Los programas del movimiento obrero organizado (Huerta Grande, La Falda y la CGTA), partían del presupuesto de que entre la clase obrera y la burguesía nacional existiría un terreno común que sería el de la liberación nacional, poniendo un signo igual entre el programa democrático y el de los explotados. La lucha de clases, presupuesto sobre el que se basa el clasismo, estaría reemplazada por el de la unidad nacional. La estrategia de Agustín Tosco en el movimiento obrero cordobés fue hacer un frente con el peronismo “de izquierda”.

En lo político, Tosco siguió la orientación del PCA, que era el de conformar un frente popular; de ahí su adhesión a la Alianza

Popular Revolucionaria, un frente electoral de centro-izquierda -formado en 1972 a partir de una iniciativa conocida como el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA)- para presentarse a las elecciones presidenciales del 11 de marzo de 1973, integrado por los partidos Intransigente (PI), Revolucionario Cristiano, Comunista, UDELPA, entre otros. Sus candidatos fueron a Oscar Alende (PI) a presidente, acompañado por Horacio Sueldo (PRC) para la vicepresidencia. Según Gregorio Flores: “No recuerdo haber oído o leído de parte de Tosco un pronunciamiento por la independencia política de la clase obrera, como tampoco ninguna crítica a los límites del nacionalismo burgués ni a los regímenes democráticos. Muchas veces, cuando estuvimos en la cárcel de Rawson, charlamos sobre estos temas y Tosco decía: “Que sin un frente nacional, la revolución en la Argentina era impensable.” Esto no quita, por supuesto, que Tosco haya sido un dirigente honesto y combativo, ni cuestiona el ascendiente que Tosco tenía sobre el movimiento obrero, legítimamente ganado en la lucha. Solo indica sus limitaciones políticas, que no eran individuales sino producto de la política del Partido Comunista.

Autocríticas de Gregorio Flores

1) Cuando se llamó a formar una comisión obrero-estudiantil de solidaridad, no nos dimos cuenta que debíamos darle prioridad a una alianza con los gremios independientes liderados por Tosco y no perdimos en discusiones bizantinas con estudiantes. La influencia en muchos de nosotros de la pequeña burguesía fue pernicioso.

2) Nuestra posición frente a la CGT cordobesa, negándonos a integrar el secretariado o el comando de lucha, fue un garrafal error, producto de las relaciones que manteníamos con tendencias que por ese entonces proponían organizarse al margen de los sindicatos y de la CGT. Esto no invalida de ninguna manera el cuestionamiento a la burocracia sindical, pero toda la lucha antiburocrática tiene que darse desde adentro para expulsarla de las organizaciones obreras, y para eso hay que derrotarla políticamente.

Los dirigentes sindicales clasistas intentaron ser un punto de referencia para la vanguardia del movimiento obrero, que no logró cristalizarse porque no existió una correcta política de alianza con los sindicatos independientes, y por la dependencia con el peronismo de direcciones sindicales como Tosco, que comprendían la necesidad de ir construyendo una opción, pero se negaban a un enfrentamiento frontal con el peronismo. Del 22 y 23 de mayo de 1971, Sitrac-Sitram impulsó en Córdoba la realización de un Plenario de Gremios Combativos, en el cual presentó su programa. Estuvo mal encarado en cuanto se le dio prioridad a la concurrencia de la pequeña burguesía y el estudiantado.

La derrota de la huelga de SMATA y la renuncia de Elpidio Torres (junio 1970)

Cuando Sitrac fue recuperado, el secretario general de la CGT regional Córdoba era Elpidio Torres, que también desempeñaba ese cargo en el SMATA. La ocupación de la planta de Perdriel en Santa Isabel el 12 de mayo 1970 incluyó la toma de 30 rehenes, entre ellos supervisores franceses empleados por Renault. Presionado por las bases, Torres convocó a principios de junio 1970 a una huelga de todas las fábricas de IKA-Renault, para protestar por el estancamiento de las conversaciones sobre los contratos. El 3 de junio 1970, en la mayoría de las plantas se tomaron rehenes, y la CGT local declaró un paro general en apoyo a los trabajadores huelguistas del SMATA. Cuando los obreros de Concord y Materfer adhirieron a la huelga en solidaridad y los de Concord llevaron a cabo su segunda ocupación, la ciudad pareció al borde de una amenazante insurrección obrera. El 4 de junio 1970, la policía cordobesa ingresó por la fuerza a la planta de Perdriel y detuvo allí a unos 250 trabajadores, impulsando con ello a los ocupantes a abandonar las otras plantas de IKA-Renault. Torres se vio obligado a proseguir otra campaña huelguística cuyas consecuencias no había previsto. Durante el resto del mes de junio 1970 los trabajadores del SMATA siguieron en huelga y en las plantas de IKA-Renault se suspendió la producción. En junio de 1970 Torres traicionó la huelga de 35 días de los obreros mecánicos del SMATA y poco después renunció como secretario de la CGT regional Córdoba, quedando ésta prácticamente acéfala. La huelga que perdieron los mecánicos con alrededor de 800 despedidos significó de hecho un bajón en la combatividad del SMATA, que hasta la aparición del Sitrac-Sitram había sido un bastión en las luchas del proletariado cordobés.

La caída de Onganía y la presidencia de Levingston (18 junio 1970 - 22 marzo 1971)

Ante la continuación de la insurgencia obrera en Córdoba, el general Alejandro Lanusse destituyó a Onganía el 8 de junio de 1970. El Ministerio de Economía y Trabajo fue ocupado por Aldo Ferrer. Como gobernador de Córdoba fue designado Bernardo Bas, un abogado de extracción peronista, ligado por fuertes lazos con las 62 organizaciones, asesor de varios sindicatos y dilecto amigo de Elpidio Torres. Como Comandante del III Cuerpo del Ejército había sido puesto en funciones el general Alcides López Aufranc.

Los clasistas de Fiat rechazan “La Hora del Pueblo” (11 noviembre 1970)

El 11 de noviembre de 1970, los principales partidos políticos, incluyendo al Justicialista, emitieron una declaración pública exigiendo elecciones directas inmediatas y el fin del régimen militar, con plena participación del movimiento peronista. Este frente democrático, bautizado **La Hora del Pueblo**, recibió el apoyo de casi todos los sindicatos cordobeses, salvo los clasistas, que comenzaron a adoptar posiciones revolucionarias adversas a las soluciones electorales peronistas apoyadas por los legalistas.

Los despidos de enero de 1971 en Fiat y la ocupación con toma de rehenes

En los últimos meses de 1970 la rebelión de Fiat creció. Una campaña huelguística librada por los sindicatos llevó a Fiat a la mesa de las negociaciones y obtuvo de ella, a regañadientes, que los reclamos gremiales sobre salarios y prácticas laborales se incluyeran en futuras negociaciones colectivas. El 26 de noviembre 1970, SITRAC-SITRAM comenzó un plan de lucha exigiendo una serie de reformas inmediatas en la base fabril —entre ellas la reducción de la jornada en la forja de a 6 horas y la eliminación de cláusulas de productividad—, que en negociaciones previas habían sido obstinadamente rechazadas por la compañía. Las huelgas de hambre del comité ejecutivo del SITRAC y Curutchet para protestar por el despido de dos delegados sindicales se convirtieron en una cause célebre local, con marchas y manifestaciones por el centro de la ciudad.

El 14 de enero 1971, como táctica intimidatoria, Fiat despidió a 7 trabajadores, entre ellos a cuatro miembros de la Comisión Directiva (José Páez, Domingo Bizzi, Santos Torres y Gregorio Flores) y a los delegados Sigampa y Giménez. SITRAC respondió con la toma de fábrica con rehenes, exigiendo la reincorporación de los despedidos. Esa misma tarde recibieron la solidaridad de los obreros de Materfer, de Perkins (que, como los de Fiat, estaban organizados en un sindicato de planta), como así también de otros trabajadores de las barriadas obreras vecinas. Al otro día se dirigieron a la puerta de Santa Isabel (Renault) a reclamarla solidaridad de los trabajadores IKA-Renault, logrando que se realizara un abandono de fábrica a las 10 de la mañana. Además adhirieron a la protesta los trabajadores Grandes Motores Diesel, afiliados al SMATA. Levingston ordenó a los trabajadores que abandonaran la planta en un plazo de 3 horas, amenazando con declarar Córdoba zona de emergencia, lo que daba al presidente plenos poderes para ordenar la intervención militar en la provincia. Reunido el cuerpo de delegados, se resolvió resistir las amenazas y la dictadura tuvo que dar marcha atrás.

Según Carlos Masera: “Había una amenaza concreta: a las 3 de la mañana el ejército iba a entrar a desalojar la planta. Se hizo una asamblea a las 12, 12 y media de la noche y yo era incluso de la posición, junto a los otros o que habíamos sido despedidos, de no hablar en la asamblea para no influir, que nuestra situación personal no influyera en la decisión de los compañeros. Hubo distintas posiciones, pero hubo un compañero, Luna, que fue contundente y pidió que resistiéramos. Después habló Páez y reafirmó la posición. La respuesta de la gente fue muy combativa.

“Hubo un suceso que creo digno de comentar. Después de que se toma la decisión de resistir, el compañero Jiménez, que era delegado, chaqueño, y yo vamos donde estaban los rehenes. Se vivía una situación muy crítica: éramos un grupo reducido y teníamos que tener una herramienta para negociar y frenar la represión. Los rehenes eran más de veinte, gente de importancia de la empresa. Fuimos y les hablamos claramente, que como iba a haber una represión con los compañeros ellos iban a ser nuestra prenda de cambio. Que por cada compañero que la represión matara nosotros íbamos a matar a uno de ellos. Los íbamos

a llevar a un túnel que conectaba el vestuario a la planta, y ahí, si el ejército mataba, quienes habían hecho disolver el gremio, los responsables, eran los directivos de la empresa, sin ninguna duda. Pero les dimos una oportunidad para que hablaran por teléfono adonde ellos quisieran y comunicaran la posición que habíamos tomado nosotros, el sindicato, en la asamblea. Ahora uno se ríe, pero fue una actitud patética de 2 o 3 directivos de la empresa que casi se tiraron de palomita al teléfono. Uno de ellos era Podestá, no me lo voy a olvidar nunca, y gritaba por el teléfono: “¡Nos matan, nos matan!”. No sé si eso influyó en la decisión pero algo de parte tuvo. Pasaron las 2,3 de la mañana, no tuvimos necesidad de llevarlos al túnel, pasaron las horas. Casi al mediodía del día siguiente hubo una asamblea en el comedor, había compañeros responsables de controlar que nadie tocara los teléfonos que iban afuera; no queríamos cometer errores. En esa asamblea participó el jefe de policía Sammartino pidiendo que se desalojara la fábrica, que el ejército estaba a pocas cuadras de la planta. Y recuerdo que Batistella había recepcionado una llamada de Ferrer, y lo dijo en la asamblea con una naturalidad como si hubiera llamado un vecino y era el ministro de Economía y Trabajo. Ahí empezó toda una negociación, digamos un recule más elegante de la fábrica ante la decisión firme que habían tomado los compañeros.”

En horas de la tarde del día 15 de enero 1971, el gobierno nombró un tribunal de conciliación, designando como árbitro al Dr. Cancher, quien se hizo presente en fábrica, llegando a un acuerdo de que se desocupara la fábrica y él se comprometía a fallar por la reincorporación de los seis despedidos, obligando a la patronal a que aceptara el fallo. Con este acuerdo se desocupó la fábrica, con lo cual lograron un gran triunfo. La CGT no se solidarizó, pero Agustín Tosco llevó la solidaridad de su sindicato, siendo acogido entusiastamente por los obreros.

El gobierno ordenó a Fiat que reincorporara a los trabajadores despedidos mientras durara su arbitraje. Los huelguistas abandonaron la planta de Concord en la medianoche del 15 de enero 1971. Más que el fin de un conflicto, la huelga de enero 1971 fue el primero de una serie de hechos que culminarían en la segunda gran protesta obrera y levantamiento popular de Córdoba en menos de dos años.

La reanudación de las negociaciones colectivas (enero 1971) y la nueva ola de huelgas

El 29 de enero 1971, SITRAC y SITRAM respondieron al levantamiento por parte del gobierno de Levingston de la prohibición de negociaciones colectivas presentando al Ministerio de Trabajo su propuesta de convenio, un contrato modelado según los acuerdos establecidos por el SMATA y que incluía incrementos salariales que llevarían a los trabajadores de Fiat a las escalas pagadas en otras firmas automotrices. A lo largo de febrero 1971, SITRAC, SITRAM y otros sindicatos locales aguardaron el resultado de las primeras negociaciones colectivas realizadas en más de tres años. El arbitraje firmado el 11 de marzo 1971 por el Ministerio de Trabajo en relación con la disputa de enero revocó los despidos y rechazó las afirmaciones

de Fiat de que los representantes sindicales habían abusado de sus responsabilidades y promovido conflictos innecesarios en las fábricas de Ferreyra. En marzo 1971, todos los trabajadores de las industrias mecánicas de Córdoba y los de otros gremios, como los empleados públicos y los profesores universitarios, estaban embarcados en huelgas, ya que la patronal quería negociar convenios con su personal.

La designación de José Camilo Uriburu como gobernador de Córdoba (1 marzo 1971)

En los últimos días de febrero 1971, el gobernador Bernardo Bas presentó su renuncia. El 1 de marzo 1971, Levingston designó a José Camilo Uriburu, un fascista perteneciente a una familia aristocrática, como nuevo gobernador de Córdoba. Su nombramiento llegó justo cuando los sindicatos se movilizaban en toda la ciudad y estaba en preparación una nueva protesta obrera. El 2 de marzo 1971, una huelga general de la CGT cordobesa paralizó la ciudad. Este paro general, que fue acatado masivamente, se remató en una concentración en la Plaza Vélez Sarsfield, donde hicieron uso de la palabra representantes obreros de distintos gremios. Sitrac condenó el ENA (Encuentro Nacional de los Argentinos), hegemonizado por el PC y patrocinado por Tosco. Al finalizar el acto, una gruesa columna en donde estaba Sitrac-Sitram se dirigió hasta la cárcel de encausados a llevar su solidaridad con los presos políticos ahí recluidos.

El 5 de marzo 1971, Tosco propuso la creación de un comité de huelga, que incluiría a los sindicatos de Fiat, a fin de preparar la ocupación obrera de todas las talleres y fábricas de la ciudad el 12 de marzo 1971, como protesta por diversos reclamos, entre ellos la suspensión de la personería gremial de Luz y Fuerza, y para exigir el fin de la dictadura. El 6 de marzo 1971, Elpidio Torres, desacreditado desde la huelga de mayo-julio 1970 y sitiado por la oposición en el sindicato, renunció a la secretaría general del SMATA, dejando al gremio más importante de la ciudad en manos de lugartenientes. Al día siguiente, 7 de marzo 1971, Uriburu pronunció su infame discurso público ante la oligarquía cordobesa en la Fiesta del Trigo de Leones, en el cual se comprometió a “cortarle la cabeza de un solo tajo a la víbora venenosa que anida” en Córdoba.

El blanco de la amenaza de Uriburu no fue pasado por alto en los sindicatos de Córdoba, y el comité de huelga propuso un encuentro para el día 9 de marzo 1971 a fin de planificar su respuesta. Los sindicatos de Fiat habían rechazado anteriores invitaciones a unirse a la CGT local. Siempre habían defendido su postura aduciendo que no estaban dispuestos a subordinar la lucha de los trabajadores de Fiat a los dictados de una organización obrera en la cual los sindicatos ortodoxos, antidemocráticos y en muchos casos derechistas, aún conservaban la mayoría. La distante relación se había vuelto más tirante cuando la CGT cordobesa no prestó apoyo con medidas huelguísticas a los trabajadores de Fiat en medio del conflicto por los despidos de enero 1971. De los principales dirigentes gremiales de la ciudad, Tosco era el único que había hecho una declaración pública en favor del SITRAC. Los sindicatos de Fiat habían respondido

increpando públicamente a la CGT cordobesa, y en lo sucesivo SITRAC-SITRAM incluyeron a ésta en sus denuncias de la burocracia sindical.

El plenario del 9 de marzo 1971 y la decisión de Tosco de tomar las fábricas

El 9 de marzo 1971 se realiza un nuevo plenario de los gremios en la CGT para considerar el resultado del paro anterior y la continuidad del plan de lucha. En ese plenario se resolvió para el día 12 de marzo 1971 una jornada de “esclarecimiento” y un paro desde las 10 horas con ocupación de los establecimientos públicos y privados.

La dirección de Sitrac-Sitram se opuso a las tomas de establecimientos porque entendía que una toma de fábrica es una medida contundente a la que apelan los trabajadores como último recurso, y que por lo tanto no podía ser que con anticipación se le dijera a los patronos qué día y a qué hora las fábricas serían tomadas, porque de esa manera se ausentarían y no habría posibilidad de tomar rehenes, dejando así la posibilidad de ser desalojados sin poder ofrecer resistencia. Además, en el caso de Sitrac, que tenía un conflicto con la empresa por los despidos del 14 de enero 1971 y no habiendo fallado el árbitro, la toma de la fábrica podía ser utilizada como pretexto por la empresa para desconocer el compromiso contraído de aceptar la reincorporación que el árbitro Dr. Cancher les había prometido. Por estas dos razones mocionaron para que se hiciera un paro de 24 horas con abandono a las 10 y asambleas en puerta de fábrica y concentración en el centro - en otras palabras un retorno a la estrategia general que había conducido al Cordobazo.

Siendo minoría en el plenario, por la falta de apoyo de Tosco, la moción de los delegados de Sitrac-Sitram fue derrotada. No obstante, decidieron hacer su propia medida de fuerza con abandono a las 10 y concentración en el paso a nivel de Materfer para juntar a los obreros de las dos fábricas. Las columnas obreras que se encontrarían en la Plaza Vélez Sarsfield para hacer una demostración pública contra el gobierno y la patronal.

El asesinato de Alfredo Cepeday el Ferreyrazo (12 marzo 1971)

El 12 de marzo de 1971, los obreros de Fiat hicieron abandono de fábrica y se concentraron en el paso a nivel de Materfer, un punto intermedio entre las dos fábricas. Cuando se dirigían al acto vieron que en un coche policial llevaban detenido al párroco de Ferreyra, el cura Giaccaglia, que les había facilitado la parroquia para la huelga de hambre que habían realizado el 24 y 25 de diciembre 1970, pidiendo la reincorporación de dos obreros despedidos. De ahí en más el acto se transformó en una lucha por la libertad del cura y se decidió así marchar hasta la capilla y de ahí dirigirse al barrio Nicolás Avellaneda, donde se proponían hacer un acto público. Se unieron a ellos activistas de algunas fábricas que al igual cuestionaban a la burocracia sindical y algunas agrupaciones estudiantiles. Con alrededor de 2.500 trabajadores y estudiantes se realizó el acto. Finalizado éste

y cuando sedispone a marchar, algunos compañeros, los más remisos, comenzaron a retirarse. Una vez que llegaron al barrio Avellaneda decidieron cortar la Ruta 9 y formar barricadas. Esta jornada de lucha, que hasta ese momento se había desarrollado en calma, se vio alterada por la presencia de un camión de los bomberos pretendiendo desalojarnos de la ruta. Ahí comenzó el primer enfrentamiento, dado que a la intimación fue respondida con una serie de pedradas que ellos contestaron con tiros de pistola. Enseguida llegó la policía y el enfrentamiento se hizo más encarnizado. Los obreros de Fiat se refugiaron en los hogares obreros para protegerse de las balas y gases de la policía, dirigida por el comisario Sanmartino. En esas circunstancias, mientras un grupo de jóvenes y obreros resistían la represión, un agente desde la posición de rodilla en tierra descerrajó un balazo con pistola 45 que dio en el pómulo de un obrero de 17 años, Adolfo Cepeda. Después del asesinato de Cepeda la policía se retiró, el vecindario se reunió en las esquinas y comenzaron a aparecer grupos de activistas para cortar la Ruta 9. Un grupo de éstos incendió una casilla del ferrocarril, mientras otro se dirigió a la puerta de fábrica para evitar que los obreros volvieran al trabajo (el paro era hasta las 14 horas), a la vez que se resolvió que el turno tarde tampoco concurriría a trabajar.

El sábado 13 de marzo de 1974 la actividad estuvo centrada en el velatorio de Cepeda, la denuncia de su asesinato como así también la feroz represión de la que habían sido objeto no sólo los obreros de Fiat sino toda la barriada de Ferreyra. Durante toda la noche, desfiló por el velatorio una cantidad superior a las 1.000 personas. En algunas calles se levantaron barricadas con troncos, recortes de hierros y clavos miguelito. El domingo 14 de marzo 1971, a las 10 de la mañana, salió el cortejo fúnebre formado por unas cuatro mil personas en marcha hacia el cementerio de San Vicente, llevando a pulso el ataúd.

Este conflicto, el Ferreyrazo, como lo llamaron posteriormente los trabajadores de Fiat, señaló el comienzo de una insurrección obrera que abarcó toda la ciudad.

El Viborazo (15 marzo 1971)

Miles de airados trabajadores de Fiat abandonaron las plantas el lunes 15 de marzo 1971 a la mañana. Las columnas de SITRAC-SITRAM marcharon como se había planificado desde Ferreyra hasta el centro de la ciudad, esperando encontrar allí a miles de compañeros para la demostración. En ruta, recibieron la primera de las muchas sorpresas que experimentarían ese día. Al pasar cerca de la planta de energía de Villa Revol, la principal fuente de electricidad de la ciudad, las columnas de SITRAC-SITRAM notaron la presencia de trabajadores de Luz y Fuerza apostados dentro de ella, signo de que su sindicato había emprendido una ocupación en vez de encaminarse a la Plaza Vélez Sarsfield, una medida, que provocó el escarnio de los trabajadores de Fiat, que la consideraron como una traición al compromiso del 9 de marzo 1971. Cuando las columnas llegaron a la plaza, descubrieron también que la CGT no había instalado ni la tribuna ni los altoparlantes que se habían convenido. La mayoría de los gremios

ortodoxos se había negado a participar, y los legalistas(UTA) e independientes participaron individualmente, tomando decisiones estratégicas, en especial la de Tosco de ocupar Villa Revol, que nunca comunicaron a los sindicatos de Fiat. El resultado fue una protesta desorganizada, si bien fue masiva, que careció incluso de las preparaciones tácticas y organizativas mínimas del Cordobazo.

Los trabajadores de Fiat e IME constituyeron los dos contingentes obreros más grandes en el centro de la ciudad. Después de discursos de Maser y Florencio Díaz, secretario general del SITRAM, y al correr la voz de la ocupación de Villa Revol por parte de Tosco, estallaron los debates acerca de qué paso dar a continuación. Ignorando las exhortaciones de los sindicatos de Fiat a quedarse en la plaza, un contingente, dirigido principalmente por los trabajadores de Luz y Fuerza y el SMATA que estaban presentes, marchó hacia Villa Revol para apoyar a Tosco. Pronto otros sindicatos dejaron la plaza para ocupar los barrios cercanos, como Alberdi y Clínicas, centros de la protesta durante el Cordobazo. Poco después se unieron a ellos estudiantes y ciudadanos comunes, y en las primeras horas de la tarde la ciudad estaba una vez más sumergida en una ola de destrucción, mayor incluso que la del Cordobazo en términos de daños a la propiedad, si no en pérdida de vidas humanas. Los ataques a las empresas se difundieron, y hacia la media tarde el Banco del Interior, el Banco de Galicia, el Jockey Club y una varios supermercados estaban en llamas, convirtiéndose en las primeras de unas cien empresas que serían incendiadas y saqueadas ese día. Entre tanto, algunos trabajadores de SITRAC-SITRAM habían ocupado el cercano Barrio Güemes mientras otros volvían a Ferreyra, donde se levantaron barricadas y se cortó la ruta 9 de entrada a la ciudad. A diferencia del levantamiento de 1969, el distrito céntrico cercano no fue ocupado; los manifestantes, en cambio, eligieron una estrategia de retirada y fortificación en los barrios adyacentes. Los trabajadores de Fiat construyeron barricadas en Güemes, así como en otros barrios como Colón y San Vicente.

La intervención del ejército contra el Viborazo (16 marzo 1971)

Al día siguiente, 16 de marzo 1971, llegó de Buenos Aires una brigada que se topó con poca de la resistencia callejera encontrada por las tropas del ejército en el Cordobazo. Varias horas después la ciudad estaba ocupada y las barricadas callejeras abandonadas. Ese mismo día el Ministerio de Trabajo anunció la intervención de cinco de sindicatos, entre ellos SITRAC-SITRAM, y el ejército libró órdenes de captura y detención de Tosco, Maser y el resto de los principales dirigentes gremiales de la ciudad, que planificaban ahora la resistencia a través de la CGT. El 17 de marzo 1971, el gobierno de Levingston solicitó la renuncia del gobernador Uriburu, puso a la provincia bajo control militar y reinstauró apresuradamente la pena de muerte en el código penal argentino. Tras una huelga general de la CGT cordobesa el día 18 de marzo 1971, Córdoba fue declarada zona de emergencia; se desplegaron tropas en casi todos los barrios de la ciudad así

como en los complejos de Fiat e IKA-Renault. No obstante, la resistencia prosiguió, y el 19 de marzo 1971 los trabajadores de Fiat abandonaron las plantas de Concord y Materfer para protestar contra la presencia de las tropas en el complejo Gregorio Flores fue detenido. Fiat procedió más tarde a despedir obreros y sacó una solicitada en los diarios pidiendo personal que quisiera trabajar, formándose largas colas de desocupados que pugnaban por entrar a ocupar las vacantes que dejaban los que fueron despedidos. Cuando Martínez de Hoz dejó el directorio de Acindar para ocupar el Ministerio de Economía, esa vacante fue ocupada por el general Alcides López Aufranc, comandante del III cuerpo de ejército.

Los días siguientes trajeron incesantes patrullas del ejército por las calles de Córdoba, allanamientos de edificios gremiales y cientos de arrestos de trabajadores y sindicalistas. Los pedidos de apoyo hechas por la delegación cordobesa a Rucci y la CGT nacional fueron ignorados en el congreso obrero nacional realizado en Rosario el 19 y 20 de marzo 1971.

El Viborazo tuvo un carácter predominantemente obrero; la participación de los estudiantes universitarios y la población en general de la ciudad fue un factor mucho menos importante, y los intereses estrictamente obreros fueron más determinantes que en el Cordobazo. Al mismo tiempo, la izquierda tuvo más presencia: las críticas se dirigían menos al gobierno de Levingston que al sistema capitalista mismo.

La destitución de Levingston y la asunción de Lanusse (26 de marzo de 1971)

Los dirigentes de SITRAC-SITRAM que aún estaban en libertad prometieron continuar la resistencia clandestina. Esa promesa y la consideración del humor intranquilo e insurreccional que aún reinaba en Córdoba convencieron al comandante del ejército, general Alejandro Agustín Lanusse, de la necesidad de destituir a Levingston y asumir el control del gobierno el 23 de marzo 1971. Por segunda vez en menos de dos años, los acontecimientos en Córdoba habían sido decisivos en el derrumbe del gobierno central.

La ofensiva de Fiat contra SITRAC-SITRAM

Inmediatamente después del Viborazo, la patronal -Fiat en especial- procuró restablecer el equilibrio de poder en sus plantas. A pesar del paro del 19 de marzo 1971, la presencia de tropas del ejército en el complejo de Ferreyra y en las fábricas mismas impidió gran parte de la actividad en la base fabril. La empresa comenzó también a presionar al gobierno para que éste adoptara medidas legales contra el SITRAC y el SITRAM, afirmando que sufría una grave caída de la producción y una pérdida de ganancias como resultado de los problemas laborales. Como otra táctica intimidatoria, Fiat contrató a un escribano público para que documentara las condiciones en la planta, a fin de usar esa certificación como prueba en la demanda judicial que preparaba contra los dirigentes sindicales.

Los 3 paros cordobeses de abril 1971 y la elección López y Tosco al frente de la CGT local

A pesar del establecimiento de la ley marcial, la proscripción de sus sindicatos y la ofensiva empresarial, los trabajadores de Fiat prosiguieron con sus movilizaciones y protestas, y la militancia del movimiento obrero cordobés se mantuvo en general incólume. La CGT cordobesa realizó paros generales el 2 y el 15 de abril 1971 y programó un tercero para el 29, a fin de protestar contra las medidas represivas del gobierno. El 13 de abril 1971, después de un áspero debate en el cual sindicatos ortodoxos y legalistas intercambiaron insultos, una alianza entre los legalistas y los independientes eligió a López y Tosco como secretario y subsecretario general, respectivamente, de la CGT local, dando a Córdoba el cuerpo regional más pluralista y militante de todo el movimiento obrero y neutralizando a los representantes locales más conservadores y verticalistas del movimiento obrero peronista, los ortodoxos.

La segunda detención de Tosco (18 abril 1971) y la huelga del 29 de abril 1971

Para impedir la huelga del 29 de abril 1971, y en especial como reacción contra la conformación de la nueva CGT, el 28 de general Lanusse visitó personalmente Córdoba. Se emitieron órdenes para la detención de Tosco, y el dirigente de los trabajadores de Luz y Fuerza fue capturado y trasladado en avión a la penitenciaría federal de Villa Devoto, en Buenos Aires, donde compartiría una celda con Raimundo Ongaro durante varios meses. Pero la presencia de Lanusse y el arresto de Tosco sólo sirvieron para elevar las tensiones en la ciudad. La huelga del 29 de abril 1971 se llevó adelante según lo planificado; ni siquiera gestos tan conciliatorios como el levantamiento por parte del Ministerio de Trabajo de las proscripciones gremiales consiguieron disuadir a los sindicatos cordobeses, cuyas movilizaciones se habían convertido en un problema de importancia nacional.

La propuesta de Lanusse de un “Gran Acuerdo Nacional” (GAN) (1 mayo 1971)

El estado insurreccional del movimiento obrero cordobés estaba muy presente en el pensamiento de Lanusse cuando el 1 de mayo 1971 anunció desde Córdoba el auspicio por parte del gobierno militar del Gran Acuerdo Nacional, una propuesta de transición al régimen civil pero también una retirada estratégica de los militares del poder, para combatir la creciente amenaza de la violencia laboral y la insurgencia guerrillera en el país.

El Plenario de Gremios Combativos de Córdoba (22-23 mayo 1971)

El GAN no tuvo impacto en Córdoba, donde los sindicatos lanzaron un nuevo desafío al gobierno al organizar un congreso obrero nacional de sindicatos combativos que se realizó el 22 y 23 mayo 1971, en el que participaron alrededor de 117 sindicatos.

SITRAC-SITRAM sometió a la aprobación del congreso un programa socialista, pero la propuesta más radicalizada de los clasistas de Fiat fue derrotada en la votación, en favor de la auspiciada por los peronistas. La resolución final del congreso convocaba a la nacionalización de todos los grandes sectores de la economía, defendía la planificación central y la participación obrera en la administración de las empresas y representaba un rechazo ilimitado de los programas económicos promovidos por los militares desde 1966. Su verdadera significación, sin embargo, radicaba en que advertía al gobierno que el movimiento obrero cordobés continuaría con su oposición. Los sindicatos de Fiat criticaron la organización misma de la reunión, porque la CGT cordobesa sólo había hecho llegar invitaciones a las conducciones establecidas y no a todos los grupos opositores o listas disidentes que ahora podían encontrarse en muchos sindicatos de todo el país. SITRAC-SITRAM criticaron el programa final por no presentar ningún plan de lucha claro y por no ir más allá que los de La Falda y Huerta Grande.

El Congreso de Sindicatos Combativos y Agrupaciones Clasistas (28-29 agosto 1971)

La falta de apoyo por parte de la CGT cordobesa a los clasistas – que estaban sufriendo atentados tales como una bomba colocada en la casa de Curutchet – hizo que SITRAC-SITRAM se viera obligado a buscar aliados fuera de la ciudad. El 28 y 29 de agosto 1971, los sindicatos de Fiat realizaron un Congreso de Sindicatos Combativos y Agrupaciones Clasistas en Córdoba, una concentración nacional de sindicalistas clasistas de todo el país. Desde la rebelión de 1970 en Fiat y especialmente después del Viborazo, otros grupos sindicales disidentes, particularmente en las provincias, habían adoptado posiciones clasistas en oposición a las conducciones gremiales establecidas y en favor de programas socialistas. En Tucumán, Rosario y especialmente en el cinturón industrial del Paraná, que era el centro de la industria siderúrgica del país, habían surgido en muchos sindicatos minorías influyentes de sindicalistas clasistas. Carlos Maser y Florencio Díaz convocaron el congreso para comenzar a establecer una alianza nacional que proporcionara respaldo y protección mutuos y compensara en parte la falta de apoyo de la CGT.

El Congreso de Sindicatos Combativos y Agrupaciones Clasistas (28-29 agosto 1971) congregó no sólo a sindicalistas sino también a representantes de la mayoría de los partidos marxistas del país. El congreso terminó con la aprobación del programa clasista que había sido presentado y rechazado en el congreso obrero previo de marzo 1971, controlado por los peronistas, y que incluía un plan de lucha específico a llevar adelante contra la patronal y el Estado. Según Gregorio Flores, el congreso “estuvo mal encarado en cuanto se le dio prioridad a la concurrencia de la pequeña burguesía y el estudiantado y no a dirigentes sindicales que tenían tal vez una práctica burocrática administrativa, pero con los cuales podía haberse llegado a acuerdos que les posibilitara ir avanzando en la lucha contra la patronal y la burocracia y el Estado.”

El Programa de SITRAC-SITRAM

(22-23 mayo 1971)

Declaración presentada en el Plenario de Gremios Combativos de Córdoba del 22 y 23 de mayo de 1971. Texto extraído de Cristianismo y Revolución, N° 29, junio de 1971.

“El Sindicato de Trabajadores Concord (SITRAC) y el Sindicato de Trabajadores de Materfer (SITRAM), gremios que agrupan a los trabajadores del complejo industrial Fiat de Ferreyra, en oportunidad de este Congreso de Gremios Combativos de todo el país, reunidos en Córdoba los días 22 y 23 de mayo de 1971, formulan el presente programa que constituye su ponencia en el citado Plenario Nacional convocando a la clase obrera y demás sectores oprimidos del pueblo argentino a continuar y profundizar la lucha de liberación social y nacional.

Visto:

El incesante deterioro de las condiciones de vida y trabajo de las grandes mayorías populares y el proceso de entrega nacional al imperialismo norteamericano, consecuencia inevitable de la concentración monopolista determinada por el desarrollo y organización actual del sistema de producción capitalista;

Que la política económica de los monopolios y de la dictadura, aplicada a un país capitalista dependiente como el nuestro, exige una agobiante explotación del proletariado y un progresivo y rápido empobrecimiento de las capas medias de la población;

Y considerando:

Qué los partidos políticos burgueses y pequeño burgueses tradicionales han demostrado su fracaso histórico en la búsqueda de una salida que rompa el cerco opresivo de la oligarquía terrateniente, la gran burguesía industrial, comercial y financiera y la penetración imperialista;

Que sólo los trabajadores, acaudillando a las masas populares oprimidas, se muestran capaces de enfrentar al sistema de entrega, hambre y represión de los monopolios, librando victoriosas batallas reivindicativas como los “cordobazos” de mayo de 1969 y marzo de 1971, que liquidaron a la llamada “Revolución Argentina”, originando la caída de los agentes del Pentágono, Onganía y Levingston;

Que la clase obrera, frente a la imposibilidad de una salida burguesa, constituye en la Argentina, el agente principal e insustituible del cambio social y la liberación nacional, y en esta hora del proletariado es necesario actualizar y radicalizar los programas fundamentales que en su momento dieron los trabajadores, tales como el de La Falda, Huerta Grande, y el del 12 de Mayo de la CGT de los Argentinos;

Resuelven:

Aprobar las siguientes bases programáticas del movimiento obre-ro clasista, sujetas a las correcciones y modificaciones que vayan exigiendo las experiencias concretas de las luchas populares de liberación.

En el orden económico

1) Estatización del comercio exterior, sistema bancario, financiero y de seguros. El comercio exterior se desarrollará con todos los países del mundo, ampliando y diversificando los mercados internacionales, para lograr una creciente independencia frente al control del intercambio por los países capitalistas desarrollados. Ruptura con el Fondo Monetario Internacional, rechazo de las devaluaciones monetarias impuestas por los monopolios y orientación del sistema crediticio en función de los intereses de los trabajadores y de la Nación.

2) Expropiación de todos los monopolios industriales estratégicos, servicios públicos, y grandes empresas nacionales y extranjeras de distribución. La nacionalización comprenderá, con resguardo del derecho de pequeños accionistas, los rubros del petróleo, energía eléctrica, siderurgia, frigoríficos, transportes ferroviarios, aéreos y marítimos, comunicaciones, cemento, celulosa, papel, petroquímica y química pesada, industria automotriz, ferroviaria, aeronáutica y astilleros, extendiéndose a todos los sectores claves de la economía que comprometan la independencia de la Nación y los intereses generales del pueblo.

3) Apropiación estatal de las fuentes naturales de energía y extensión de la irrigación, caminos, comunicaciones e infraestructura económica y tecnológica al interior del país, suprimiendo la oligarquía portuaria agro-importadora y el centralismo burocrático. Se garantizará el federalismo conforme con una adecuada planificación nacional que canalice la expresión de la voluntad de la población de todos los rincones del país. Se impulsarán enérgicamente todos los resortes básicos de la economía, hasta la completa eliminación de la diferencia entre provincias pobres y provincias ricas.

4) Expropiación sin compensación de la oligarquía terrateniente y utilización de las tierras fiscales para una profunda reforma agraria, que entregue la tierra al campesino que la trabaja, mecanización agrícola, supresión de la intermediación capitalista, a través de los mercados regionales agropecuarios, y el desarrollo de empresas agrícolas dotadas de tecnología moderna bajo propiedad cooperativa o estatal.

5) Planificación integral de la economía, abolición del secreto comercial, protección de la industria nacional, y prohibición de toda exportación directa o indirecta de capitales. Control obrero de la producción y gestión del sector industrial y comercial no expropiado.

6) Desconocimiento de la deuda externa originada en la expoliación imperialista, fijación de las condiciones en que podrán efectuarse inversiones de capital extranjero sin lesionar la soberanía nacional y creciente autofinanciamiento de nuestras actividades eco-nómicas e integración y complementación con los países latinoamericanos que se liberen de la dominación yanqui.

En el orden social, cultural y sindical

1) Mediante la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas privadas y públicas se asegurará el sentido social de la riqueza. La distribución de la renta nacional se orientará hacia la radical eliminación de los salarios de mera subsistencia, asegurándose a todos los habitantes remuneraciones dignas que satisfagan las necesidades de las familias obreras y campesinas en plenitud.

2) Toda la legislación laboral, social y previsional será reestructurada y adecuada a la etapa histórica de transformación económica y social, garantizándose el reajuste salarial automático por alza del costo de la vida, control popular de precios, previsión social integral que proteja a la niñez, vejez e invalidez, estabilidad absoluta de los trabajadores en sus empleos y creación del fuero sindical.

3) Sistema educacional único, planificado, estatal y gratuito en todos sus niveles, con cogobierno estudiantil en el orden universitario y superior. La enseñanza será puesta al servicio de las necesidades de las mayorías populares y de la Nación, con la máxima jerarquización científica y técnica, y creando profesionales aptos para acelerar el desarrollo de la economía nacional independiente de transición al socialismo.

4) Se impulsará una nueva cultura, valorizando el trabajo humano, el arte y el desarrollo intelectual de las masas populares, superando las deformaciones culturales de la sociedad capitalista y preparando a los trabajadores para que ejerzan plenamente su rol histórico de vanguardia en la dirección de la comunidad y tengan acceso a todas las manifestaciones artísticas y literarias y al mejoramiento espiritual en camino hacia el hombre nuevo.

5) El Estado popular asegurará la defensa de los sindicatos como organismos naturales de expresión de los intereses obreros en todo el curso del proceso que lleva a la supresión definitiva del sistema capitalista y la instauración del socialismo, derogando la legislación de asociaciones profesionales en todos los aspectos que afecten la independencia sindical y excluyendo toda injerencia patronal y estatal, garantizándose fundamentalmente el derecho de huelga.

6) Las organizaciones sindicales serán clasistas mientras subsistan vestigios de explotación del hombre por el hombre, puesto que su función es la defensa de los derechos de los trabajadores dentro de un orden social injusto, basado en la existencia de clases dominantes y clases oprimidas. No existe nada más repudiable que las camarillas traidoras enquistadas burocráticamente en las direcciones de los gremios obreros con la misión de entorpecer las luchas sociales de liberación. Constituye una primordial reivindicación de la clase obrera la democratización de los sindicatos y la plena subordinación de las direcciones al mandato y control de las bases.

En el orden político nacional e internacional

1) Las contradicciones y superexplotación derivadas del proceso de concentración monopolista, su inevitable secuela de hambre popular y quiebra total de la economía nacional dependiente, la correlativa acentuación del carácter represivo de la dictadura burguesa, oligárquica y sometida al mandato imperialista y, por fin, el crecimiento de la conciencia y combatividad de las masas obreras y populares conforman hoy el cuadro de las tensiones y luchas sociales en la Argentina.

2) El camino del triunfo popular comienza a recorrerse firmemente desde las históricas jornadas cordobesas del 29 y 30 de mayo de 1969, prontamente extendidas al resto del país. La gran exigencia patriótica de la hora actual es la unidad de acción, organización y lucha de todos los sectores oprimidos, revolucionarios y antiimperialistas, barriendo a las direcciones sindicales al servicio del régimen y del sistema, y avanzando hacia la constitución de un gran frente de liberación social y nacional, que oponga la legítima violencia del pueblo a la violencia de la explotación y la represión de las clases dominantes, que tantos mártires ha costado a la causa popular.

3) La gran tarea del frente de liberación es aglutinar bajo la dirección de los trabajadores a todos los demás sectores oprimidos, a los asalariados del campo y de la ciudad, peones rurales, campesinos pobres y colonos, capas medias de la ciudad, curas del Tercer Mundo, profesionales, intelectuales y artistas progresistas y al conjunto de los estudiantes. Este frente de liberación social y nacional es el instrumento apto para derrotar a las minorías reaccionarias que detentan el poder coaligadas al imperialismo, instaurando mediante la lucha popular y las movilizaciones de masas, un gobierno popular revolucionario dirigido por la clase obrera, que pueda asegurar el cumplimiento del presente programa, concretando la revolución democrática, antimonopolista y antiimperialista en marcha continua hacia el socialismo.

4) El estado popular deberá derogar toda la legislación represiva creada por las clases dominantes para aplastar las justas luchas obreras y oprimir al pueblo disolviendo y suprimiendo todos los organismos armados al servicio de la represión. La garantía de la expresión democrática de las grandes mayorías populares estará representada por una asamblea única del pueblo, depositaria de la soberanía y superadora del centralismo dictatorial y del corrupto parlamentarismo burgués. La organización de la Justicia, cuyos miembros serán designados y removidos por la Asamblea del Pueblo, perderá su carácter individualista para garantizar esencialmente los derechos sociales.

5) El gobierno popular deberá sostener una política internacional solidaria con los pueblos coloniales y dependientes que, como el heroico Vietnam, desarrollan sus luchas de liberación, y apoyar a los trabajadores y sectores sociales oprimidos que defienden sus reivindicaciones y libran sus batallas contra el sistema capitalista en numerosos países del mundo.

Ni golpe ni elección, revolución.”

(Córdoba, 22 y 23 de mayo de 1971)

La falta de apoyo de López y Tosco al SITRAC-SITRAM

La posición de Atilio López y los legalistas en la CGT local seguía siendo vulnerable, debilitada por el encarcelamiento de Tosco y las constantes presiones de los ortodoxos y Buenos Aires para que rompieran la alianza con los independientes y reformaran la CGT con una participación estrictamente peronista. La retirada de los ortodoxos de la central regional precipitó intensas presiones de José Rucci y la jerarquía gremial peronista para que López purgara de los elementos no peronistas del movimiento obrero cordobés. López respondió con su renuncia al cargo de secretario general de la CGT (25 junio 1971), que fue más tarde rechazada por los sindicatos en una asamblea abierta, pero el hecho era que los peronistas como Atilio López –y los independientes de Tosco– no querían asociarse demasiado estrechamente con las corrientes clasistas que actuaban en Ferreyra.

López y otros legalistas, y hasta el propio Tosco, nunca habían ocultado sus dudas acerca del clasismo de Fiat, y no los habían apoyado realmente en los momentos en que, como durante la planificación de las huelgas de marzo 1971 que condujeron al Viborazo, SITRAC y SITRAM procuraron cooperar con los otros sindicatos de Córdoba.

El aislamiento de los sindicatos de Fiat se comprobó desastroso cuando el Estado decidió finalmente eliminar al movimiento clasista cordobés. La primera víctima fue el sindicato de trabajadores del calzado, donde activistas clasistas, con el apoyo de SITRAC-SITRAM, habían dirigido una rebelión de las bases que parecía cernerse sobre la conducción peronista establecida en el gremio para arrancarle el poder. El gobierno clausuró el sindicato de trabajadores del calzado en vísperas del congreso clasista de agosto 1971, y dio aviso de que era inminente una reacción contra el clasismo cordobés en su conjunto.

La represión de los sindicatos de Fiat: El fin de SITRAC-SITRAM (26 octubre 1971)

El 26 de octubre 1971, los turnos matutinos de Concord y Mateifer observaron que las tropas del ejército ocupaban una vez más las fábricas. En Concord, los delegados interrumpieron de inmediato las líneas de producción en sus departamentos, y los trabajadores abandonaron en masa sus puestos para asistir a una asamblea general en la fábrica, pero las tropas los dispersaron rápidamente con gas lacrimógeno y perros entrenados para atacar. A esa hora, los trabajadores de Materfer también habían interrumpido la producción. Poco después de las diez de la mañana, los dirigentes de SITRAC-SITRAM se enteraron de que el Ministerio de Trabajo había cancelado su personería gremial la noche anterior, el 25 de octubre 1971.

La represión de los sindicatos de Fiat fue rápida y decisiva. El gobierno congeló los fondos de SITRAC-SITRAM y unidades del ejército y la policía ocuparon sus sedes de la zona céntrica. El consejero legal de SITRAC, Curutchet, fue arrestado justo cuando estaba en camino a los tribunales provinciales para

presentar una demanda contra la empresa por el constante encarcelamiento de dirigentes sindicales y la campaña de intimidación presuntamente lanzada por ella. La compañía terminó luego lo que había empezado el Estado. El 30 de octubre 1971 Fiat echó a 259 trabajadores, incluyendo a casi todos los miembros de los comités ejecutivos y cuerpos de delegados de SITRAC y SITRAM. Fiat justificó los despidos de representantes sindicales, ilegales según la ley argentina, con un artificio jurídico: como SITRAC y SITRAM ya no tenían personería gremial los despidos ya no eran funcionarios del sindicato. Cuando los trabajadores despedidos entablaron más adelante juicio contra la empresa, Fiat les ofreció una indemnización a cambio de sus renuncias por escrito. La oferta demostraba que la compañía no estaba segura en modo alguno de una decisión judicial favorable, incluso bajo un gobierno militar.

El abandono de SITRAC-SITRAM por los otros sindicatos cordobeses

SITRAC y SITRAM procuraron resistir la campaña gubernamental y empresaria de medidas para quebrar a los sindicatos, pero se encontraron ante el obstáculo de su aislamiento con respecto a los demás sindicatos cordobeses. Si bien los trabajadores del SMATA habían convocado a una huelga y abandonado sus plantas la mañana en que el ejército ocupó el complejo de Ferreyra, los sindicatos de Fiat hallaron escaso apoyo en el movimiento obrero local durante las semanas siguientes. López había acordado incluir las intervenciones a SITRAC y SITRAM en la lista de reclamos que acompañaría al paro general de catorce (!) horas de la CGT local el 29 de octubre 1971, pero se trataba de un ineficaz gesto de solidaridad; López hizo poco para apoyarlos en un momento crítico. En una asamblea abierta de la CGT local el 3 de noviembre 1971, la moción de SITRAC-SITRAM en favor de una huelga general específicamente en apoyo a los sindicatos de Fiat fue derrotada en la votación, y la cuestión quedó a resolución de la escasamente predispuesta CGT central. Después de que la CGT cordobesa publicara un documento crítico para con el movimiento clasista, de Fiat, SITRAC redactó una carta abierta a la organización, que finalmente nunca se envió, acusándola de una pasividad que bordeaba la complicidad con la represión del movimiento clasista en Fiat, la fábrica Perkins y el sindicato de trabajadores del calzado. En privado, la conducción sindical reaccionó amargamente ante la traición de los otros sindicatos cordobeses y la decisión de los legalistas y los independientes de someter la controversia de Fiat a Buenos Aires, lo que interpretó justificadamente como un virtual abandono de SITRAC-SITRAM por los sindicatos locales.

Los intentos de los obreros de Fiat de recuperar el sindicato

Aislados dentro del movimiento obrero cordobés, denostados por Rucci y la CGT central controlada por los peronistas, con todos sus dirigentes en la cárcel o despedidos y con las tropas y los tanques del ejército ocupando las fábricas de Ferreyra, quedaban pocas posibilidades de resistencia sindical. Una huelga convocada el 3 de noviembre 1971 por la conducción de los sindicatos fracasó. A pesar de que su apoyo a la conducción se mantenía incólume, los trabajadores de las plantas estaban asustados, desmoralizados y eran incapaces de actuar con resolución. La vista de miles de postulantes ante las puertas de las fábricas luego que Fiat anunció que tomaría unas 400 personas para ocupar los puestos dejados por los activistas despedidos los desalentó aún más. La empresa incrementó los ritmos de producción en las plantas y volvió a su odiado sistema de remuneración por trabajo a destajo como un medio de reducir el contacto entre los trabajadores y minar la resistencia masiva. Si bien los comités ejecutivos de SITRAC y SITRAM se mantenían firmes, incluso algunos de los dirigentes se descorazonaron frente a una oposición tan abrumadora y aceptaron la indemnización ofrecida por la empresa.

Sin embargo, sólo fue una pequeña minoría de la conducción sindical la que sucumbió a la tentación de abandonar SITRAC-SITRAM. El 30 de diciembre 1971, el subsecretario de SITRAC, Domingo Bizzi, entabló juicio contra la empresa por despido ilegal. Los nombres de otros veinte despedidos de SITRAC-SITRAM se agregaron a la demanda, y durante los tres meses siguientes los trabajadores expulsados de Fiat optaron por una estrategia legal a fin de recuperar sus sindicatos. Tomaron esta medida a pesar de la precaria situación en que ahora se encontraban casi todos los despedidos. Listas negras, elaboradas por Fiat y distribuidas por los militares y las agencias de inteligencia, habían llegado no sólo a las fábricas de IKA-Renault e IME sino también a cientos de pequeños talleres metalúrgicos de la ciudad. A pesar de sus numerosos antecedentes laborales y en algunos casos de sus aptitudes altamente codiciadas, ninguno de los trabajadores despedidos pudo encontrar empleo ni en los complejos mecánicos ni en los talleres metalúrgicos, y nunca pudieron volver a trabajar en la industria automotriz local. Mientras tanto, la represión de Fiat en las plantas proseguía. Los sindicatos protestaron por los despidos graduales (despidos hormiga) de trabajadores de los que se sospechaban simpatías sindicales y acusaron a la empresa de idear una nueva estrategia para contratar operarios de Santiago del Estero, Jujuy, Formosa y Corrientes con la esperanza de hacer de los trabajadores agrícolas de las provincias más pobres y atrasadas del país una mano de obra sumisa.

El secuestro de Oberdan Sallustro por el PRT-ERP (21 marzo 1972)

La posibilidad de una resolución exitosa a su conflicto con la compañía a través del Poder Judicial siempre había sido remota, pero aun la más pequeña que pudiera haber existido desapareció

con el secuestro por parte del ERP del presidente italiano de Fiat, Oberdan Sallustro, el 21 de marzo de 1972. El secuestro fue una medida que la organización guerrillera tomó por su cuenta. Cualquiera haya sido la impresión silenciosa de castigo justo que puedan haber tenido algunos trabajadores ante una represalia hecha en su nombre, la conducción sindical admitió que perjudicaba irremediamente su causa. Fiat trató de inmediato de implicar a SITRAC-SITRAM en el acto terrorista y solicitó que los sindicatos y su encarcelado consejero legal intercedieran y negociaran la liberación de Sallustro directamente con el ERP. Cualquier acuerdo de los dirigentes despedidos habría comprometido a SITRAC-SITRAM, ensuciado su reputación y dado crédito a las acusaciones de la empresa acerca de vínculos con la izquierda guerrillera. Los dirigentes sindicales y Curutchet condenaron y rechazaron la solicitud de la compañía e insistieron en que era una cuestión limitada estrictamente a Fiat, el gobierno y el ERP. Sin embargo, la naturaleza pública de la disputa y luego la muerte de Sallustro en Buenos Aires el 10 de abril de 1972 en un tiroteo entre sus captores y la policía, arrojaron una sombra sobre los sindicatos de Fiat y terminaron con sus posibilidades de recuperar la personería gremial.

Fuente: Los sindicatos clasistas: SiTraC (1970 – 1971) de Natalia Duval. Pág. 145 a 148.

El 26 de octubre de 1971 el Ministerio de Trabajo de la Nación retira las personerías jurídicas y cancela las personerías gremiales de SiTraC y SiTram. La Policía provincial ocupa las sedes gremiales, la gendarmería se instala dentro de las fábricas Concord y Materfer. El 30 de octubre Fiat anuncia 259 despidos (que en los días siguientes superarán los 400), que incluyen a los miembros de las Comisiones Directivas, los Cuerpos de Delegados y numerosos activistas.

VII Una Posibilidad

Transcurridos nueve meses desde la cancelación de las personerías, la lista marrón gana, en SMATA Córdoba, la dirección de ese sindicato, desalojando a la conducción liderada por Bagué, el heredero de Elpidio Torres. Algunos integrantes de la nueva dirección del SMATA reivindican una perspectiva clasista, y los dirigentes de Sitrac-Sitram consideran que la afiliación de los trabajadores de FIAT a SMATA puede proporcionarles una cobertura sindical que reemplace la de los organismos cuya personería parece cada vez más difícil de recuperar. El volante que se transcribe informa, con una franqueza y objetividad poco usuales, sobre las tratativas realizadas con SMATA y la propuesta de los dirigentes clasistas a los trabajadores de FIAT.

Nuestro planteo anterior de la afiliación al SMATA merece ahora una fundamentación más extensa.

Por qué proponemos la afiliación al SMATA:

La recuperación para los trabajadores de los Sindicatos de Concord y Materfer abrió un nuevo proceso para el movimiento obrero de Córdoba y del país. Sitrac y Sitram surgen como una clara opción independiente para la clase obrera, en su lucha contra la dictadura, las patronales y la burocracia. Rescatan la democracia proletaria, la decisión por Asamblea ante todo problema que se presente. Plantean la lucha contra la explotación como la lucha contra un sistema y el objetivo final de la construcción de una sociedad sin explotadores ni explotados.

Durante los ocho meses transcurridos desde la cancelación de las personerías de SITRAC y SITRAM, en condiciones durísimas de represión patronal y policial, hemos encarado la reorganización sindical. Y hoy se abre una perspectiva que puede ayudarnos a superar las limitaciones del funcionamiento en la clandestinidad: es que las bases del SMATA, al derrocar a la burocracia traidora encabezada por Bagué, han dado un paso importantísimo. Los obreros mecánicos tienen ahora la oportunidad de transformar al SMATA en un instrumento para la defensa de sus intereses.

Nuestra experiencia, la de todos los obreros de FIAT, desde el 23 de marzo del 70 nos enseña que la única garantía para ello, es la línea clasista, concretada en la movilización y la lucha constante de las bases:

Por ello, planteamos ahora a través de la afiliación al SMATA, la posibilidad de unificar con una misma perspectiva, en un mismo programa, a las bases del SMATA y de FIAT, para fortalecer y desarrollar el clasismo, como única alternativa válida para todo el movimiento obrero del país.

Qué resolvió la dirección del SMATA:

Cuando nos hemos dirigido a la actual dirección del SMATA para discutir con ellos la afiliación de los trabajadores de FIAT a ese sindicato, se nos exigió como condición para reconocer nuestra representatividad, un “balance del clasismo”, sosteniendo que la represión se dio porque nuestra línea fue errada.

Nosotros pensamos, hoy más que nunca, que los aciertos del Sitrac-Sitram son los que obligaron a la dictadura a reprimirnos, e impulsaron a la Empresa a despedir a todos los delegados y activistas: los explotadores no se aguantaban ya el desarrollo de una línea que empezaba a prender masivamente en la clase obrera. No obstante, estamos dispuestos a reconocer nuestros posibles errores, pero únicamente ante los obreros de FIAT y con su aporte, no por imposición de la dirección del SMATA, cuya exigencia hemos rechazado.

Hoy tenemos que comunicar que la línea que opone al clasismo ha triunfado en la votación realizada en la Comisión Ejecutiva del SMATA; ellos resolvieron asumir directamente la afiliación en FIAT, desconociendo de hecho a las direcciones clasistas de SITRAC y SITRAM.

Consideramos que esa resolución, además de constituir una forma burocrática de organización, se presta a toda clase de maniobras para utilizar a las bases de FIAT como capital político

en un juego de fuerzas que nos es ajeno y que está dirigido a debilitar el clasismo y frenar la independencia de los trabajadores.

Por qué insistimos en la afiliación a SMATA:

Para desbaratar esta maniobra, para fortalecer el clasismo, para unificar por abajo a todos los obreros mecánicos y para frenar la intenciona de la dictadura y la empresa de meternos por decreto en la UOM, las direcciones del SITRAC y SITRAM insistimos en la afiliación al SMATA. Pero debemos tener en cuenta un hecho fundamental: los obreros de FIAT no votaron a la actual dirección de SMATA. Votaron e impulsaron la acción de las directivas de SITRAC y SITRAM, y ellas deberán funcionar como Comisiones Internas frente al SMATA hasta que las bases de FIAT, democráticamente, se den una nueva dirección.

Cómo garantizar la continuidad de nuestra línea sindical en la afiliación al SMATA:

Para desbaratar cualquier maniobra burocrática, organizaremos la afiliación en la siguiente forma:

a) Las fichas serán redactadas por SITRAC-SITRAM y llevarán firma del trabajador de Fiat refrendada por las firmas de Masera y Páez para Concord y de Suffi y Villalba para Materfer.

b) Estas fichas serán distribuidas por la dirección de SITRAC y SITRAM a través de la organización clandestina con nuestros responsables, que deberán hacerlas firmar y devolverlas a la dirección.

c) Las fichas serán entregadas a SMATA en bloque.

d) Para garantizar la efectividad del trabajo y la presentación de las fichas en bloque, todos los trámites se realizarán en la más estricta reserva.

Nota: La posición planteada en este volante cuenta con el aval de los compañeros presos en Rawson.

Por un sindicato de los obreros y para los obreros.

*SITRAC-SITRAM
Córdoba, 6 de julio de 1972
Volante mimeografiado*

Los orígenes del el Partido Comunista Revolucionario (PCR)

En 1967-8, unos 4.000 militantes, en su mayoría pertenecientes a la Federación Juvenil (FEDE), fueron expulsados del Partido Comunista Argentino (PCA). Esta corriente disconforme estaba unida en un Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria (CNRR). Según el líder del PCR, Otto Vargas: “Nos unimos en cuatro puntos contra la dirección revisionista y oportunista del Partido Comunista: En rechazo a sus métodos centralistas burocráticos, antileninistas; a su línea seguidista de la burguesía; por la vía armada como única vía para el triunfo de la revolución; y en repudio a su línea internacional, especialmente por su posición de rechazo a la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad impulsada por Cuba).” El acuerdo en torno a la vía armada, lejos de homogeneizar al grupo, provoca las divergencias que conducirán al alejamiento de la corriente zaratista, que se incorporará a las FAL. Poco a poco, al estructura organizativa del futuro PCR se va consolidando en torno a la posición de la que la insurrección será “la forma específica de la vía armada” en Argentina. El PCR prohíbe que sus militantes se concentren en el desarrollo de grupos armados clandestinos. En esta confrontación se enfrentaron tres posiciones. La primera era la insurreccional que, promovida por Otto Vargas, priorizaba el trabajo sindical y la inserción en el movimiento obrero. La segunda, impulsada por Ricardo Saief (miembro del Comité Central del PCR y dirigente de su aparato militar), si bien acordaba con la anterior, también defendía la realización de propaganda armada como medio para impulsar la insurrección. La tercera era la corriente zaratista, liderada por Luis María Aguirre (“Zárate”), que sostenía que era imprescindible la formación de células armadas dedicadas a la acumulación de fuerzas militares y la propaganda armada. El Cordobazo (29 mayo 1969) volcó la balanza en favor de la posición de Otto Vargas, que triunfó en el primer congreso del PCR, celebrado en Córdoba del 11 al 14 de diciembre de 1969. El PCR rechazó la construcción de una organización clandestina centrada en la propaganda armada, argumentando que eso conducía a una desvinculación de las masas. Al mismo tiempo, rechaza las tesis maoístas clásicas de avanzar “del campo a la ciudad”, afirmando que en Argentina resultaba imposible desarrollar una estrategia militar a partir del ámbito rural y centrando su trabajo en el movimiento obrero.

El PCR y el SMATA en Córdoba

Los mayores esfuerzos del PCR se dirigieron hacia el complejo IKA-Renault. Los miembros del partido dirigieron la ocupación fabril de Perdriel que desencadenó la gran huelga de junio de 1970, y se debió en gran medida a los esfuerzos del PCR el hecho de que la izquierda se recobrara del desastroso resultado de la misma y pudiera reconstruir el movimiento de recuperación sindical antitorrista en las plantas de IKA-Renault – dirigido, luego de la renuncia de Elpidio Torres en junio de 1970, contra su sucesor, Mario Bagué.

El Movimiento de Recuperación Sindical (MRS)

A pesar de la derrota de la huelga de junio de 1970 en la planta de Perdriel de IKA-Renault (y del despido de unos 600 trabajadores, cifra que incluía a la mayoría de los activistas de izquierda de la planta de Perdriel y del resto del complejo IKA-Renault a iniciativa de Elpidio Torres), la oposición de izquierda a la burocracia sindical en el SMATA Córdoba se recuperó y se preparó para competir con los sucesores de Torres, liderados por Mario Bagué, en las elecciones de enero de 1972 en las plantas de IKA-Renault y otras fábricas afiliadas al SMATA (Thompson-Ramco, Ford-Transax, Grandes Motores Diesel, Ilsa). A fines de 1971, los opositores izquierdistas organizaron el Movimiento de Recuperación Sindical (MRS), una alianza que incluía a activistas del PC, el PCR, Palabra Obrera, El Obrero, el Peronismo de Base, Vanguardia Comunista y muchos independientes e incluso algunos peronistas. Si bien el MRS había recibido un temprano respaldo de SITRAC-SITRAM e incluso publicado sus primeros volantes en el edificio sindical de los trabajadores de Fiat, después de que el gobierno suprimiera los sindicatos de Ferreyra los activistas del SMATA procuraron distanciarse de sus antiguos aliados y exhibir una imagen más moderada, llegando a borrar la palabra clasismo de su programa sindical.

Las autoridades de Buenos Aires, Dirk Kloosterman y José Rodríguez, secretarios generales de la central y la seccional Buenos Aires del SMATA, respectivamente, reconocieron la amenaza potencial de una victoria del MRS en Córdoba, no sólo para Bagué y los peronistas cordobeses, sino también para sí mismos. Las relaciones calmas entre obreros y patronal que habían caracterizado la primera década de existencia de las empresas instaladas en Buenos Aires terminaron a comienzos de los años setenta con una serie de movilizaciones, incluyendo una prolongada y áspera huelga en las plantas de Citroën en 1971. Una victoria del MRS podría alentar a los militantes de base de las plantas de Buenos Aires a capitalizar el descontento obrero y preparar desafíos sindicales por su propia cuenta. Para respaldar a Bagué, el SMATA nacional emprendió a fines de 1971 una campaña publicitaria nacional en apoyo de la dirigencia peronista del sindicato de trabajadores del automóvil. Bajo el lema “Violencia no, justicia sí!”, el SMATA atacó al clasismo e intentó vincular la creciente violencia política en el país con una izquierda subversiva, una izquierda que, según insinuaba, estaba trabajando en muchos niveles de la sociedad argentina, incluyendo las filas del movimiento obrero. Se señalaba especialmente a SITRAC-SITRAM por su supuesto aventurerismo e irresponsabilidad, por haberse empeñado en una “gimnasia subversiva”, manera en que, en lo sucesivo, la burocracia sindical peronista se referiría despectivamente a cualquier signo de militancia obrera independiente de su control. Pero no contaban con medios para disciplinarlos, ya que la descentralización financiera le dio a los sindicatos cordobeses un control casi completo de los fondos sindicales.

La lista marrón de Salamanca y las elecciones del 26 al 28 de abril 1972 en el SMATA

El éxito de la campaña de oposición a Bagué y la percepción que tenían los miembros del MRS del generalizado descontento obrero hacia la conducción alentaron a los disidentes a formar, a fines de enero de 1972, una lista sindical, la lista Marrón, para competir contra la Verde y Celeste torrista en las elecciones de abril. Poco después la lista Marrón presentó su plataforma electoral, una serie de reformas sindicales propuestas con un tono deliberadamente apolítico, en las cuales no aparecía la palabra clasista. La plataforma electoral propuesta por la lista marrón en todas las plantas afiliadas al SMATA incluía los siguientes puntos: 1) reducir de trece a cuatro el número de funcionarios gremiales pagos, con la exigencia de que todos trabajaran en las plantas de manera rotativa; 2) permitir la destitución de su puesto de cualquier delegado si así lo votaba una asamblea abierta; 3) requerir que todas las resoluciones del sindicato se votaran en asamblea abierta; 4) pleno respaldo gremial a la restitución del sábado inglés; 5) afiliación de los empleados administrativos de todas las plantas del SMATA; 6) un único convenio colectivo para todos los trabajadores del SMATA cordobés, con ajustes cuatrimestrales obligatorios de los salarios; 7) exigir que la empresa reconociera las condiciones “insalubres” de trabajo en la forja, así como en los departamentos de pintura, galvanoplastia, tratamiento térmico y fundición; 8) reducción de los ritmos de producción y participación gremial en la futura determinación de la marcha del trabajo.

El 9 de abril de 1972 se celebraron las elecciones a la CGT cordobesa. Los legalistas y los independientes fortalecieron su alianza y eligieron a Atilio López y a Agustín Tosco como secretario general y secretario adjunto de la CGT Córdoba. Del 16 al 18 de abril de 1972 se celebraron las elecciones al SMATA, en las cuales triunfó a lista marrón, derrotando a la lista peronista por 3.089 votos contra 2.804. El nuevo secretario general del sindicato, René Salamanca, tenía 31 años y pertenecía al PCR. La lista Marrón victoriosa incluía miembros del PCR, el PC, VC y Peronismo de Base, así como izquierdistas independientes y peronistas antitorristas. A causa del respeto a la estrategia de Tosco de cultivar el apoyo de los sectores combativos del gremialismo peronista en vez de respaldar a un movimiento separado de trabajadores clasistas, el PC no expresó públicamente su apoyo a la lista Marrón. No obstante, algunos de los integrantes del comité ejecutivo clasista, como Hugo Rivera (secretario gremial) y Miguel Leiva (secretario administrativo) eran miembros del partido o estaban estrechamente asociados con los comunistas. Como lo habían hecho los clasistas de Fiat, la dirigencia del SMATA escogió las condiciones de trabajo insalubres en la forja de la empresa como un primer tema para enfrentar a la autoridad gerencial en la base fabril. A principios de agosto 1972, el sindicato llevó a un equipo de médicos expertos para que observaran y documentaran las condiciones laborales en las plantas y Salamanca las denunció en una conferencia de prensa.

Dado que no había esperanzas de resucitar a SITRAC-SITRAM, con la victoria de la lista Marrón, los clasistas

comenzaron a promover la afiliación de los trabajadores de Fiat al SMATA, si bien se sintieron traicionados porque este último no exigió la reincorporación de la dirección sindical despedida de SITRAC-SITRAM. Desde la cárcel de Rawson, el ex delegado Gregorio Flores expresó la opinión generalizada de la dirigencia encarcelada de que la desaparición de los sindicatos de Fiat era un hecho consumado y urgió a que se organizara un movimiento bien arraigado para obligar a la empresa a aceptar la afiliación al SMATA. Varios días más tarde, desde su propia celda en Rawson, Alfredo Curutchet manifestó una opinión similar y subrayó que la afiliación al SMATA era una necesidad absoluta, dadas las inminentes negociaciones colectivas. La falta de una representación sindical efectiva en estas tareas, sugirió, sería desastrosa para los trabajadores de Fiat y dejaría las puertas abiertas a una afiliación a la UOM de Alejo Simó, apoyado por Rucci.

Salamanca y el nuevo comité ejecutivo del SMATA acordaron oponer resistencia a los planes de la UOM y apoyar la afiliación de los trabajadores de Fiat a su sindicato, a pesar de los extendidos recelos por la experiencia de SITRAC-SITRAM existentes en sus filas. El propio partido de Salamanca, el PCR, era un crítico especialmente duro del clasismo de Fiat. Durante mucho tiempo había pintado a la rebelión de los trabajadores de esa empresa como un movimiento de bases bien intencionado y honesto al que habían echado a perder su ingenuidad y “aislacionismo” políticos, específicamente manifiestos en su negativa a cooperar con los elementos “progresistas” del movimiento obrero cordobés en la CGT local. El PCR, VC y otros partidos que constituían la conducción del SMATA acusaron a la conducción de Fiat de sentir una aversión “trotskista” a la organización y la disciplina política, lo que les había costado perder la oportunidad de dirigir un movimiento alternativo de los trabajadores. Salamanca se definía a sí mismo como “neoclasista”.

A pesar de sus diferencias, la abrumadora mayoría de los clasistas de Fiat las hicieron a un lado y propugnaron la afiliación al SMATA. Para la mayor parte de los leales a SITRAC-SITRAM, desaparecida la posibilidad de recuperar sus sindicatos, sólo la afiliación a aquél prometía una representación sindical competente y la protección de los logros ya obtenidos. Los dirigentes de Fiat caracterizaron a la nueva conducción del SMATA como honesta y democrática si bien aún no clasista, y sostuvieron que la afiliación no sólo salvaguardaría los intereses de los trabajadores de la empresa sino que también tendría una influencia positiva en el SMATA, contribuyendo a definir su propia identidad clasista. No obstante, la discrepancia entre ambos se mantuvo latente y acechó detrás de la campaña de afiliación, en el transcurso de la cual se llenaron más de 1.200 fichas, a pesar de la campaña intimidatoria de la empresa, que incluía despidos de simpatizantes sindicales y un aumento brutal de los ritmos de producción que impedían el proselitismo.

La decisión de un juzgado federal y una inspección del Ministerio de Trabajo que otorgaron a la UOM la jurisdicción sobre los trabajadores de Fiat no disuadieron al SMATA. Éste descalificó la medida como una maniobra políticamente inspirada por el gobierno militar, en alianza con la burocracia sindical y Fiat, para impedir la consolidación de una representación clasista del proletariado mecánico cordobés. Como

respuesta, a principios de noviembre 1972 activistas del SMATA comenzaron a realizar un plebiscito de tres días en las puertas de la fábrica Concord que produjo una importante victoria para el clasismo; 1.339 trabajadores de Concord votaron en favor de la afiliación al SMATA y sólo 164 por la UOM. Si bien ésta rechazó los resultados basándose en una serie de tecnicismos y se negó a permitir un plebiscito programado para la fábrica Materfer, el voto fue una victoria moral para el SMATA y un signo más de que los sindicatos de izquierda de la ciudad mantenían la iniciativa y que la burocracia sindical peronista, encabezada por la UOM de Lorenzo Miguel, sólo podía resistir su avance en alianza con los poderes del Estado.

Salamanca y Tosco

La actividad de Salamanca como activista sindical había comenzado en la década de 1960, cuando se postuló sin éxito como delegado de su pequeño taller metalúrgico contra la lista oficial de Simó. Como podía preverse, perdió la elección y, un poco más adelante, el trabajo. Sus lazos con el PCR se establecieron por esos mismos años, y poco después del Cordobazo ingresó a la altamente calificada matricería de la forja de IKA-Renault como activista del partido. Fue uno de los muchos militantes del PCR que procuraron encontrar empleo en las fábricas de mayor calificación afiliadas al SMATA como parte de la estrategia de inserción del partido en el movimiento obrero local.

Si bien se unió rápidamente al Grupo 1° de Mayo, antitorrista, Salamanca no tuvo una participación abierta en los asuntos gremiales hasta 1970, cuando logró derrotar al candidato de Torres en una elección de delegados. El sindicato se negó a reconocer su victoria aduciendo que todavía no hacía un año que estaba afiliado, requisito contemplado por los estatutos del SMATA para los cargos sindicales. En 1971 se postuló nuevamente para el cargo relativamente menor de subdelegado, y esta vez su triunfo fue reconocido por el sindicato. Salamanca era por entonces una de las figuras principales del MRS, y cuando a principios de 1972 éste decidió competir con la lista torrista, fue natural que se lo eligiera para encabezar la políticamente pluralista lista Marrón.

Tosco regresó a Córdoba el 16 de septiembre de 1972, luego de una serie de movilizaciones y huelgas exigiendo su liberación. La alianza entre Tosco y Salamanca se convertiría en una de las

El apoyo de Tosco a la fórmula Obregón Cano-López en las elecciones de marzo 1973

Córdoba era la única provincia donde la rama, juvenil había prevalecido por completo y rehusado a la burocracia sindical una concesión electoral con la candidatura a la vicegubernación. Al principio, Rucci y Miguel habían propugnado que se colocara a Simó en la fórmula del FREJULI como candidato a vicegobernador, como había sucedido con los hombres de la UOM en muchas otras provincias, junto con el candidato a gobernador de la JP y Montoneros, Ricardo Obregón Cano. Sin embargo, lo pactado en el resto del país no pudo negociarse en Córdoba. En ninguna otra provincia tenía la izquierda peronista la sólida base de apoyo en el movimiento obrero local con que contaba en Córdoba. Obregón Cano y sus partidarios de la rama juvenil se negaron a aceptar a Simó como compañero de fórmula e insistieron en cambio en que el representante de la rama gremial del peronismo en la boleta fuera Atilio López, cabeza de los legalistas, una decisión que Rucci, Miguel y la UOM se vieron obligados a aceptar a regañadientes. La fórmula Obregón Cano-López por el FREJULI, designada el 19 de diciembre 1972, fue apoyada por Tosco.

Tosco insistió en mantener el eje legalista-independiente como la piedra angular de un movimiento obrero alternativo y en apoyar la fórmula del FREJULI en Córdoba, al mismo tiempo que ponía cierta distancia con su boleta nacional. Fue esta insistencia la que despertó críticas a él de parte de los grupos clasistas y de la izquierda marxista en general. Estos consideraban que, en su determinación de sostener la alianza con los legalistas, se apartaba de la causa del clasismo y adoptaba posiciones reformistas. El SMATA criticó públicamente la decisión de Atilio López de aceptar un lugar en la fórmula del FREJULI y cuestionó la iniciativa de Tosco de apoyar a la izquierda peronista en una coyuntura política tan crucial, para sacrificar una vez más un proyecto revolucionario en favor de la alianza con los legalistas. Al mismo tiempo, Tosco fue objeto de críticas por parte de Perón mismo, quien lo apodó burlescamente “el dirigente de la triste figura.”



Acto Relámpago. Av. gral Paz.



Marcha Estudiante por calle Belgrano.

La democratización del SMATA bajo la conducción de Salamanca

La lista marrón había realizado una campaña que hacía hincapié, sobre todo, en el establecimiento de una genuina democracia sindical. Cuando el MRS anunció por primera vez sus planes para competir con la conducción torrística, su bandera fue la honestidad y no el clasismo. Los nuevos dirigentes del SMATA cordobés expresaron esa democratización haciendo que la sede del sindicato fuera más accesible a los trabajadores; realizando frecuentes asambleas abiertas en la misma base fabril, para asegurar un máximo de participación obrera; y en especial cultivando lealtades en los departamentos a través de contactos diarios más estrechos con el comité ejecutivo, que escuchaba quejas, aceptaba sugerencias y mantenía a las bases informadas mediante hojas sindicales casi diarias.

Salamanca promovió una democracia sindical participativa haciendo que las resoluciones del cuerpo de delegados fueran vinculantes para el comité ejecutivo y requiriendo que los inspectores del Ministerio de Trabajo en las elecciones estuvieran facultados a controlar los procedimientos electorales en vez de actuar meramente como "observadores" ceremoniales. Se abrió completamente el acceso a los cargos sindicales mediante la enmienda de los estatutos del SMATA que exigían un plazo mínimo de afiliación al sindicato para poder actuar como delegado (una medida obviamente pensada, también, para facilitar el ingreso de activistas de izquierda al aparato gremial).

Los cambios estructurales más importantes correspondieron al propio comité ejecutivo. Para impedir la formación de una burocracia sindical, la nueva conducción del SMATA no sólo redujo la cantidad de funcionarios pagos sino que hizo que los salarios gremiales fueran equivalentes a los que los dirigentes del SMATA recibían por sus respectivas tareas en las plantas. La reforma más significativa fue sin duda el establecimiento de un sistema de rotación para los funcionarios gremiales. A todos los miembros del comité ejecutivo se les exigía cumplir rotativamente tareas durante 3 meses, para minimizar las prolongadas ausencias de la base fabril que se habían hecho notorias en la época de los torristas. La resolución de la nueva conducción de permanecer en estrecho contacto con las bases, un principio que era consonante con sus metas políticas socialistas, quedó evidenciada cuando el mismo Salamanca regresó a su puesto en la forja a principios de 1973.

La negociación de los convenios colectivos y una serie de huelgas a fines de 1972, que culminaron en la ratificación del acuerdo final en una asamblea abierta sin precedentes, forzaron a IKA-Renault a restablecer el sábado inglés, proporcionando con ello a la nueva conducción del SMATA una victoria enormemente valiosa para su prestigio. La exitosa campaña de éstos para poner a los empleados administrativos de la empresa bajo la jurisdicción del sindicato también modificó el equilibrio de poder en las plantas e hizo que en el futuro fuera más factible el éxito de las huelgas prolongadas. En el caso de que éstas se produjeran, la compañía ya no podría resistir durante varias semanas, y tal vez meses, contando con el stock existente para

llevar adelante los negocios de la manera habitual, como lo había hecho, por ejemplo, en la gran huelga de 1970. Al estar en huelga tanto los empleados administrativos como los trabajadores de las líneas de montaje, la producción y la distribución simplemente se paralizarían.

Si bien la politización de las bases se pospuso, el sindicato no pudo evitar completamente verse envuelto en la política, y en última instancia se vio arrastrado al torbellino político que precedió a las elecciones del 11 de marzo de 1973, cuando, a diferencia de Tosco, Salamanca y varios miembros del comité ejecutivo y el cuerpo de delegados de SMATA, distribuyeron un volante en las plantas que instaba a los trabajadores a votar en blanco.

La disputa entre los burócratas del SMATA y la UOM

El llamado de Salamanca a la abstención fue usado por Dirk Kloosterman, José Rodríguez y el SMATA central para intensificar una campaña difamatoria que se hizo aún más insolente en los siguientes 16 meses. Sin embargo, su incapacidad para emplear estas tácticas de manera indiscriminada contra la conducción cordobesa quedó demostrada cuando representantes de los burócratas intentaron repartir a los trabajadores que llegaban a las plantas volantes que criticaban el manejo hecho por la lista marrón de la cuestión de las elecciones del 11 de marzo de 1973. Los trabajadores reaccionaron airadamente y los matones que acompañaban a los representantes del SMATA hicieron varios disparos. Cuando se corrió la voz del incidente, los trabajadores de IKA-Renault abandonaron las plantas en masa para realizar una concentración como protesta contra la interferencia de los porteños en los asuntos gremiales locales. Buenos Aires respondió decretando una investigación de Salamanca y negando al SMATA de Córdoba el permiso para participar en la convención nacional anual de los trabajadores mecánicos. Pero Kloosterman y Rodríguez no estaban aún interesados en un salto frontal a la seccional disidente. En su rivalidad de larga data con la UOM por el control del movimiento obrero peronista, los dirigentes del SMATA central necesitaban en cierta medida a Salamanca y su gente. El 19 de enero de 1973, SMATA anunció un plan de lucha para impugnar la decisión del Ministerio de Trabajo que otorgaba a la UOM la jurisdicción sobre los trabajadores de Fiat. A pesar del resultado de los plebiscitos de fines de 1972 en Ferreyra, a la anterior decisión gubernamental del 25 de octubre de 1972 sobre los trabajadores de Fiat; Materfer siguió la del 1 de enero de 1973, que asignaba los de Fiat Concord a la UOM. No obstante su disgusto con Salamanca, el SMATA central prometió públicamente su apoyo al SMATA de Córdoba contra lo que se consideraba una intromisión inexcusable de los rivales de la UOM en el coto justificadamente reservado de los trabajadores mecánicos. Salamanca fue abiertamente escarnecido por la columna de Montoneros en una manifestación pública realizada en el centro de la ciudad para conmemorar el cuarto aniversario del Cordobazo [por no apoyar la fórmula del FREJULI].

La contemporización de Tosco con el peronismo

Tampoco ayudó a la posición de Salamanca la contemporización de Tosco. Si bien en febrero 1973 se había declarado públicamente marxista por primera vez en un debate televisivo de alcance nacional con Rucci, Tosco también hacía declaraciones claramente dirigidas a la izquierda peronista, abogando por la lucha antiimperialista y hablando más de los “sectores populares” y no exclusivamente de la clase obrera en el combate por una Argentina socialista.

Tosco planteó su interpretación de esa lucha en términos que habrían sido aceptables para cualquier miembro de la izquierda peronista: “Estoy a favor de la lucha antiimperialista como un paso hacia el socialismo. En la Argentina, el socialismo está un poco lejos, pero la lucha liberadora, antimonopolista y antiimperialista está más cerca. En esa lucha se encuentran todos los sectores populares, y entre ellos, desde luego, hay sectores burgueses, propietarios de pequeñas y medianas empresas, pero no la gran burguesía ni la oligarquía, que están vinculadas al orden imperialista... También los pequeños y medianos propietarios de tierras, todos éstos tienen un papel que cumplir... Creemos que la meta es un camino nacionalista, antiimperialista y antioligárquico.” Entrevista con Agustín Tosco: la socialización progresiva”, Análisis-Confirmado, 12, n° 621 (6 a 12 de febrero de 1973), pp. 16-18.

La adhesión de Tosco a la fórmula cordobesa del FREJULI y las declaraciones que parecían evidenciar cierta simpatía por la perspectiva nacionalista de la izquierda peronista en oposición a una de clase, eran coherentes con su comportamiento pasado en la CGTA, la cual también propugnaba una alianza policlasista. Sin embargo, la Realpolitik de Tosco había perjudicado sus relaciones con los clasistas de Fiat y estaba haciendo lo mismo con el SMATA, para los cuales la alianza del FREJULI era simplemente un intento desesperado de las clases propietarias por restaurar el orden y desactivar las condiciones prerrevolucionarias desarrolladas en el país desde el Cordobazo.

Las ocupaciones fabriles se generalizaron después de la asunción de Cámpora el 25 de mayo de 1973. Fuera de Córdoba, trabajadores y activistas de base realizaron unas 176 ocupaciones fabriles en los primeros veinte días del nuevo gobierno, con el fin de desalojar a las dirigencias sindicales enquistadas en sus puestos. Las huelgas de la UTA de mayo y junio de 1973 galvanizaron a la CGT cordobesa y renovaron su espíritu de lucha, que había estado dormido desde la postulación de López y durante la campaña electoral. Roberto Tapia, el lugarteniente sindical de López y su sucesor, reanudó la participación de la UTA en la CGT y fortaleció los vínculos con los sindicatos no peronistas de la ciudad. Tosco intentó calmar los temores de los dirigentes del SMATA acerca de sus simpatías políticas reformistas, incluso empleando en sus declaraciones públicas la palabra clasista, que antes era un anatema. En la preparación del cuarto congreso nacional de la Intersindical, declaró que el propósito de éste era elaborar un programa revolucionario y lo bautizó en homenaje al Cordobazo: “Como una reafirmación de su carácter clasista y

revolucionario, cómo un homenaje a todos los compañeros caídos en la sagrada lucha por la liberación nacional y la construcción de una patria socialista, el plenario será llamado «el heroico 29 de mayo» en honor al gran acontecimiento obrero y popular: el Cordobazo”. Agustín Tosco, “Comunicado de prensa”, Córdoba, 15 de mayo de 1973.

El gobierno de Cámpora (25 mayo- 12 julio 1973), el Pacto social y la masacre de Ezeiza

Pronto reaparecieron las prioridades conservadoras de la restauración peronista. En junio 1973, el gobierno de Cámpora aprobó el Pacto Social en un intento por restablecer su autoridad y llevar a cabo el plan de estabilidad económica de Perón. El Pacto Social congeló los precios de todos los bienes y servicios y a cambio recibió del movimiento obrero la promesa de suspender las negociaciones colectivas durante dos años. De inmediato, Cámpora otorgó a los trabajadores un aumento general de 200 pesos, pero también consiguió de la CGT de Rucci un acuerdo para que en lo sucesivo los incrementos salariales dependieran de aumentos de la productividad y se negociaran según un procedimiento centralizado de convenios colectivos, la Gran Paritaria Nacional. El Pacto social confiscaba la autonomía sindical y los derechos de negociación colectiva.

Aún más ominosamente, Perón denunciaba la anarquía en el país e insinuaba que la izquierda era responsable de gran parte de la misma. La masacre de Ezeiza el 20 de junio de 1973, cuando fueron asesinados varias docenas y heridos centenares de seguidores de Perón que esperaban la llegada del caudillo, fue atribuida a la izquierda, a pesar de que los responsables eran los sectores derechistas del movimiento obrero peronista. A mediados de julio, Perón retiró su apoyo a Cámpora y lo reemplazó por el presidente provisional Raúl Lastiri —una nulidad política pero yerno de José López Rega, ex suboficial de policía, el Rasputin de Perón—, dando una clara señal del giro a la derecha del gobierno peronista. Se programaron elecciones para el 23 de septiembre de 1973 con la fórmula Perón-Perón.

La disputa entre el SMATA y la UOM por la afiliación de los trabajadores de Fiat

La UOM cordobesa había respondido con irritación a la intención del SMATA de afiliarse a los trabajadores de Fiat, calificándolas como una conspiración de “gorilas y trotskistas”, denunciando a los activistas como “apátridas al servicio del amo rojo” y negándose a permitir otro plebiscito en Ferreyra. Pero para Perón y Rucci era igualmente importante impedir que eso ocurriera. Por esa razón, los gobiernos peronistas de 1973, el de Cámpora, el de Lastiri y finalmente el de Perón, se negaron a considerar las apelaciones del SMATA cordobés. Algunos trabajadores mecánicos sospechaban que la UOM estaba involucrada en el asesinato del secretario general del SMATA, Dirk Kloosterman, el 22 de mayo de 1973. Su sucesor, José Rodríguez, retiraría su apoyo a la afiliación de Fiat.

Salamanca sencillamente ignoró la decisión del Ministerio

de Trabajo que otorgaba la jurisdicción de los trabajadores de Fiat a la UOM y realizó un segundo referéndum a fines de junio de 1973. Como lo habían hecho en la anterior elección de noviembre de 1972, los trabajadores de Fiat mostraron una abrumadora preferencia por el SMATA: 1.502 contra sólo 153 a favor de la UOM en Concord; 652 y 44, respectivamente, en Materfer.

La ocupación de la planta de Concord pidiendo afiliación al SMATA (21-24 agosto 1973)

El 11 de julio 1973, Salamanca anunció la intención de su sindicato de afiliarse formalmente al SMATA a las plantas de Concord y Materfer y a la más pequeña de Perkins. Los primeros objetivos del sindicato, declaró, serían mejorar las condiciones laborales en la forja de Fiat y ampliar a las plantas la ley del sábado inglés y las categorías y escalas salariales del SMATA. Dos semanas más tarde anunció que pronto se formaría en ellas un cuerpo de delegados. A lo largo de agosto de 1973, se difundió en las plantas una resistencia enfurecida contra el desconocimiento por parte de Fiat, y el gobierno del resultado del referéndum y contra la continuidad de la jurisdicción de la UOM. El 21 de agosto de 1973, los trabajadores de Concord ocuparon la fábrica y exigieron la afiliación al SMATA. En su apoyo, los obreros de Perkins y otras plantas del SMATA abandonaron sus tareas. Ahora la controversia oponía claramente a los trabajadores de Fiat, el SMATA cordobés y los independientes de Tosco —estos últimos apoyando activamente al sindicato a través de huelgas de solidaridad— contra Rucci, la CGT central, la UOM y el gobierno nacional; el gobierno provincial de Ricardo Obregón Cano y Atilio López estaba en el medio. La ocupación de Fiat Concord terminó tres días más tarde, después que Obregón Cano y López intercedieron y obtuvieron el acuerdo de Fiat para permitir a Salamanca viajar a Buenos Aires y discutir la cuestión de la representación sindical con el ministro de Trabajo, Ricardo Otero. Los activistas del SMATA fueron muy críticos de Atilio López después que éste se negara a recibir a su delegación en medio de la ocupación de Fiat, en lo que sería el primero de los muchos enfrentamientos que el ex dirigente de la UTA y ahora vicegobernador tendría con los marxistas de la seccional local de los mecánicos.

La convención de Valle Hermoso de las 62 Organizaciones y la traición de Atilio López

Perón sabía bien que el éxito de la campaña verticalista dependía de Córdoba. El restablecimiento de la autoridad de la CGT central era necesario tanto para controlar la expansión de la militancia obrera a todo el país como para asegurar el éxito del Pacto Social y el programa económico conservador del gobierno. Con el grupo de Tosco inmune a las manipulaciones de la central gremial del FATLYF y la nueva dirección del SMATA aún lo bastante fuerte para mantener a raya a José Rodríguez, los legalistas de Atilio López eran el eslabón más débil en la alianza sindical izquierdista que todavía dominaba la CGT

cordobesa. En lo sucesivo, la política de Perón y el ministro de Trabajo Otero consistió en ejercer mayor presión sobre los peronistas combativos de Córdoba para que se deshicieran de la izquierda sindical y se alineara con las 62 Organizaciones. La traición de López a Tosco se produjo en la convención nacional de las 62 Organizaciones, realizada en julio de 1973 en la colonia de vacaciones “Augusto Timoteo Vandor” de la UOM, presidida por Lorenzo Miguel, en Valle Hermoso, en las sierras cordobesas.

La decisión de Atilio López de alinearse con la 62 Organizaciones en julio de 1973 dejó anonadados a los sindicatos de izquierda. Los independientes de Tosco, en especial, contemplaban incrédulos la capitulación de último momento del vicegobernador, su presteza para salir huyendo de la alianza obrera. La acción de López fue indudablemente más traumática para Tosco; súbitamente, sus grandes esperanzas en un movimiento obrero alternativo con base en Córdoba se desvanecían.

El Movimiento Sindical Combativo (MSC) de Tosco y Salamanca

Tosco intentó salvar al movimiento obrero cordobés de izquierda fortaleciendo sus vínculos con los clasistas y formando, junto con Salamanca, el Movimiento Sindical Combativo (MSC). La conducción del SMATA, y en particular el propio Salamanca, serían los principales aliados de Tosco en los difíciles meses siguientes, y ambas partes prefirieron ignorar las diferencias ideológicas y políticas que las habían separado en el pasado en pro de la resistencia a nuevos avances de la derecha peronista en Córdoba. En pleno auge de la restauración peronista, Tosco volvía a aparecer como la figura dominante en el movimiento obrero disidente del país. Había subestimado malamente la influencia que las lealtades peronistas ejercían sobre sus aliados legalistas, y él mismo había sido víctima de sus propias contradicciones tácticas y hasta ideológicas, como cuando dio apoyo al ostensiblemente izquierdista gobierno peronista de la provincia.

Tosco rehúsa encabezar la candidatura Tosco-Jaime en las elecciones (agosto 1973)

A comienzos de agosto, la principal agrupación de la nueva izquierda que defendía una estrategia militar, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), se convirtió en la fuerza impulsora detrás de la formación del Frente Antiimperialista por el Socialismo. En una convención realizada el 18 de agosto 1973, el Frente postuló a Tosco y al líder de la CGT clasista de Salta, Armando Jaime, como fórmula obrera alternativa y de izquierda para competir contra Perón, en el precipitadamente organizado Partido Socialista de los Trabajadores (PST). Tosco declinó la postulación, ante el poco entusiasmo que la idea despertó en la Alianza Popular Revolucionaria, una coalición de partidos de izquierda dominada por el PC que apoyaba la candidatura de Perón. Las elecciones del 23 de septiembre de 1973 consagraron la fórmula Perón-Perón. Poco después de su elección, se aprobó en el Congreso un cúmulo de leyes laborales, con la intención de restablecer una burocracia sindical centralizada. La Ley de

Seguridad prohibió las ocupaciones fabriles y, virtualmente, las huelgas, mientras que la Ley de Asociaciones Profesionales extendió la duración del mandato de las autoridades sindicales electas de nivel nacional de dos a cuatro años, otorgando con ello a las centrales gremiales un poder casi ilimitado para entrometerse en sus seccionales así como la facultad unilateral de anular las decisiones tomadas por los comités fabriles independientes y los cuerpos de delegados.

El secuestro de Oberdan Sallustro por el PRT-ERP (21 marzo 1972).

El secuestro y ejecución por las FAP del director de personal de Fiat, Francisco Klecker, en abril de 1973.

El asesinato de José Rucci el 25 de septiembre de 1973. El asesinato de Rucci fue seguido por la proscripción del ERP, y por ataques de Perón contra las ideologías “antinacionales”.

Así como los clasistas de Fiat habían repudiado la ejecución por el ERP del presidente de la empresa, Oberdan Sallustro, los dirigentes del SMATA desaprobaron vigorosamente tales tácticas y se apresuraron a disociarse del accionar de la guerrilla. Sin embargo, no pudo evitarse que se conjeturara la existencia de un vínculo entre el movimiento sindical disidente —que para una vasta mayoría de las bases era preponderantemente una lucha por la representación gremial efectiva, la democracia sindical y los derechos de los trabajadores en la base fabril— y el terrorismo individual, lo que facilitó las represalias contra los rebeldes por parte del gobierno y la conducción gremial.

Poco después de ser elegido, Perón designó al abogado de la UOM Luis Longhi como delegado regional por Córdoba en el renovado consejo directivo de la CGT, proporcionando con ello un poderoso aliado al principal representante del verticalismo en la ciudad, la UOM de Simó. Y mientras proseguían los ataques de la FATLYF contra Tosco y Luz y Fuerza» el gobierno emprendió una campaña para eliminar a la oposición obrera cordobesa, recurriendo ocasionalmente a actos de intimidación individuales. El ataque del 4 de octubre de 1973 contra la sede de la CGT, que dejó varios heridos y provocó un paro general el 9 de octubre de 1973, apoyado por todos los sindicatos cordobeses, salvo los ortodoxos, fue el ejemplo más dramático del planteo violento del gobierno.

El fin de la campaña de afiliación de los trabajadores de Fiat al SMATA

También formó parte de la campaña gubernamental para domesticar a Córdoba un ajuste de cuentas en relación con la controversia de la afiliación de los trabajadores de Fiat al SMATA uno de sus principales objetivos. El ardor de Salamanca se había enfriado, dado que las presiones de Perón habían desvanecido definitivamente toda posibilidad de apoyo por parte de Rodríguez y el SMATA central en la cuestión. En el enrarecido clima político de fines de 1973, la conducción del SMATA creyó que impulsar el tema constituía una provocación innecesaria a Perón, que buscaba cualquier pretexto para eliminar al sindicato cordobés. Masera, el ex presidente de SITRAC, fue informado por Salamanca de que la afiliación de Fiat seguía siendo un

objetivo de largo plazo, pero que las circunstancias políticas hacían imposible cualquier medida inmediata sobre la cuestión. Poco después, la controversia se apagó calladamente, y la UOM restableció su control sin trabas sobre los trabajadores de Fiat.

Perón contra Salamanca y Tosco

La pieza clave en cualquier estrategia para quebrar al movimiento obrero cordobés era el SMATA clasista. En lo personal, Tosco seguía siendo la figura dominante del movimiento sindical izquierdista, y los independientes eran una fuente de preocupación para el gobierno, pero la existencia de una conducción de izquierda en el mayor sindicato industrial de la región era más incómoda. El sindicato de los trabajadores mecánicos de Córdoba asomaba como un adversario potencialmente más peligroso y también era un símbolo fastidioso, la única seccional entre todas las correspondientes a los grandes gremios industriales que no estaba en manos peronistas.

Conscientes de su vulnerabilidad y de la hostilidad que el gobierno, Rodríguez y la empresa sentían hacia ellos, los dirigentes del SMATA se acercaron más a Tosco y el MSC. La propia evolución política de Tosco facilitó este acercamiento. Después de la ruptura con Atilio López, Tosco se aproximó lentamente a una alianza con la izquierda marxista. Tosco encabezó la delegación cordobesa, que incluía a representantes del SMATA, al V congreso del Frente Antiimperialista por el Socialismo, realizado el 24 y 25 de noviembre de 1973 en el Chaco. El congreso reunió a todos los clasistas y sindicatos revolucionarios del país y, bajo la dirección de Tosco, los cordobeses presentaron un programa anticapitalista y revolucionario, que los asistentes rechazaron en votación por ser demasiado radicalizado.

El aumento en los ritmos de producción de Renault y las huelgas de noviembre 1973

Renault comenzó a reducir sus costos laborales incrementando los ritmos de producción. A lo largo de noviembre y diciembre 1973, los delegados y el comité ejecutivo del sindicato denunciaron el deterioro de las condiciones de trabajo y en especial los cambios en la velocidad de las líneas y en la asignación de tareas, que se producían con mayor frecuencia en numerosos departamentos. La muerte de un trabajador el 8 de noviembre 1973, debida a la deshidratación y el agotamiento (el tórrido verano cordobés cobró su víctima en las escasamente ventiladas plantas de Santa Isabel), desencadenó un paro al día siguiente. Un mes después Salamanca realizó una conferencia de prensa para denunciar las políticas últimas de la empresa y presentar un extenso informe sobre el deterioro de las condiciones de trabajo en las plantas desde el principio de la restauración peronista. El sindicato atribuía el mayor número de desmayos cotidianos, golpes de calor, deshidratación y vahídos a la reciente insolencia de Renault con su mano de obra y a la complicidad silenciosa del gobierno y el SMATA central. La respuesta de los clasistas a las políticas empresariales consistió las más de las veces en huelgas salvajes, trabajo a desgano y a reglamento y no en paros generales

que podían ser provocadores y estaban proscriptos, pero para Renault los efectos fueron en gran parte los mismos: menor productividad laboral y ganancias declinantes en una empresa endeudada.

A causa de ese accionar, Rodríguez y el SMATA central eran sometidos a presiones casi diarias de Perón y el resto del movimiento obrero para que asumieran el control en Córdoba. Como respuesta, la central sindical se había negado a apoyar el paro del 9 de noviembre 1973 y había aumentado la campaña de prensa contra Córdoba, incluyendo acusaciones de mal manejo de los fondos gremiales para los programas de salud y bienestar social. De manera más significativa, por primera vez Rodríguez acusó públicamente a la conducción cordobesa de actividades subversivas.

El intento de asesinar a Salamanca (11 diciembre 1973)

Un atentado fallido contra la vida de Salamanca el 11 de diciembre de 1973 y el asesinato del trabajador de IKA-Renault y activista del PCR Arnaldo Rojas ese mismo mes iniciaron una campaña de terror que cobraría docenas de víctimas en Córdoba durante los seis meses siguientes. Sólo una CGT unificada sería capaz de resistir el poder combinado del gobierno, los burócratas sindicales y los escuadrones de la muerte, pero el movimiento obrero cordobés estaba ahora dividido sin esperanzas entre peronistas y no peronistas. Atilio López y los legalistas todavía se aferraban a su lealtad a Perón, aunque el líder de la UTA tenía ocasionales momentos de duda. Luego del intento de asesinato de Salamanca, apoyó una huelga general el 14 de diciembre de 1973 para protestar contra la campaña de terror que se libraba contra la izquierda. Por primera vez en muchos meses, López y los legalistas marcharon junto con los independientes y los clasistas del SMATA. Se trataba de un repudio público a los sindicatos ortodoxos, a quienes en la mayoría de los círculos políticos y laborales se creía detrás de los ataques. Pero Atilio López no estaba dispuesto a seguir ningún curso de acción que implicara la oposición a Perón y decidió obedecer al gobierno. Después de su tardía y renuente participación en la huelga general de diciembre de 1973, apartó aún más a los legalistas de sus antiguos aliados como Tosco, y finalmente Atilio López firmó con los ortodoxos en enero de 1974 el acuerdo de unificación de las 62 Organizaciones que formalizaba la ruptura entre los legalistas y la izquierda.

El 24 de enero de 1974 fue expulsado el gobernador peronista de izquierda de la provincia de Buenos Aires, Oscar Bidegain, y el 27 de febrero de 1974 tuvo lugar el Navarrazo. El rumor acerca de la intención de Obregón Cano de destituir a la figura principal de los escándalos de corrupción, el teniente coronel Domingo Navarro, fue lo que desencadenó la serie de sucesos que llevarían a la caída del gobierno. Navarro, un personaje con estrechos vínculos con los de la derecha peronista y el submundo local, arrestó inesperadamente a Obregón Cano y a López en vísperas del remendado congreso ortodoxo de la CGT y la policía ocupó la ciudad, apoderándose de la sede de la central obrera y obligando a Tosco, Tapia y otros a ocultarse. Una semana después, ante

la insistencia de Perón, el gobernador y el vicegobernador renunciaron.

Perón no había organizado el “Navarrazo” (27 febrero 1974), como más adelante se bautizó al golpe de Estado en miniatura, pero éste encajaba perfectamente en los propósitos de su gobierno. Fue el pretexto perfecto para decretar la intervención a la provincia el 12 de marzo 1974. El Navarrazo marcó un punto de inflexión para el gobierno de Perón. En lo sucesivo estaría abiertamente en guerra con la izquierda.

El congelamiento salarial del Pacto Social produjo un profundo descontento en las bases obreras. Entre marzo y junio de 1974, el promedio mensual nacional de huelgas sería el más elevado del total de tres años de gobierno peronista y, a diferencia de las de 1973, la causa principal de las mismas fueron las demandas salariales, debido a la inflación.

El Villazo (8-16 de marzo 1974): nueve días de ocupaciones fabriles en Villa Constitución: El 8 de marzo de 1974, los trabajadores de Acindar, encabezados por el activista de base Alberto Piccinini, ocuparon masivamente su planta. Pronto, la ocupación fue seguida por medidas similares en las fábricas de Marathón y Metcon. Unos pocos días después, sindicatos de todo el cinturón industrial del Paraná habían convocado a huelgas de solidaridad, y los pequeños negocios que tenían como clientes a los trabajadores siderúrgicos declararon un lockout en apoyo de las ocupaciones.

La reelección de Salamanca al frente del SMATA (5 mayo 1974)

La conducción del SMATA se había escindido en dos campos separados: los partidos de la nueva izquierda (PCR, PRT, VC, JTP y parte del Peronismo de Base), con el sorpresivo agregado del pequeño y trotskista Palabra Obrera, habían roto con los miembros más conservadores de la coalición original de la lista Marrón (el PC, los radicales y otra facción del Peronismo de Base). En realidad, el PC fue el principal instigador de la escisión de la izquierda. Habían quedado desencantados con la lista Marrón desde el llamado de Salamanca a la abstención electoral en 1973, y también les disgustaban las relaciones cada vez más discordantes con el gobierno peronista. No obstante, los resultados de las elecciones confirmaron el abrumador respaldo de los trabajadores a Salamanca. La lista de Salamanca obtuvo 4.027 votos y los peronistas 2.770 (el PC logró unos mezquinos 793). La nueva conducción del SMATA había luchado por cada uno de los puntos de la plataforma de 1972 de la lista Marrón. Además de mejoras en las condiciones de trabajo y los ritmos de producción, que sufrían constantemente el asedio de la empresa pero eran protegidas por delegados vigilantes y un uso eficaz del accionar huelguístico, los clasistas también habían obtenido las categorías para unos 2.500 trabajadores, obligado a la compañía a restablecer el sábado inglés, extendido los beneficios y las escalas salariales a dependencias de Renault como las fábricas Ilasa y Thompson Rameo, incorporado a los empleados administrativos al sindicato, expandido los servicios sociales del gremio y dado pasos importantes hacia el establecimiento de una democracia genuina y participativa.



Plaza de Mayo. Montoneros.

La ruptura de Perón con Montoneros (1 mayo 1974) y el ascenso de la derecha

El 1º de mayo de 1974 Perón produjo su ruptura histórica con la izquierda peronista cuando censuró y expulsó públicamente a las columnas de Montoneros que lo escarnecían durante la concentración del Día del Trabajo en la Plaza de Mayo. La derecha lo vio como una señal para intensificar sus ataques contra la izquierda. El asesinato de tres activistas del Partido Socialista de los Trabajadores y un cúmulo de ataques contra los locales de la Juventud Peronista formaron parte de la subsiguiente ola represiva. Las organizaciones obreras también se transformaron en blancos. El allanamiento de la sede del Peronismo de Base y la detención de cien de sus miembros que se encontraban allí fueron el inicio de una campaña de cuatro meses para erradicar a la izquierda de los sindicatos del Gran Buenos Aires. La ulterior decisión del Ministerio de Trabajo derogando la personería gremial del sindicato de periodistas de Buenos Aires y del de los trabajadores gráficos de Ongaro también formó parte de la purga. En junio de 1974 explotaron bombas en las sedes de Luz y Fuerza y de la UTA en Córdoba.

Las medidas de fuerza del SMATA Córdoba desde el 5 de junio de 1974

La conducción del SMATA Córdoba desafió al gobierno cuando el 5 de junio de 1974 el sindicato votó reducir la producción en las plantas cordobesas mediante una huelga disfrazada (trabajo a convenio) en demanda de un aumento salarial del 60% y la solución de algunos de los más destacados reclamos laborales. Renault había respondido con la suspensión de unos 2.000 trabajadores, y el Ministro de Trabajo Ricardo Otero calificó la huelga como "política" y amenazó a la seccional con retirar la personería gremial. Salamanca propugnaba un asalto frontal contra el Pacto Social, para "romper el cerco" levantado contra el movimiento obrero disidente y unificar la oposición obrera al programa económico gubernamental. La demanda sindical por un aumento salarial y para que la empresa se ocupara de las condiciones de trabajo insalubres en algunos departamentos tenía el respaldo generalizado de las bases, y la huelga había sido votada en una asamblea abierta y recibido el apoyo tanto de la oposición torrística como de los comunistas. Renault argumentaba que, de acuerdo con las disposiciones del Pacto Social, le estaba vedado por ley otorgar aumentos salariales, y que sus funcionarios sólo podrían ceder sobre esa cuestión si el gobierno cambiaba su programa económico. Si bien la acción del sindicato estaba técnicamente dentro de los límites del Pacto Social, dado que no era una huelga directa sino una medida de trabajo a desgano, sus efectos deletéreos en una empresa que ya tenía problemas eran prácticamente los mismos.

Luego de la muerte de Perón el 1 de julio de 1974, el gobierno aprobó la Ley de Seguridad, que daba al Ministerio de Trabajo facultades casi irrestrictas para intervenir en las huelgas. La autoridad en los asuntos laborales se traspasó esencialmente a Ricardo Otero.

Los despidos y el lock-out de Renault (julio-agosto 1974)

Como respuesta a las medidas de fuerza adoptadas por el SMATA Córdoba desde el 5 de junio de 1974, Renault suspendió a más de 1.000 trabajadores el 19 de julio de 1974, seguidos por otros 2.800 una semana después. Ahora José Rodríguez y el SMATA central tenían la oportunidad que habían estado esperando: el ansiado desliz de Salamanca que les permitiría aplicar un golpe mortal al sindicato cordobés. El 3 de agosto de 1974, Renault anunció que iba a declarar un lock-out, cerrando por tiempo indefinido el complejo de Santa Isabel. Al día siguiente, el gobierno envió tropas de la gendarmería a ocupar las plantas, en una repetición de las medidas aplicadas en Fiat durante los últimos días del movimiento clasista en Ferreyra. Sin embargo, a diferencia de SITRAC y SITRAM, el SMATA no estaba aislado del movimiento obrero local y podía contar con el apoyo de una mayoría de los sindicatos cordobeses en su conflicto con la empresa y la central gremial. El 6 de agosto de 1974, Tosco habló en una asamblea abierta ante unos 6.000 trabajadores del SMATA y prometió el respaldo del MSC a la huelga automotriz. Salamanca, en la misma asamblea, rechazó el decreto gubernamental de conciliación obligatoria.

En su abrumadora mayoría, los trabajadores votaron en favor de continuar la huelga. Renault, el gobierno y el SMATA central estaban igualmente resueltos a romperla y destituir a la conducción del SMATA Córdoba.

La intervención del SMATA Córdoba (8 agosto 1974)

El 6 de agosto de 1974, funcionarios de la empresa, el Ministro de Trabajo Ricardo Otero y una delegación del SMATA encabezada por José Rodríguez se reunieron para discutir la situación cordobesa. El 8 de agosto de 1974, día en que el SMATA de Córdoba y el MSC convocaron a un paro para protestar por el cierre de las plantas, el SMATA central expulsó del sindicato a Salamanca y al resto de los 22 miembros del comité ejecutivo cordobés y decretó la suspensión de la seccional, designando a un comité de vigilancia de Buenos Aires para que asumiera el control. Siguiendo órdenes gubernamentales, el Banco Central congeló los fondos sindicales en las cuentas de todo el país, en tanto Simó y el Ministerio de Trabajo de Córdoba ignoraron las peticiones para que se impugnaran las medidas del SMATA central. Rodríguez se movió con rapidez para llevar a cabo la intervención de la seccional Córdoba. El mismo día, el SMATA central publicó solicitadas de toda una página en diarios de Córdoba y Buenos Aires caracterizando a la huelga como "una defensa de ideologías foráneas" y "una conspiración de la izquierda cipaya". El paro de la CGT cordobesa del 8 de agosto de 1974 sólo tuvo un acatamiento parcial, ya que Atilio López y la UTA no lo respaldaron realmente. La ausencia de los legalistas en la manifestación pública en la Plaza Vélez Sarsfield el 8 de agosto de 1974 debilitó la efectividad de la huelga, un hecho señalado con amargura por Salamanca en el discurso pronunciado allí.

José Rodríguez limitó su purga en Córdoba al comité ejecutivo del SMATA, prefiriendo ignorar por el momento el problema de los muchos delegados fieles a Salamanca. Así, se ahorró al SMATA cordobés la expulsión masiva de activistas sindicales que había seguido al hundimiento del movimiento clasista de Fiat en Ferreyra. El 14 de agosto de 1974, Renault anunció planes para echar a unos 2.800 obreros en respuesta al trabajo a desgano y la resistencia en la base fabril que seguían coordinando los delegados gremiales.

La ocupación policial de la sede del SMATA Córdoba (23 agosto 1974)

Una ocupación abortada del edificio sindical por los representantes del SMATA central el 23 de agosto de 1974 y un ulterior allanamiento policial a la sede de los mecánicos desencadenaron un paro del SMATA cordobés en toda la ciudad y violentos enfrentamientos con la policía. La generalizada participación de las bases en las ollas populares organizadas por los clasistas para los trabajadores despedidos creó un sentimiento comunitario de solidaridad alrededor del conflicto, que fortaleció la resolución de las bases de resistir a la empresa, el gobierno y el SMATA central.

El asesinato de Ricardo Goya por las FAP (27 agosto 1974)

Sin embargo, a pesar de estos signos alentadores también había motivos de preocupación para las fuerzas dirigidas por Salamanca. El asesinato del director de personal de IKA-Renault, Ricardo Goya, cometido por las Fuerzas Armadas Peronistas el 27 de agosto de 1974, tuvo sobre la posición de aquéllos exactamente el mismo efecto negativo que habían tenido para los clasistas de Fiat el secuestro y la muerte de Oberdan Sallustro por el Ejército Revolucionario del Pueblo en los últimos días de SITRAC-SITRAM.

Los asesinatos de Alfredo Curutchet y Atilio López por la Triple A (septiembre 1974)

En septiembre y octubre, José López Rega y la Alianza Anticomunista Argentina (AAA) desencadenaron una ola de terror y represión contra el movimiento obrero cordobés en una escala nunca antes imaginada. Una de sus primeras víctimas fue Alfredo Curutchet, el compañero abogado del SITRAC que había seguido trabajando para los sindicatos cordobeses disidentes, incluyendo al SMATA. Fue asesinado el 11 de septiembre de 1974 en una de las primeras acciones de la AAA. Menos de una semana después, el 16 de septiembre de 1974, fue asesinado Atilio López, quien había vuelto a trabajar como un chofer de ómnibus común y corriente después de su derrota en las elecciones gremiales, donde había sido vencido por una lista ortodoxa financiada y apoyada por el gobierno. López seguía siendo un símbolo, un poco mancillado desde sus días como vicegobernador pero aún poderoso, de la combativa tradición obrera peronista de Córdoba, y por eso fue liquidado por la derecha peronista.

La detención de los líderes del SMATA por el ejército (4 octubre 1974)

Tosco permitió que la dirigencia del SMATA utilizara el edificio del sindicato de Luz y Fuerza, donde siguieron coordinando la resistencia a través del cuerpo de delegados. Pero su prolongada ausencia de las plantas y la pérdida de las facilidades gremiales, los fondos del sindicato y la autoridad socavaron lentamente su posición. En septiembre 1974, los dirigentes depuestos se toparon con dificultades crecientes. En un acuerdo coordinado entre Renault, Otero y Rodríguez, cual la compañía se comprometía a revocar la mayoría de los despidos recientes, otorgar a los trabajadores un aumento del 28% y cumplir virtualmente todas las demás exigencias sindicales de la última huelga.

El 23 de septiembre de 1974, los trabajadores de las fábricas de Ford-Transax, Ilasa, Thompson Rameo y Grandes Motores Diesel votaron a favor de la propuesta de Salamanca de proseguir con el trabajo a convenio en las plantas, pero lo más significativo fue que los de IKA-Renault decidieron por escaso margen el retorno a sus tareas por un período de diez días, a fin de dar a la empresa la oportunidad de cumplir la promesa del aumento salarial. El 4 de octubre de 1974 se les unió el resto de los

trabajadores del SMATA. Percibiendo la debilidad momentánea de las filas clasistas, unidades del ejército allanaron poco después el edificio de Luz y Fuerza y detuvieron al subsecretario general del SMATA, Roque Romero, y a varios otros miembros del ex comité ejecutivo que trabajaban allí, donde estaba instalada la sede provisoria del sindicato. Salamanca, que recientemente había regresado a su empleo en la forja, y el resto de los clasistas del gremio se ocultaron de inmediato.

El 10 de octubre de 1974, el recientemente designado interventor de Córdoba, brigadier Raúl Oscar Lacabanne, visitó la sede central del sindicato, donde disfrutó de los elogios de Rodríguez por haber “terminado con la imagen de una Córdoba marxista, cuando la provincia es en realidad peronista de la cabeza a los pies”, en respuesta a lo cual el brigadier reconoció con agradecimiento que “sin el apoyo de las 62 Organizaciones y la CGT local no podría haberse hecho nada” y aseguró que “estaban limpiando la ciudad de lo poco que queda”. El 6 de noviembre de 1974, sin embargo, los trabajadores del SMATA cordobés dieron a la conducción de Salamanca un voto de confianza que ésta necesitaba con urgencia, cuando abandonaron sus tareas en la mayoría de las plantas afiliadas al sindicato para exigir el retiro de los emisarios de Rodríguez y el retorno de los dirigentes locales electos. La decisión de septiembre de 1974 de regresar a las plantas había sido una reprimenda pero no un repudio al comité ejecutivo. El movimiento de delegados seguía siendo fuerte en los puestos de trabajo, y aunque Rodríguez podía ocupar el edificio sindical y embargar sus activos, no podía ganarse la confianza de los trabajadores de IKA-Renault.

La intervención de Luz y Fuerza (10 octubre 1974)

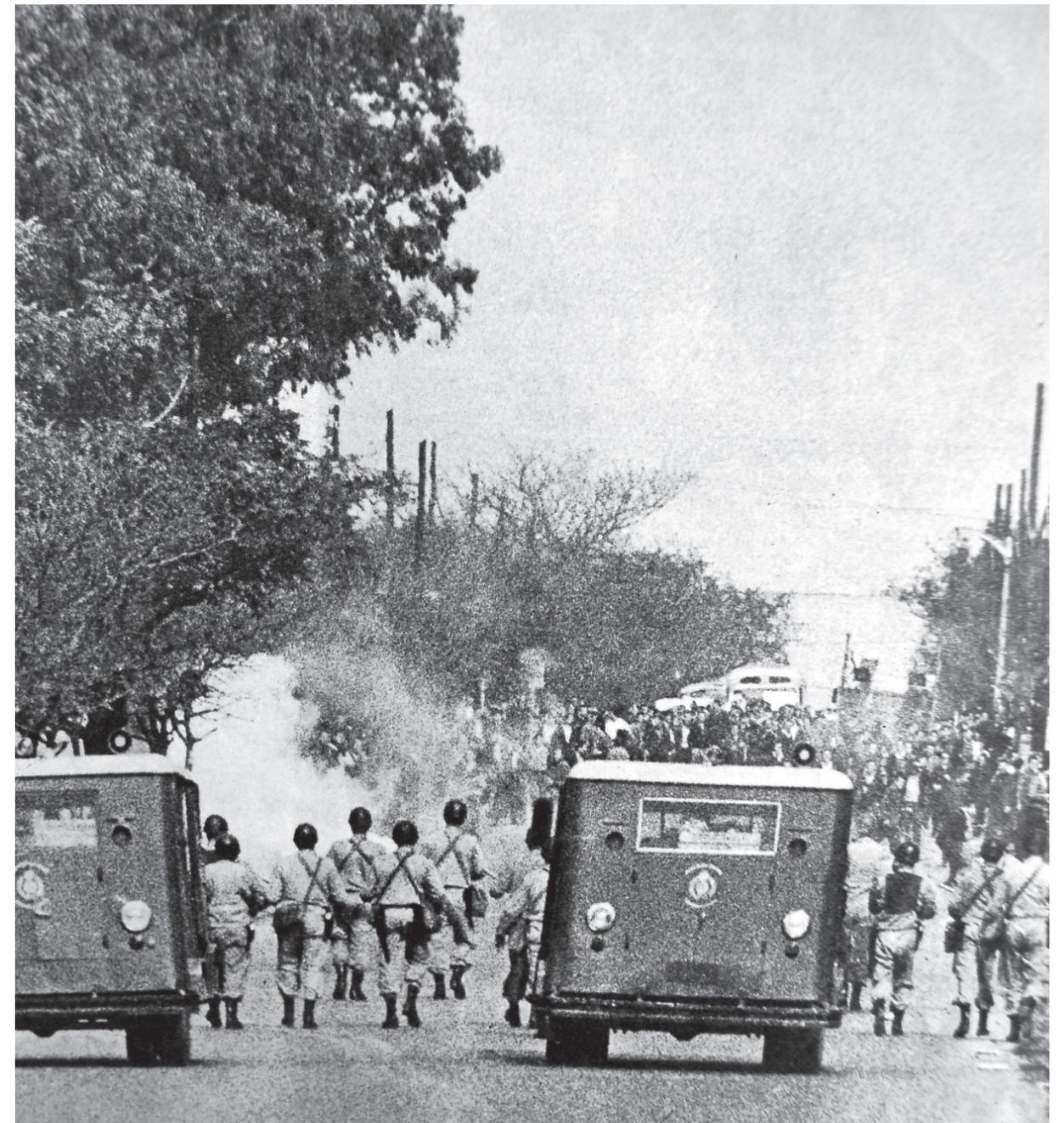
El gobierno tomó medidas contra el sindicato sobre la base de su presunta participación en “actividades subversivas”, enviando tropas del ejército a ocupar su sede el 10 de octubre de 1974, al día siguiente de las detenciones de los sindicalistas del SMATA. La intervención directa del gobierno peronista (y no de una central gremial mediadora, como en el caso del SMATA), aseguró una represión más severa. Tosco y el comité ejecutivo escaparon por escaso margen al arresto y se ocultaron, por lo que las acciones del gobierno se dirigieron así contra el sindicato mismo y no exclusivamente contra su conducción. El gobernador de Córdoba, brigadier Lacabanne, prohibió todas las asambleas gremiales, permitió el saqueo de los archivos y la biblioteca del sindicato y fiscalizó la virtual suspensión de todas las actividades sindicales, incluyendo las de bienestar social. Lacabanne aprovechó la ausencia de Tosco y la debilidad momentánea de los sindicatos izquierdistas para anular la personería gremial de Luz y Fuerza, y Simó y la UOM presidieron la reestructuración del movimiento obrero cordobés, purgando a la CGT local de sus elementos no peronistas e integrándola a la estructura verticalista de la CGT.

El Rodrigazo (4 de junio de 1975) y la huelga general del 7 y 8 de julio de 1975

El 4 de junio de 1975, el entonces Ministro de Economía argentino Celestino Rodrigo, dispuso un ajuste con una fuerte devaluación que duplicó los precios y provocó una crisis en el gobierno de Isabel Perón. Los precios nominales subieron en 183% al finalizar 1975. A principios de julio, la misma CGT abrió las compuertas del descontento cuando, en un intento por recuperar el control de los sindicatos, convocó a un paro general de 48 horas para los días 7 y 8 de julio de 1975, que paralizó al país. La misma CGT hizo de la renuncia de José López Rega, el odiado consejero de la presidente Isabel Perón y presunto arquitecto del nuevo plan, una de sus exigencias principales en el paro general, y con ello demostró que la jerarquía gremial, asediada por movimientos de base, había comenzado a oponerse al gobierno a causa de su necesidad de autopreservación.

La Mesa Provisoria de Gremios en Lucha y las huelgas de 1975

Tanto en Córdoba como en el resto del país habían surgido comités de resistencia o coordinadoras en oposición a Miguel, Rodríguez y la jerarquía de la CGT en general. A principios de junio de 1975, activistas de las plantas de Fiat y las afiliadas al SMATA habían constituido el más importante de estos comités de resistencia, la Mesa Provisoria de Gremios en Lucha, con lo que finalmente se había alcanzado en parte la largamente anhelada unidad de los mecánicos cordobeses, si bien de una manera clandestina y subterránea. Lo más importante fue que esta coordinadora encabezada por los trabajadores mecánicos hizo las veces de una especie de CGT paralela para unir a los sindicatos disidentes locales. En Córdoba, las bases no participaron activamente en la coordinadora, y la intervención en la misma estaba casi exclusivamente limitada a los delegados clasistas y activistas gremiales. Pero los trabajadores sí adhirieron independientemente a huelgas dirigidas por la coordinadora en la segunda mitad de 1975, en pro de mejores salarios y, en el caso del SMATA, para exigir la liberación de la cárcel del comité ejecutivo y la anulación de la orden de detención de Salamanca. En las plantas del SMATA, la continuidad del poder de los delegados clasistas quedó en evidencia por las frecuentes referencias a ellos de la comisión directiva central y la Comisión Normalizadora, que criticaban su papel de promotores de la agitación en la base fabril y de organizadores de las huelgas salvajes en las plantas. 1975 fue el año de mayor cantidad de paros en el complejo IKA-Renault durante el tumultuoso período 1966- 1976



Represión Pablo Pizzurno.

La muerte de Agustín Tosco (5 noviembre 1975)

Afectado por una enfermedad sobre la que existen versiones contradictorias, Agustín Tosco murió el 5 de noviembre de 1975. El velatorio público de Tosco y el cortejo fúnebre, una marcha de decenas de miles de personas a lo largo de las calles de Córdoba, fueron una de las mayores efusiones públicas de dolor de la historia cordobesa, comparable a la de Perón, que había tenido lugar poco más de un año antes. Ante su tumba en el cementerio de San Jerónimo, trabajadores, estudiantes y ciudadanos comunes y corrientes escucharon los elogios fúnebres y observaron cómo policías y tropas del ejército entraban en fila al área del cementerio. Las pullas de la multitud contra las fuerzas de seguridad fueron contestadas con disparos que pusieron en fuga a los dolientes, y el ataúd de Tosco quedó a la espera de un entierro solitario en el mausoleo de Luz y Fuerza más tarde ese mismo día.

El golpe militar del 24 de marzo de 1976 y la muerte de Salamanca

Hacia fines de 1975, sus vínculos con las bases debilitados por la clandestinidad, Salamancase había convertido en un prisionero de las contradicciones de su propio partido. Si bien no había sido uno de los arquitectos de la pasmosa voltereta del PCR, que pasó a apoyar al gobierno de Isabel Perón, no la criticó. El más importante de los dirigentes clasistas todavía activos cayó en manos del gobierno el mismo día del golpe, lo que resultó en su desaparición y posterior asesinato en el campo de concentración de La Perla varias semanas después.

Agustín Tosco según Gregorio Flores

“Coronel Moldes es un pequeño pueblo que está situado a unos 80 kilómetros al sur de Río Cuarto, en la provincia de Córdoba. Allí nació José Agustín Tosco, el 22 de mayo de 1930. Hijo de padres campesinos, allí transcurrió su niñez sin mayores apremios económicos, en esa tranquila aldea campesina. Al terminar el colegio primario ingresó como interno en la escuela de artes y oficios. Ya de adolescente, según sus biógrafos, tenía una inclinación por la lectura y fue José Ingenieros quien despertó su interés por las cuestiones sociales y la “justicia social”, banderas por las cuales luchará hasta su muerte.

“Agustín Tosco (el Gringo) fue un dirigente OBRERO, HONESTO Y COMBATIVO. Fue el dirigente de izquierda más representativo, respetado incluso por quienes no compartían su ideología marxista a la cual adhería públicamente. El Gringo Tosco fue uno de los pocos dirigentes sindicales que podía dirigirse a las bases de otros gremios, que lo aceptaban por esa veneración que se había ganado en la lucha. Tosco tuvo una posición inclaudicable contra las dictaduras militares, lo que le valió ser perseguido y encarcelado en varias oportunidades. Sufrió, junto con su mujer y sus hijos, numerosos allanamientos que lo obligaron a pasar a la clandestinidad desde donde siguió luchando. El Gringo Tosco fue un infatigable defensor de la libertad y los derechos humanos. Como secretario general del sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba ejerció la democracia sindical donde los trabajadores podían participar y decidir y aun cuestionar políticamente la orientación del sindicato. La oposición contaba con el respaldo absoluto del gremio, frente a cualquier intento represivo. Esto que debería ser lo normal en cualquier sindicato, contrastaba visiblemente con la conducta de la burocracia sindical a quien fustigó con mucha virulencia. Buen orador, su voz potente se hizo oír detrás de las rejas de la cárcel de donde los trabajadores y el pueblo de Córdoba fundamentalmente, lo rescataron una y otra vez para reintegrarlo a la lucha.

“En el año 1968, cuando el movimiento obrero se fractura, formándose la CGT Azopardo, conducida por Augusto Timoteo Vandor, y la CGTA liderada por Raymundo Ongaro, Tosco se integró a la CGTA que en ese momento aparecía como la más combativa y pasó así a ser un importante referente para los activistas de fábrica que, a los ponchazos, tratábamos de sacudimos el yugo de la maldita burocracia sindical. A fuerza de ser sincero, debo decir que la CGTA, que en Córdoba estaba liderada por Tosco, nucleaba en su seno a los más rancio del movimiento obrero de Córdoba. Mauricio Labar, del gremio del taxi, mantuvo siempre fuertes vinculaciones con la policía; Setembrino, del sindicato telefónico era conocido por el activismo como un verdadero facho. Es decir, la CGTA estaba constituida por el sector ortodoxo del peronismo que tenía muy escasa representatividad y por los independientes, donde sí estaban Luz y Fuerza, Gráficos y Obras Sanitarias. Blanco sobre negro, los sindicatos más poderosos de Córdoba como el SMATA, ATE, la UOM, la UOCRA, la UTA de Atilio López, estaban en el peronismo legalista y políticamente respondían a las 62 organizaciones, que en el orden nacional dirigía Vandor. Esto es cierto, aunque algunos peronistas se enojen: Atilio López era, en

ese momento, vadorista. Este dato rigurosamente verdadero no niega en absoluto la integridad moral de Agustín Tosco. Intenta sí explicar la historia tal cual está signada por los hechos. Esto en contraposición con aquellos panegiristas de Tosco que lo presentan como un dirigente obrero impoluto. No es así. Tosco maniobró e hizo trenzas de acuerdo a circunstancias. Eso no es lo cuestionable. Consiste -me parece a mí- [en] la manera en que un dirigente obrero puede abrir un rumbo distinto para los explotados si no tiene una política que marque con toda claridad la independencia política de la clase, para lo cual es indispensable una correcta caracterización del régimen político, del Estado, de los partidos patronales como la UCR y el PJ, y, por supuesto, de la burocracia sindical. Si no se tiene en claro estos aspectos se puede vociferar para las tribunas y desgañarse gritando, por “nuestras más sentidas reivindicaciones”, por la “libertad”, pero para el común de los mortales es muy difícil diferenciarse de la mierda, si uno está todo el día metido en la cloaca. El Gringo Tosco atacó duramente a la burocracia sindical, pero la de Buenos Aires. Con la de Córdoba hacía acuerdos todos los días. Peor aún, ésa era su política o, dicho de otro modo, la política que Tosco tenía para el movimiento obrero no difería en lo sustancial con la política del PCA, cuya estrategia fue siempre hacer frente con el peronismo.

“Tosco fue el principal dirigente de la Intersindical, una agrupación que bregaba por el sindicalismo de liberación en oposición al sindicalismo clasista. En los distintos encuentros antiburocráticos que se realizaban por esa época, el PC en su órgano oficial *Qué Pasa*, planteaba lo siguiente: “No hay nada más consecuentemente clasista, en suma, que la lucha por la liberación nacional”. Pero sin que nadie explique lo contrario, plantean que los sindicatos no deben ser clasistas. El clasismo afirma la necesidad de la independencia de la clase obrera del Estado Burgués en todas sus variantes y postula la dirección de la clase obrera en la lucha nacional a través de su partido propio. En cambio, el presupuesto del “sindicalismo de liberación” es que entre la clase obrera y la burguesía nacional existiría un terreno común que sería el de la “liberación nacional”, poniendo un signo igual entre el programa democrático de los explotados y el de los explotados. La lucha de clases, presupuesto sobre el que se basa el clasismo, sería reemplazado por la “unidad nacional” y los sindicatos, como agrupaciones de la clase obrera, no debían establecer fronteras con los patrones “nacionales” o sus agentes en los sindicatos. A esta política adhirió Agustín Tosco, y por eso se llevó a la tumba sus diferencias con el sindicalismo clasista. En nuestra estadía en la cárcel de Rawson, hablé sobre estas cuestiones y me dijo en muchas ocasiones, frente a otros compañeros de Fiat: “Sin un frente nacional es impensable la revolución en la Argentina” y como ejemplo Tosco ponía la heroica lucha del pueblo de Vietnam. Y cuando Tosco integraba el Encuentro Nacional de los Argentinos, (ENA) con Oscar Alende (del PI) y Horacio Sueldo (de la Democracia Cristiana), y por cierto el PCA, no quedaba ninguna duda de cuál era su estrategia. Incluso, cuando se hace en 1972 un acto en el Luna Park, el ENA plantea como solución política un gobierno cívico-militar. Recuérdese que en el gobierno está como presidente de facto Agustín Lanusse. En esta línea de conformar los frentes populares, Tosco adhirió fervientemente al gobierno de la UP de Chile

que presidía el socialista Salvador Allende. Creo que existen abundantes pruebas de cómo los frentes populares conducen al aplastamiento de la clase obrera, porque la política de éstos es la conciliación de las pelases en oposición a la dictadura del proletariado. Por supuesto que esto de los frentes populares es un problema complejo y me parece que es importante tener presente en qué momento se puede hacer un planteo semejante. Creo que no es lo mismo plantear un frente popular para llegar al gobierno, que cuando un país ha sido invadido por una potencia extranjera. En este último caso, un frente contra el invasor puede ser lícito en cuanto el enemigo visible es el invasor y los trabajadores pueden apuntar los cañones contra el mismo enemigo de la clase patronal, pero sin ningún apoyo de la burguesía. Se puede, en determinadas circunstancias, conformar un frente donde esté la burguesía, siempre y cuando la dirección esté en manos de los trabajadores y éstos tengan un partido propio que los dirija y en cuyo programa esté explicitado cuál es la clase que debe gobernar, o la destrucción del estado burgués. Algo que los trabajadores deben tener siempre presente es que cuando se abre un proceso revolucionario, para abortarlo, uno de los primeros recursos de la burguesía es conformar un frente popular (dirigido por ella) y, cuando no puede, recurre directamente al fascismo: blanco sobre negro, los frentes populares son, históricamente, antecedentes del fascismo.

“He conocido dos Toscos: uno antes de Trelew y otro después. Los fusilados de Trelew, que se han incorporado a la historia como los Héroes de Trelew, cambian la posición de Tosco. Antes de la fuga que se produce el 15 de Agosto de 1972 de la cárcel de Rawson, Tosco dentro del Pabellón 3 estuvo en forma manifiesta contra la lucha armada que llevaban adelante los grupos guerrilleros. En el pabellón 3, antes de la fuga, Tosco se aisló en una celda junto con el Jetón Luna, y con Cabito Suárez. Este último militaba en el PCA. El Jetón Luna, que fue un delegado combativo del SITRAC, dentro de la cárcel se hizo tosquista y adhirió sin reservas a la política del Gringo Tosco. Después de los fusilamientos de los compañeros guerrilleros, el Gringo Tosco se radicalizó y tuvo una actitud muy digna frente a la represión. Desde la celda se hizo escuchar su vozarrón alertando a los compañeros que quedaban en la cárcel después del éxito parcial de la fuga. Cuando Tosco fue liberado tuvo un cambio notorio de sus posiciones políticas y llegó a acercarse bastante a las posiciones políticas del PRT. Sin, embargo, nunca integró el FAS ni el MSB, que eran los agrupamientos del PRT. Adhirió y estuvo presente en los congresos del FAS, pero nunca perteneció orgánicamente a ellos. Con Leandro Fote, dirigente del Ingenio San José de Tucumán (militante del ERP que se haya desaparecido), comentamos muchas veces que Agustín Tosco nunca llamó a los trabajadores a construir su propio partido. Algo que hubiese sido muy importante por el gran ascendente que tenía sobre el activismo de ese momento. Yo creo que esa falencia de Agustín Tosco se debe, entre otras cosas, a su nunca desmentida ligazón al PC.

“Han pasado muchos años desde que Agustín Tosco muriera en la clandestinidad, condenado a muerte por la Triple A. Desde aquella época hasta ahora, he aprendido algunas cosas que me han ayudado a entender muchos problemas que en la década

del 60-70 tenía muy confusos. Una de esas cuestiones es haber comprendido la función contrarrevolucionaria del stalinismo. Tengo para mí el convencimiento de que si no se entiende el rol llevado a cabo por el stalinismo como sepulturero de la revolución obrera más grande que ha conocido la humanidad, es muy difícil entender el papel que han jugado en el mundo los Partidos Comunistas que han seguido a pie juntillas la orientación política del PCUS. En este sentido, creo que Tosco no alcanzó a entender la política del estado soviético, pues en no pocas ocasiones nos decía a los activistas que no había que criticar a Rusia porque eso era hacer macartismo. Es muy probable que de no haber muerto tan joven (a los 45 años) Tosco hubiese modificado su posición frente a una realidad tan tozuda que nos hizo ver muchas cosas monstruosas que estaban tapadas mientras que aquí nos vendían espejitos de colores.

“Tosco fue un producto social de dos épocas distintas. Hasta que se produce el Cordobazo, el sindicalismo más combativo era el que en 1968 rompe con el vadorismo y se nuclea en la CGTA. Tosco estuvo allí. Después del Cordobazo, se inició una nueva etapa política y una de las características de esta nueva realidad en el movimiento obrero es la aparición de una camada de dirigentes, delegados y activistas cuya combatividad es directamente proporcional a la conciencia que existe en las bases. Al fragor de las luchas obreras emergen dirigentes que son tremendamente democráticos frente a sus representados y tremendamente autoritarios frente a los patrones, cuando de defender a los trabajadores se trata. Es tan cierto el autoritarismo de estos nuevos dirigentes que, acompañados por sus bases que exigen medidas contundentes, una vez que se había decidido el paro por las bases, de prepo tomaban las fábricas y sus dueños eran tomados como rehenes para protegerse de la represión. Una vez que se han agotado las tratativas desde la base, se exigían medidas contundentes. Se iba conformando así un nuevo sindicalismo que adquiriría su mayor expresión en los sindicatos clasistas del SITRAC-SITRAM. Este nuevo fenómeno tiene mucho que ver con el grado de sometimiento y las grandes frustraciones de que fueron llevados durante años por direcciones que se identificaban con el peronismo para mejor explotar ese sentimiento que estaba metido hasta la médula del trabajador peronista. Otra condición que se observaba en esta dirección que se estaba forjando, es que la iniciativa la tiene la clase obrera y aparece como el caudillo capaz de aglutinar bajo su dirección a otras clases sociales. Este es el hecho distintivo. Al menos yo no he encontrado ninguna otra causa que explique el origen de este fenómeno que se dio en las décadas de los '60 y '70.[...]”

Fuente: Gregorio Flores, Lecciones de batalla. Una historia personal de los 70

Apéndice

- Gregorio Flores, *Sobre Agustín Tosco; Respuesta al compañero Jorge Montero de Shell* (*) *Prensa Obrera* No. 703 - 19/04/2001
- Luis Oviedo, 1969 - 1999: *El Cordobazo*; *Prensa Obrera* No. 627 - 20 de mayo de 1999

Fuente

- James P. Brennan, *El Cordobazo: Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, Editorial Sudamericana, 1996.
- <http://tinyurl.com/olspytm>
- Natalia Duval [Susana Fiorito], *Los sindicatos clasistas: SITRAC (1970-1971)*, Córdoba: Fundación Pedro Milesi, 2001.
- <http://tinyurl.com/oop6foa>
- Gregorio Flores, *Sitrac-Sitram: La lucha del clasismo contra la burocracia sindical*, Córdoba: Editorial Espartaco, 2004.
- <http://tinyurl.com/oqemde5>
- *Política Obrera*,
- https://www.marxists.org/espanol/tematica/kiosko/argentina/politica_obrera/index.htm

Recopilación/ Resumen a cargo de: Daniel Gaido, Florencia Mercado.